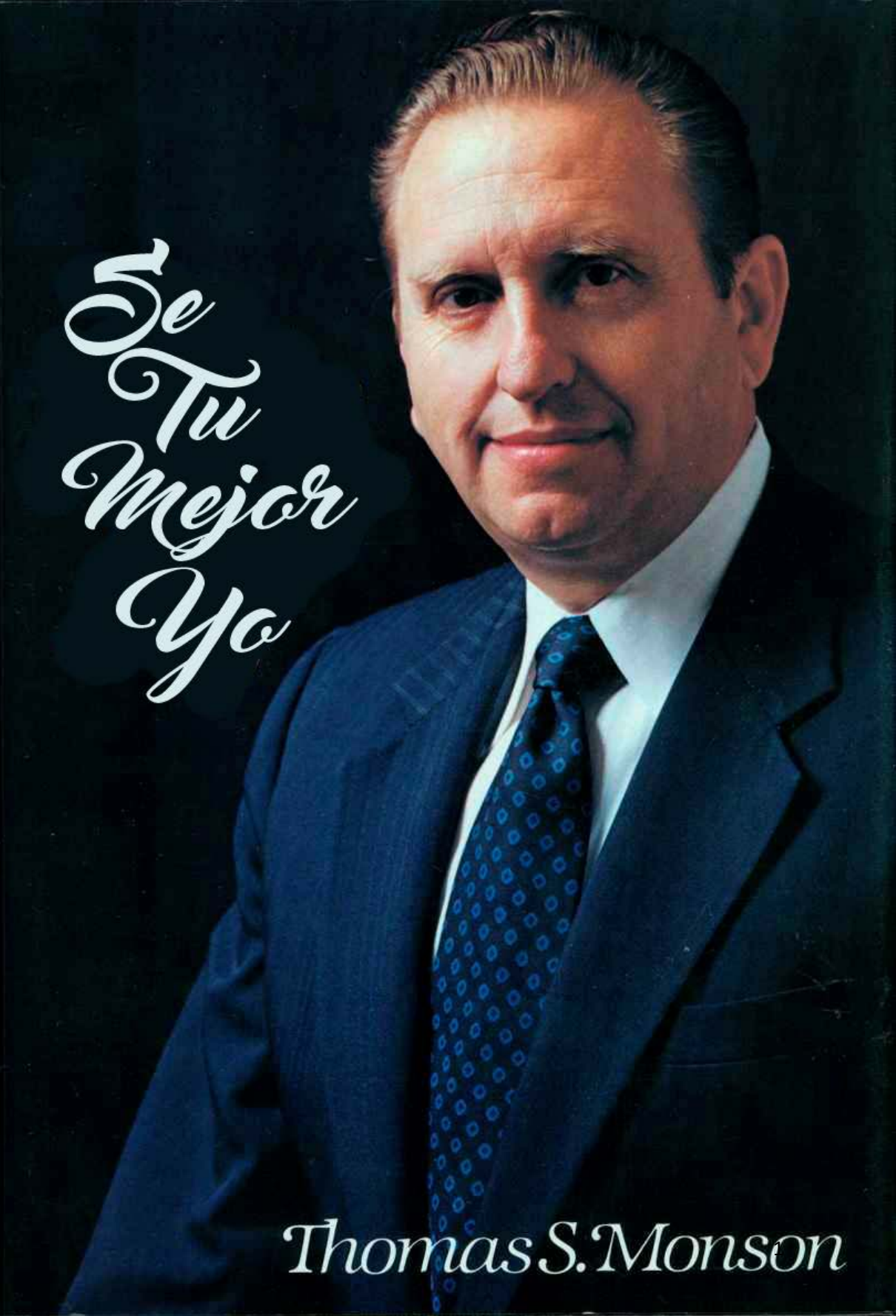
Se Tu Mejor Yo
Thomas S. Monson

Uno de los grandes propósitos de nuestra existencia en la tierra es perfeccionarnos, aprender a ser más como Dios. La admonición del Salvador "Sed, pues, vosotros perfectos" no estuvo limitada en tiempo o alcance; se aplica a sus discípulos en todas las épocas, incluida esta última dispensación. Sé Tu Mejor Yo puede ayudar en la constante lucha por la perfección. Adaptado de los poderosos discursos del Presidente Thomas S. Monson de la Primera Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, este libro se divide en tres secciones: Pedid con Fe, Sé un Ejemplo y Llamado a la Obra. Consejos pertinentes e historias que fomentan la fe en cada una de estas áreas vitales se combinan para crear un valioso plan para la auto-mejora.

"El camino de regreso a Dios no es tan empinado ni tan difícil como algunos nos quieren hacer creer", dice el Presidente Monson. "La suave invitación de Jesús nos llama: 'Venid a mí'". Sé Tu Mejor Yo ofrece ánimo, orientación y esperanza para todos los que acepten la invitación del Salvador de llegar a ser como él.

Contenido

Prólogo 5
Amanecer sin esperanza—Mañana de gozo 7
El Camino a Casa 15
El Espíritu de la Juventud 23
La Oración de Fe 30
La Fe de un Niño 39
Mi Salón de la Fama Personal 46
¿Qué Camino Seguirás? 54
Ama el Templo, Toca el Templo, Asiste al Templo 62
El Ejército del Señor 67
Perfiles de Fe 75
Te Amo 82
Grande es el Valor de las Almas 90
Enfrentando el Desafío de Hoy 99
América Te Necesita 105
Fortaleza a través de la Obediencia 111
Los Caminos que Jesús Caminó 117
Liderazgo Exitoso 125
Liderazgo: Nuestro Desafío Hoy 129
Decisiones Determinan el Destino 136
Aceptando el Llamado a Servir 150

Promesas Personales.....152
Más Bendecido Dar que Recibir 159
Tu Camino a Jericó.....162
Nacido de Buenos Padres.....169
Fórmula para el Éxito 177
El Camino del Señor.....187
El Espíritu de la Navidad.....194
Saber Cómo—Decir Cómo—Mostrar Cómo 204

Prólogo

Desde hace algún tiempo, tengo en mi escritorio un pequeño cartel que simplemente dice "HAZLO".

Al mirar este lema, a menudo pienso en el élder Thomas S. Monson, uno de mis colegas entre las Autoridades Generales, ya que para mí él es verdaderamente un hombre de "hazlo".

He llegado a conocer íntimamente al élder Monson desde que fue llamado al Consejo de los Doce en 1963, y lo considero como uno de los siervos más capaces del Señor. Ha ejemplificado a través de sus años de servicio una devoción constante a la obra del Señor que es digna de emulación.

Parece apropiado que este volumen de sus mensajes y enseñanzas se titule "Sé tu mejor yo", ya que creo que ese es el mensaje del ministerio del élder Monson. Viaja por todo el mundo en nombre de la Iglesia, y dondequiera que va, es capaz de sacar lo mejor de las personas. Es un líder efectivo porque tiene esta habilidad de desarrollar y cultivar lo mejor en los demás.

Como Apóstol del Señor Jesucristo, el élder Monson está lleno del puro amor de Cristo, y él irradia esto a los demás. Las personas lo aman porque él los ama. Su testimonio al mundo es uno de amor y comprensión.

Como líder comunitario y empresarial, el élder Monson ha ayudado a muchos otros a alcanzar sus metas. Su carrera antes de convertirse en Autoridad General fue una de logros

personales así como de motivar a otros a sobresalir. Su mano guía aún se siente en numerosos esfuerzos comunitarios y empresariales, y así continúa haciendo una valiosa contribución a las vidas de las personas, miembros y no miembros por igual.

Como esposo y padre, también está haciendo grandes contribuciones, ya que sus hijos están creciendo y madurando de manera responsable. Los ha inspirado a dar lo mejor de sí mismos en el hogar, en la Iglesia y en sus carreras.

El élder Monson es un ser humano notable. El Señor lo ha llamado a un gran servicio en la Iglesia, y él está verdaderamente dando lo mejor de sí mismo. Espero sinceramente que esta compilación de su sabiduría y enseñanzas te ayude a ti, lector, a alcanzar tu máximo potencial y a ser tu mejor yo.

Presidente Spencer W. Kimball

Amanecer sin esperanza—
Mañana de gozo

Londres, Inglaterra, está impregnada de historia. ¿Quién no ha oído hablar de Trafalgar Square, el Palacio de Buckingham, el Big Ben, la Abadía de Westminster o el río Támesis? De menor renombre, pero de valor incalculable, son las verdaderamente magníficas galerías de arte situadas en esta ciudad de cultura.

Una gris y fría tarde de invierno, visité la famosa Galería Tate. Me maravillaron los paisajes de Gainsborough, los retratos de Rembrandt y las nubes cargadas de tormenta de Constable. Escondida en un rincón tranquilo del tercer piso, había una obra maestra que no solo captó mi atención, sino que también capturó mi corazón. El artista, Frank Bramley, había pintado una humilde cabaña frente a un mar azotado por el viento. Arrodillada al lado de una mujer mayor, estaba una esposa llena de dolor que lamentaba la pérdida de su esposo marinero. La vela gastada en el alféizar de la ventana contaba de su vigilia nocturna infructuosa. Las enormes nubes grises eran todo lo que quedaba de la noche tormentosa.

Sentí su soledad. Sentí su desesperación. La inscripción vívidamente conmovedora que el artista dio a su obra contaba la trágica historia. Decía: "UN AMANECER SIN ESPERANZA".

Cómo anhelaba la joven viuda el consuelo, incluso la realidad, del "Réquiem" de Robert Louis Stevenson:

"Hogar es el marinero, de regreso del mar, y el cazador, de regreso del monte."

Para ella y para innumerables otros que han amado y perdido a seres queridos, cada amanecer es desesperanzador. Tal es la experiencia de aquellos que consideran la tumba como el final y la inmortalidad como solo un sueño.

La famosa científica Madame Marie Curie regresó a su hogar la noche del funeral de su esposo, Pierre Curie, quien murió en un accidente en las calles de París, e hizo esta entrada en su diario: "Llenaron la tumba y pusieron ramos de flores sobre ella. Todo ha terminado. Pierre está durmiendo su último sueño bajo la tierra. Es el fin de todo, todo, todo."

El ateo Bertrand Russell añade su testimonio: "Ningún fuego, ningún heroísmo, ninguna integridad de pensamiento y sentimiento pueden preservar una vida individual más allá de la tumba." Y Schopenhauer, el filósofo alemán y pesimista, fue aún más amargo. Escribió: "Desear la inmortalidad es desear la perpetuación eterna de un gran error."

En realidad, toda persona reflexiva se ha preguntado a sí misma esta pregunta: ¿Continúa la vida del hombre más allá de la tumba?

La muerte llega a toda la humanidad. Llega a los ancianos mientras caminan con pasos vacilantes. Su llamada es escuchada por aquellos que apenas han alcanzado la mitad del camino de la vida, y a menudo calla las risas de los niños pequeños. La muerte es un hecho trágico que nadie puede escapar ni negar.

El hombre venerable, perfecto y recto llamado Job, hace siglos, describió la muerte con estas palabras: "Como las aguas se van del mar, y el río se agota y se seca, así el hombre yace y no

vuelve a levantarse; hasta que no haya más cielos, no despertarán ni se levantarán de su sueño." (Job 14:11-12.)

Pero Job, como multitudes de sus semejantes, se rebeló contra esta conclusión. Apartándose del deprimente espectáculo de la aparente victoria de la muerte, pronunció el grito triunfal: "¡Oh, quién me diese que mis palabras fuesen ahora escritas! ¡Oh, quién me diese que se imprimiesen en un libro, que con cincel de hierro y con plomo fuesen esculpidas en piedra para siempre! Porque yo sé que mi Redentor vive, y que al final se levantará sobre la tierra... en mi carne veré a Dios." (Job 19:23-26.)

Y quién puede evitar sentirse inspirado por el llamamiento claro del apóstol Pablo cuando declaró: "Estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro." (Romanos 8:38-39.)

Quizás ninguna declaración en las escrituras revela de manera más dramática una verdad divina que la epístola de Pablo a los Corintios: "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados." (1 Corintios 15:22.)

Con frecuencia, la muerte llega como un intruso. Es un enemigo que aparece de repente en medio del festín de la vida, apagando sus luces y alegría. La muerte pone su pesada mano sobre aquellos que nos son queridos y, a veces, nos deja desconcertados y preguntándonos. En ciertas situaciones, como en gran sufrimiento y enfermedad, la muerte llega como un ángel de misericordia. Pero en su mayoría, pensamos en ella como el enemigo de la felicidad humana.

La situación de la viuda, por ejemplo, es un tema recurrente a lo largo de las Escrituras. Nuestros corazones se dirigen a la viuda de Sarepta. Su esposo había fallecido. Su escasa provisión de alimentos se había consumido. La hambruna y la muerte la aguardaban. Entonces vino el profeta de Dios con el aparentemente audaz mandato de que la viuda debía alimentarlo. Su respuesta es particularmente conmovedora: "Vive Jehová tu Dios, que no tengo pan cocido; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija; y ahora recogía dos leños, para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos, y nos dejemos morir." (1 Reyes 17:12.)

Las reconfortantes palabras de Elías penetraron en su ser: "No tengas temor; ve, haz como has dicho; pero hazme a mí primero de ello una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela; y después harás para ti y para tu hijo. Porque Jehová Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá... Y ella fue e hizo como le dijo Elías... y la harina de la tinaja no escaseó, ni el aceite de la vasija menguó."

Esta misma viuda entonces perdió a su preciado hijo ante el enemigo, la muerte. Pero el Dios del cielo escuchó su súplica y, a través de su profeta, le devolvió al niño.

Al igual que la viuda de Sarepta, estaba la viuda de Naín. Ella también perdió a su hijo. Ella también lo tuvo devuelto a la vida, completo. Un regalo del Señor Jesucristo.

Pero, ¿qué hay del presente? ¿Hay consuelo para el corazón afligido? ¿Recuerda Dios aún a la viuda en su aflicción?

No muy lejos del Tabernáculo de Salt Lake City vivían dos hermanas. Cada una tenía dos hijos apuestos. Cada una tenía un esposo amoroso. Cada una vivía en comodidad, prosperidad y buena salud. Luego, la segadora sombría visitó sus hogares. Primero, cada una perdió a un hijo; luego al esposo y padre. Los amigos visitaron, las palabras trajeron un cierto consuelo, pero la pena continuó sin alivio.

Pasaron los años. Los corazones permanecieron rotos. Las dos hermanas buscaron y lograron el aislamiento. Se apartaron del mundo que las rodeaba. Permanecieron solas con su remordimiento. Entonces vino a un profeta de Dios de los últimos días, que conocía bien a estas dos hermanas, la voz del Señor, que le dirigió a su situación. El élder Harold B. Lee dejó su ocupado despacho y visitó el ático hogar de las solitarias viudas. Escuchó sus súplicas. Sintió el dolor de sus corazones. Luego las llamó al servicio de Dios y de la humanidad. Cada una comenzó un ministerio en el santo templo. Cada una miró hacia fuera en las vidas de otros y hacia arriba en el rostro de Dios. La paz reemplazó la agitación. La confianza disipó la desesperación. Dios había recordado una vez más a la viuda y, a través de un profeta, trajo consuelo divino.

La oscuridad de la muerte siempre puede ser disipada por la luz de la verdad revelada. "Yo soy la resurrección y la vida", habló el Maestro; "el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente." (Juan 11:25-26.)

Esta seguridad, sí, incluso la santa confirmación de la vida más allá de la tumba, bien podría ser la paz prometida por el Salvador cuando aseguró a sus discípulos: "La paz os dejo, mi paz

os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo." (Juan 14:27.)

"Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para vosotros... para que donde yo estoy, vosotros también estéis." (Juan 14:1-3.)

De la oscuridad y el horror del Calvario surgió la voz del Cordero, diciendo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." (Lucas 23:46.) Y la oscuridad dejó de ser oscuridad, porque Él estaba con su Padre. Había venido de Dios y a Dios había regresado. Así también aquellos que caminan con Dios en esta peregrinación terrenal saben por experiencia bendita que Él no abandonará a sus hijos que confían en Él. En la noche de la muerte, Su presencia será "mejor que una luz y más segura que un camino conocido."

La realidad de la resurrección fue expresada por el mártir Esteban cuando miró hacia arriba y clamó: "Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios." (Hechos 7:56.)

Saulo, en el camino a Damasco, tuvo una visión del Cristo resucitado y exaltado. Más tarde, como Pablo, defensor de la verdad y misionero intrépido al servicio del Maestro, dio testimonio del Señor resucitado cuando declaró a los santos de Corinto: "Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras;... fue sepultado y... resucitó al tercer día conforme a las Escrituras;... fue visto por Cefas, y después por los doce; después apareció a más de quinientos hermanos a la vez... después apareció a Jacobo, luego a todos los apóstoles. Y al último de todos... me apareció a mí." (1 Corintios 15:3-8.)

En nuestra dispensación, este mismo testimonio fue expresado con valentía por el profeta José Smith, cuando él y Sidney Rigdon testificaron: "Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de Él, este es el testimonio, el último de todos, que damos de Él: ¡Que Él vive! Porque lo vimos, incluso a la diestra de Dios; y oímos la voz que daba testimonio de que Él es el Unigénito del Padre; que por Él, y a través de Él, y de Él, los mundos son y fueron creados, y los habitantes de ellos son hijos e hijas engendrados para Dios." (D&C 76:22-24.)

Este es el conocimiento que sostiene. Esta es la verdad que consuela. Esta es la seguridad que guía a los que están abrumados por el dolor fuera de las sombras y hacia la luz.

Tal ayuda no está restringida a los ancianos, a los bien educados o a unos pocos selectos. Está disponible para todos.

Hace varios años, los periódicos de Salt Lake City publicaron un aviso de obituario de una amiga cercana, una madre y esposa que falleció en la plenitud de su vida. Visité la funeraria y me uní a una multitud de personas reunidas para expresar condolencias al esposo afligido y a los hijos sin madre. De repente, la niña más pequeña, Kelly, me reconoció y tomó mi mano en la suya. "Ven conmigo", dijo, y me llevó al ataúd en el que reposaba el cuerpo de su amada madre. "No estoy llorando, Hermano Monson, y tú tampoco debes llorar. Mi mamá me dijo muchas veces sobre la muerte y la vida con el Padre Celestial. Yo pertenezco a mi mamá y a mi papá. Todos estaremos juntos de nuevo." Las palabras del salmista resonaron en mi alma: "De la boca de los niños... has ordenado la fortaleza." (Salmo 8:2.)

A través de ojos humedecidos por las lágrimas, reconocí una sonrisa hermosa y llena de fe. Para mi joven amiga, cuya diminuta mano aún agarraba la mía, nunca habría un amanecer

sin esperanza. Sostenida por su testimonio inquebrantable, sabiendo que la vida continúa más allá de la tumba, ella, su padre, sus hermanos, sus hermanas y, de hecho, todos los que comparten este conocimiento de la verdad divina, pueden declarar al mundo: "El llanto puede durar una noche, pero el gozo viene por la mañana." (Salmo 30:5.)

Con toda la fuerza de mi alma, testifico que Dios vive, que Su Amado Hijo es los primeros frutos de la resurrección, que el evangelio de Jesucristo es esa luz penetrante que hace de cada amanecer sin esperanza una mañana de gozo.

El Camino a Casa

Dominando las aguas azules del famoso Mar de Galilea se encuentra un hito histórico: el Monte de las Bienaventuranzas. Como un centinela viviente con un testimonio de primera mano, este amigo silencioso parece declarar: "Aquí fue donde la persona más grande que jamás vivió dio el mayor sermón jamás pronunciado: el Sermón del Monte".

Instintivamente, el visitante se dirige al Evangelio de Mateo y lee: "Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo su boca, les enseñaba". (Mateo 5:1-2). Entre las verdades que enseñó se encuentra esta solemne declaración: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan". (Mateo 7:13-14).

Hombres sabios a lo largo de las generaciones han buscado vivir según esta simple declaración.

Cuando Jesús de Nazaret caminaba personalmente por los senderos pedregosos de la Tierra Santa, Él, como el buen pastor, mostraba a todos los que creían cómo podrían seguir ese camino angosto y entrar por esa puerta estrecha hacia la vida eterna. "Venid, seguidme", invitaba. "Yo soy el camino".

No es de extrañar que los hombres se quedaran esperando la efusión del Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Era el

evangelio de Jesucristo el que se debía predicar, Su obra la que se debía hacer, y Sus apóstoles, a la cabeza de Su iglesia, los encargados de la obra.

La historia registra que la mayoría de los hombres, de hecho, no acudieron a Él, ni siguieron el camino que Él enseñó. Crucificaron al Señor; mataron a los apóstoles; rechazaron la verdad. La luz brillante del entendimiento se desvaneció, y las sombras alargadas de una noche negra envolvieron la tierra.

Una palabra y solo una palabra describe el estado sombrío que prevaleció: apostasía. Generaciones antes, Isaías había profetizado: "Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones". (Isaías 60:2). Amós había predicho una hambruna en la tierra, "no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová". (Amós 8:11). ¿No había advertido Pedro sobre falsos maestros que traerían herejías destructoras, y Pablo predicho que vendría el tiempo cuando no soportarían la sana doctrina?

Las edades oscuras de la historia parecían no tener fin. ¿No habría término para esta noche blasfema? ¿Había olvidado un Padre amoroso a la humanidad? ¿No enviaría mensajeros celestiales como en días anteriores?

Hombres honestos con corazones ansiosos, arriesgando sus propias vidas, intentaron establecer puntos de referencia para encontrar el camino verdadero. El día de la reforma estaba amaneciendo, pero el camino por delante era difícil. Las persecuciones serían severas, el sacrificio personal abrumador y el costo incalculable. Los reformadores eran como pioneros abriendo senderos en el desierto en una desesperada búsqueda de aquellos puntos de referencia perdidos que, sentían, al ser

encontrados llevarían a la humanidad de vuelta a la verdad que Jesús enseñó.

Cuando John Wycliffe y otros completaron la primera traducción al inglés de toda la Biblia desde la Vulgata Latina, las autoridades eclesiásticas hicieron todo lo posible por destruirla. Las copias tenían que ser escritas a mano y en secreto. La Biblia había sido considerada un libro cerrado prohibido de leer por el pueblo común. Muchos de los seguidores de Wycliffe fueron severamente castigados y algunos quemados en la hoguera.

Martín Lutero afirmó la supremacía de la Biblia. Su estudio de las Escrituras lo llevó a comparar las doctrinas y prácticas de la iglesia con las enseñanzas de las Escrituras. Lutero defendió la responsabilidad del individuo y los derechos de la conciencia individual, y lo hizo a riesgo inminente de su vida. Aunque amenazado y perseguido, declaró valientemente: "Aquí estoy. No puedo hacer otra cosa. ¡Que Dios me ayude!".

John Huss, hablando sin miedo contra la corrupción dentro de la iglesia, fue llevado fuera de la ciudad para ser quemado. Fue encadenado por el cuello a una estaca, y paja y madera fueron apiladas alrededor de su cuerpo hasta el mentón y rociadas con resina. Finalmente, le preguntaron si se retractaría. Cuando las llamas se levantaron, cantó, pero el viento sopló el fuego en su cara y su voz se apagó.

Zwinglio de Suiza intentó a través de sus escritos y enseñanzas repensar toda la doctrina cristiana en términos consistentemente bíblicos. Su declaración más famosa emociona el corazón: "¿Qué importa? Pueden matar el cuerpo pero no el alma".

Y quién no puede apreciar hoy las palabras de John Knox: "Un hombre con Dios siempre es mayoría".

Juan Calvino, prematuramente envejecido por la enfermedad y por los incesantes trabajos que había emprendido, resumió su filosofía personal con esta declaración: "Toda nuestra sabiduría se compone básicamente de dos cosas... el conocimiento de Dios y el conocimiento de nosotros mismos".

Se podrían mencionar a otros, pero un comentario sobre William Tyndale bastará. Tyndale sentía que la gente tenía derecho a saber lo que se les prometía en las Escrituras. A aquellos que se oponían a su trabajo de traducción, les declaró: "Si Dios me concede la vida, haré que un niño que arrea el arado sepa más de las Escrituras que tú".

Tales eran las enseñanzas y vidas de los grandes reformadores. Sus actos fueron heroicos, sus contribuciones muchas, sus sacrificios grandes, pero no restauraron el evangelio de Jesucristo.

A los reformadores se les podría preguntar: "¿Fue su sacrificio en vano? ¿Fue su lucha inútil?" Respondo con un rotundo "¡No!" La Santa Biblia estaba ahora al alcance de la gente. Cada hombre podía encontrar mejor su camino. Oh, si solo todos pudieran leer y entender. Pero algunos podían leer, y otros podían escuchar; y cada hombre tenía acceso a Dios a través de la oración.

El tan esperado día de la restauración de hecho llegó. Pero revisemos ese significativo evento en la historia del mundo recordando el testimonio del joven campesino que se convirtió en profeta, el testigo que estuvo allí, incluso José Smith.

Describiendo su experiencia, José dijo: "Había en el lugar donde vivíamos una agitación inusual sobre el tema de la religión. Se volvió general... y creó no poca conmoción y división entre la gente, unos clamando: '¡Aquí está!' y otros: '¡Allí está!'...

"... Un día estaba leyendo la Epístola de Santiago, capítulo primero y versículo quinto, que dice: 'Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada'.

"Nunca ningún pasaje de la escritura vino con más poder al corazón del hombre que este hizo en ese momento al mío. Parecía entrar con gran fuerza en cada sentimiento de mi corazón. Reflexioné sobre él una y otra vez, sabiendo que si alguna persona necesitaba sabiduría de Dios, esa era yo; porque no sabía cómo actuar, y a menos que pudiera obtener más sabiduría de la que tenía, nunca lo sabría; porque los maestros de religión... entendían los mismos pasajes de la escritura tan diferente como para destruir toda confianza en resolver la cuestión mediante un recurso a la Biblia.

"Finalmente llegué a la conclusión de que debía permanecer en tinieblas y confusión, o debía hacer como Santiago dice, esto es, pedir a Dios...

"Así que, de acuerdo con esta, mi determinación de pedir a Dios, me retiré al bosque para hacer el intento. Fue en la mañana de un hermoso día claro, a principios de la primavera de mil ochocientos veinte...

"Me arrodillé y comencé a ofrecer a Dios el deseo de mi corazón...

"... Vi una columna de luz exactamente sobre mi cabeza, más brillante que el sol, que descendía gradualmente hasta descansar sobre mí.

"... Cuando la luz descansó sobre mí, vi a dos Personajes, cuyo fulgor y gloria no admiten descripción, de pie en el aire sobre mí. Uno de ellos me habló, llamándome por mi nombre y dijo, señalando al otro: Este es mi Hijo Amado. ¡Escúchalo!" (José Smith—Historia 1:5-17).

El Padre y el Hijo, Jesucristo, se habían aparecido a José Smith. La mañana de la Dispensación de la Plenitud de los Tiempos había llegado, disipando la oscuridad de las largas generaciones de noche espiritual. Como en la creación, la luz reemplazaría a la oscuridad; el día seguiría a la noche.

Desde entonces hasta ahora, la verdad ha estado y está disponible para nosotros. Como los hijos de Israel en tiempos antiguos, los interminables días de vagar ahora pueden terminar con nuestra entrada a una tierra prometida personal.

Hoy podemos escuchar al profeta de Dios hablar, incluso al presidente Spencer W. Kimball. Hoy surge de él una invitación a las personas de todo el mundo: Venid de vuestro camino errante, viajero cansado. Venid al evangelio de Jesucristo. Venid a ese refugio celestial llamado hogar. Aquí descubrirás la verdad. Aquí aprenderás la realidad de la Trinidad, el consuelo del plan de salvación, la santidad del convenio matrimonial, el poder de la oración personal. ¡Ven a casa!

Desde nuestra juventud, muchos de nosotros recordamos la historia de un niño muy pequeño que fue secuestrado de sus padres y hogar y llevado a una aldea situada lejos. En estas condiciones, el pequeño niño creció hasta la juventud sin un

conocimiento de sus padres reales ni de su hogar terrenal. Dentro de su corazón surgió un anhelo de regresar a esa aldea llamada hogar. Pero, ¿dónde se encontraba el hogar? ¿Dónde se podían encontrar a su madre y padre? Oh, si tan solo pudiera recordar incluso sus nombres, su tarea sería menos desesperanzada.

Desesperadamente intentó recordar incluso un destello de su infancia. Luego, como un destello de inspiración, recordó el sonido de una campana que, desde la torre de la iglesia de la aldea, resonaba cada mañana de domingo. De aldea en aldea, el joven vagó, siempre escuchando ese sonido familiar. Algunas campanas eran similares, otras muy diferentes del sonido que recordaba.

Finalmente, el joven cansado se encontró una mañana de domingo frente a una iglesia en un típico pueblo. Escuchó atentamente cuando la campana comenzó a sonar. El sonido era familiar. No se parecía a ningún otro que hubiera oído, excepto aquella campana que resonaba en la memoria de sus días de infancia. Sí, era la misma campana. Su sonido era verdadero. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Su corazón se regocijó de alegría. Su alma se desbordó de gratitud. El joven se arrodilló, miró hacia arriba más allá de la torre de la campana, incluso hacia el cielo, y en una oración de gratitud susurró: "Gracias a Dios. Estoy en casa".

Como el sonido de una campana recordada será la verdad del evangelio de Jesucristo para el alma de quien sinceramente busca. Muchos de ustedes han viajado largo tiempo en una búsqueda personal de aquello que suena verdadero. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días les envía un sincero llamamiento. Abran sus puertas a los misioneros. Abran sus

mentes a la palabra de Dios. Abran sus corazones, incluso sus mismas almas, al sonido de esa voz apacible y pequeña que testifica de la verdad. Como prometió el profeta Isaías: "Tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él". (Isaías 30:21). Entonces, como el niño del que he hablado, ustedes también dirán de rodillas a su Dios y al mío: "¡Estoy en casa!".

El Espíritu de la Juventud

Esta es la "era de la juventud", la "generación de ahora", un tiempo para el descubrimiento, incluso un período de logros. En el mundo actual, el énfasis está en la juventud. Todos quieren verse jóvenes, sentirse jóvenes y ser jóvenes. Nadie prefiere la mediana edad, ni hablar de los años del ocaso. De hecho, se gastan sumas considerables de dinero cada año en productos que la gente espera que les devuelvan el aspecto juvenil. Bien podríamos preguntarnos, ¿es la búsqueda de la juventud algo nuevo en nuestros días, nuestra generación? Solo necesitamos hojear las páginas de la historia para descubrir nuestra respuesta.

Siglos atrás, en esa gran era de la exploración, se equiparon expediciones y barcos con tripulaciones confiadas y aventureras zarparon en mares desconocidos en busca de una "fuente de la juventud" literal. La leyenda del día rumoreaba que en algún lugar del gran más allá había una fuente mágica que contenía el agua más pura. Todo lo que uno tenía que hacer para recuperar la vitalidad de la juventud y perpetuar este vigor era beber profundamente del agua que fluía de esta fuente.

Ponce de León, que navegó con Colón, realizó posteriores viajes de exploración con plena confianza en la leyenda de que este elixir de la juventud podría encontrarse en algún lugar entre las Islas Bahamas. Sus esfuerzos, como los de muchos otros, no dieron tal descubrimiento. Pues en el plan divino de nuestro Dios,

entramos en la existencia mortal y probamos de la juventud solo una vez.

Sin embargo, hay una manera de retener el espíritu de la juventud. Para retener el espíritu de la juventud, uno debe servir a la juventud. Como Samuel Ullman describió:

La juventud no es un tiempo de vida; es un estado mental.
Envejecemos solo al abandonar nuestros ideales.
Eres tan joven como tu fe, tan viejo como tu duda;
Tan joven como tu autoconfianza, tan viejo como tu miedo;
Tan joven como tu esperanza, tan viejo como tu desesperación.

A los líderes de la juventud les digo: Nunca ha necesitado tanto la causa de la juventud de ustedes y su fe, de ustedes y su autoconfianza, de ustedes y su esperanza, de ustedes y su corazón.

Escuchen los titulares de nuestros diarios:

ABUSO DE DROGAS NOMBRADO ENEMIGO PÚBLICO NÚMERO UNO
DISMINUCIÓN DEL CONTROL SEXUAL
PORNOGRAFÍA AL DESCUBIERTO
JOVEN RECIBE CADENA PERPETUA
CRIMEN ENTRE LOS JÓVENES ALCANZA MÁXIMO HISTÓRICO

Día tras día, semana tras semana, tales titulares dominan la escena. Ni debemos asumir que nuestra propia juventud preciosa está a salvo de tales pecados. Muchos de los cuales tenemos responsabilidad están atrapados en la corriente de la opinión popular. Algunos son desgarrados por la marea de tiempos turbulentos. Sin embargo, otros son arrastrados y ahogados en el remolino del pecado.

Esto no debe ser. Tenemos el programa. Tenemos la gente. Tenemos el poder. Respondamos cada uno voluntariamente al

desafío de su llamado individual. Escuchemos el clamor de ayuda. Respondamos al llamado del deber.

El liderazgo es más que una palabra cuando recordamos que el poder de liderar también es el poder de desviar, y el poder de desviar es el poder de destruir.

Nuestra misión es más que reuniones. Nuestro servicio es salvar almas. Permítanme sugerir cinco pautas útiles:

1. Tómense el tiempo para pensar. Es nuestra responsabilidad conocer el programa, conocer a nuestra juventud, entender sus sueños, planificar objetivos adecuados y determinar un curso mediante el cual estos se puedan lograr. Esto requiere pensamiento. Tómense el tiempo para pensar.

2. Den espacio a la fe. El profeta Isaías declaró que los caminos del hombre no son los caminos de Dios. (Isaías 55:8). Los programas diseñados por los hombres y puestos en operación por personas bien intencionadas en cada comunidad de nuestra tierra simplemente no serán suficientes. Porque "si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican". (Salmo 127:1). ¿Tenemos la sabiduría de tomar al Señor como nuestro socio? Él les habla a ustedes y a mí: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él". (Apocalipsis 3:20).

Hace algunos años, una de mis responsabilidades en una presidencia de estaca era ayudar en la dirección de las actividades juveniles. Nuestra presidenta de Mujeres Jóvenes era una de las mejores y más capaces de toda la Iglesia. Sin embargo, después de cinco años exitosos en su llamado, el desánimo se apoderó de su vida. Como estábamos en un área de transición, el

constante cambio de oficiales y maestros comenzó a pasar factura. Se solicitó una liberación del servicio.

Antes de efectuar el cambio, me sentí impresionado de visitarla en su hogar. Era una tarde de verano. Ella y su esposo sugirieron muchas razones por las cuales sería deseable un cambio. Entonces vino la impresión de orar. Juntos nos arrodillamos junto al sofá y hablamos con Dios. Esta no fue una oración corta. Esta fue una comunión con el Todopoderoso.

Al levantarnos de nuestras rodillas, los ojos estaban húmedos, las palabras no salían; pero el corazón habló al corazón. Esta líder continuó por muchos años más en su llamado. Sirvió con distinción, con devoción. Recordamos dar espacio a la fe.

3. Manténganse firmes en la verdad. Las arenas movedizas de la opinión popular, el poder del grupo de pares, en demasiadas ocasiones se convierten en un imán irresistible que arrastra hacia la destrucción a los preciosos hijos e hijas de Dios. Nuestros líderes juveniles se convierten en la fuerza estable, el puerto de seguridad en los mares agitados, el vigía en la torre, incluso la guía en la encrucijada. La juventud nos mira. ¿Cómo nos mantenemos? Que podamos responder:

> *Firmes como las montañas que nos rodean,*
> *Valientes y decididos nos mantenemos*
> *Sobre la roca que nuestros padres plantaron*
> *Para nosotros en esta buena tierra—*
>
> —incluso "la roca del honor y la virtud,/de la fe en el Dios viviente". (Ruth May Fox).

Recordemos que no podemos estar equivocados al hacer lo correcto, y no podemos estar en lo correcto al hacer lo equivocado. Una fórmula simple, pero una verdad profunda. La

juventud necesita menos críticos y más modelos. Manténganse firmes en la verdad.

4. Extiéndanse para ayudar. La obra de teatro en tres actos, el espectáculo de carretera, el juego de baloncesto, el campamento de scouts, la conferencia de jóvenes proporcionan tales oportunidades. En una conferencia típica de jóvenes, la sesión de clausura fue una reunión de testimonios. Tomé nota personal de los comentarios hechos por jóvenes representativos. Una joven, al dar su testimonio, dijo: "Quiero ser como la esposa de mi obispo". Un joven declaró: "Esta conferencia ha sido la más divertida que he tenido. Nunca he visto tantas chicas mormonas".

En un tono más serio, un joven del sacerdocio reveló: "Este evangelio me ha traído verdadera alegría. El año pasado bauticé a mi padre. Este mes me ordenará élder".

Muchos testificaron: "Antes de venir a esta conferencia, solo podía decir que sentía que el evangelio era verdadero. Después de asistir a la conferencia, puedo dar mi testimonio de que sé que el evangelio es verdadero".

¿Valió la pena la planificación, la preocupación, el gasto, el desafío de la conferencia de jóvenes? Para nuestra respuesta nos dirigimos a la palabra de Dios: "Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios". (D&C 18:10). Extiéndanse para ayudar.

5. Proporcione lugar para la oración. En el frenético ritmo de la vida de hoy, proporcione lugar para la oración. Nuestra tarea es más grande que nosotros mismos. Necesitamos la ayuda divina de Dios. Testifico que su ayuda está a solo una oración de distancia.

Hace algún tiempo asistí a las reuniones anuales de los Boy Scouts de América. Llevé conmigo varias copias de la revista New Era, para compartir con los oficiales de los Scouts esta excelente publicación. Al abrir el paquete, descubrí que mi secretaria, sin razón aparente, había puesto dos copias adicionales de un número que presentaba el matrimonio en el templo. Dejé las dos copias en la habitación del hotel y, como estaba planeado, distribuí las otras copias.

El último día de la conferencia, no tenía ganas de asistir al almuerzo programado, pero me sentí obligado a regresar a mi habitación. Al entrar, el teléfono estaba sonando. La persona que llamaba se presentó como la Hermana Knotts. Preguntó si podía proporcionar una bendición para su hija de diez años. Acepté de inmediato, y ella indicó que ella, su hija, su esposo y su hijo vendrían de inmediato a mi habitación de hotel. Mientras esperaba, oré por ayuda. Los aplausos de la convención fueron reemplazados por la paz de la oración.

Luego vino el golpe en la puerta y el privilegio de conocer a una familia de Santos de los Últimos Días. Deanna, de diez años, caminaba con la ayuda de muletas. El cáncer había requerido la amputación de su pierna izquierda. Su ropa estaba limpia, su rostro radiante, su confianza en Dios inquebrantable. Se proporcionó una bendición. La madre y el hijo se arrodillaron al lado de la cama, mientras el padre y yo colocamos nuestras manos sobre la pequeña Deanna. Fuimos dirigidos por el Espíritu de Dios. Nos sentimos humildes por su poder. Sentí las lágrimas correr por mis mejillas y caer sobre mis manos mientras descansaban en la cabeza de esa hermosa hija de Dios. Hablé de ordenanzas eternas y exaltación familiar. El Señor me instó a urgir a esta familia a entrar en el Santo Templo de Dios. Al concluir la bendición, supe que tal visita al templo estaba

planeada para ese mismo verano. Se hicieron preguntas sobre el templo. No escuché voces celestiales, ni vi una visión. Sin embargo, me llegó una declaración: "Refiérete a la New Era". Miré hacia la cómoda, y allí estaban las dos copias del número de la New Era sobre el templo. Una fue dada a Deanna; una fue proporcionada a sus padres. Cada una fue revisada y leída.

La familia Knotts se despidió y una vez más la habitación quedó en silencio. Una oración de gratitud surgió fácilmente. Una vez más la resolución de proporcionar lugar para la oración.

Hoy, cuando pienso en Deanna, recuerdo las palabras de Longfellow. Se aplican a ella y a cada joven y cada joven mujer a quienes servimos:

Qué hermosa es la juventud; qué brillante resplandece,
Con sus ilusiones, aspiraciones, sueños.
Libro de comienzos, historia sin fin;
Cada doncella una heroína, y cada hombre un amigo.

Que Dios nos ayude a cada uno de nosotros a:

—Tomarnos el tiempo para pensar;
—Dar espacio a la fe;
—Mantenernos firmes en la verdad;
—Extendernos para ayudar;
—Proporcionar lugar para la oración.

La Oración de Fe

La mayoría de los niños de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días disfrutan del privilegio de reunirse una vez por semana con otros de edad e intereses similares en las reuniones de la Primaria. Sin embargo, hay otros niños, igualmente dulces y preciosos, que no son tan afortunados.

Hace algunos años, mientras visitaba Australia, acompañé al presidente de misión en un vuelo a Darwin para inaugurar la construcción de la primera capilla de los Santos de los Últimos Días en esa ciudad. Hicimos una parada para repostar en la pequeña comunidad minera de Mt. Isa. Allí nos encontramos en la terminal con una madre y sus dos hijos en edad de Primaria. Se presentó como Judith Louden y mencionó que ella y sus dos hijos eran los únicos miembros de la Iglesia en el pueblo. Su esposo, Richard, no era miembro. Después de cuatro años como miembros de la Iglesia, nunca habían vivido en un lugar donde hubiera una rama organizada de la Iglesia. Tuvimos una breve reunión, donde discutí la importancia de realizar una sesión de Primaria en el hogar cada semana. Prometí enviar desde la sede de la Iglesia los materiales de la Primaria en el hogar para ayudarlos. Hubo un compromiso de orar, reunirse y perseverar en la fe.

Al regresar a Salt Lake City, no solo envié los materiales prometidos, sino también una suscripción a la revista El Amigo.

Años después, mientras asistía a la conferencia de estaca de la Estaca de Brisbane, Australia, mencioné en una sesión del sacerdocio la difícil situación de esta mujer fiel y sus hijos. Dije: "Algún día espero saber cómo resultó esa Primaria en el hogar y conocer al esposo y padre no miembro de esa familia especial." Uno de los hermanos en la reunión se levantó y dijo: "Hermano Monson, soy Richard Louden, el esposo de esa buena mujer y el padre de esos preciosos niños. La oración y la Primaria me llevaron a la Iglesia."

El poder de la oración volvió a mi mente recientemente. Estaba en una asignación en la hermosa ciudad de Buenos Aires, Argentina. El sol brillaba y era alegre. Su calor era un bienvenido respiro del frío invernal que había dejado en casa.

Me detuve en el histórico Parque Palermo, que adorna el centro de la ciudad, y me di cuenta de que este era un terreno sagrado, pues aquí, el día de Navidad de 1925, el élder Melvin J. Ballard, un apóstol del Señor, dedicó toda Sudamérica para la predicación del evangelio. ¡Qué cumplimiento de una oración inspirada es evidente hoy en día, ya que el crecimiento de la Iglesia en esa tierra supera todas las expectativas!

En ese mismo parque hay una gran estatua de George Washington, el padre de los Estados Unidos y su primer presidente. Al contemplar la estatua, mis pensamientos regresaron al frío de Pensilvania, a otro lugar histórico donde la oración jugó un papel vital, incluso en Valley Forge. Fue allí donde este mismo Washington llevó a sus tropas, maltratadas, mal alimentadas y escasamente vestidas, a los cuarteles de invierno.

Hoy, en un bosque tranquilo en Valley Forge, hay un monumento de tamaño heroico a Washington. No se le representa montado en un caballo de carga ni observando un

campo de batalla de gloria, sino arrodillado en humilde oración, llamando al Dios del Cielo por ayuda divina. Contemplar la estatua hace que la mente recuerde la expresión a menudo escuchada: "Un hombre está más erguido cuando está de rodillas."

Hombres y mujeres de integridad, carácter y propósito siempre han reconocido un poder superior a ellos mismos y han buscado a través de la oración ser guiados por tal poder. Así ha sido siempre. Así será siempre.

Desde el principio, se le ordenó a nuestro padre Adán que "clame a Dios en el nombre del Hijo para siempre jamás". (Moisés 5:8). Adán oró. Abraham oró. Moisés oró, y así oró cada profeta a ese Dios de quien provenía su fuerza. Como la arena deslizándose a través de un reloj de arena, generaciones de la humanidad nacieron, vivieron y luego murieron. Al fin y al cabo, llegó ese glorioso evento por el cual los profetas oraron, los salmistas cantaron, los mártires murieron y la humanidad esperó.

El nacimiento del niño en Belén fue trascendental en su belleza y singular en su significado. Jesús de Nazaret trajo el cumplimiento de la profecía. Sanó a los leprosos, restauró la vista, abrió los oídos, penetró los corazones, renovó la vida, enseñó la verdad, salvó a todos. Al hacerlo, honró a su Padre y nos proporcionó un ejemplo digno de emulación. Más que cualquier profeta o líder, nos mostró cómo orar. ¿Quién puede olvidar su agonía en Getsemaní y esa ferviente oración: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú"? (Mateo 26:39). Y su exhortación: "Velad y orad, para que no entréis en tentación". (Mateo 26:41). Es entonces cuando recordamos:

"Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres...

"Mas tú, cuando ores... ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

"Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

"Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

"Danos hoy el pan nuestro de cada día.

"Y perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

"Y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos". (Mateo 6:5-13).

Esta guía ha ayudado a almas atribuladas a descubrir la paz que fervientemente anhelan y esperan con esperanza.

Desafortunadamente, la prosperidad, la abundancia, el honor y el elogio llevan a algunos hombres a la falsa seguridad de una autoconfianza altiva y al abandono de la inclinación a orar. Por el contrario, la agitación, la tribulación, la enfermedad y la muerte desmoronan los castillos del orgullo de los hombres y los llevan de rodillas a suplicar poder desde lo alto.

Supongo que durante el holocausto de la Segunda Guerra Mundial, más personas en este planeta se detuvieron a orar que en cualquier otro momento de nuestra historia. ¿Quién puede contar las esposas y los hijos ansiosos que pidieron la protección del Dios Todopoderoso para que estuviera con los esposos y padres ausentes? ¿Quién puede calcular la preocupación de los soldados atrapados en combate mortal mientras oraban por sus

seres queridos tan lejos? Las oraciones son escuchadas. Las oraciones son contestadas.

Conmovedor es el ejemplo de la madre en Estados Unidos que oraba por el bienestar de su hijo mientras el barco en el que servía navegaba hacia el sangriento caldero conocido como el Teatro de Guerra del Pacífico. Cada mañana se levantaba de rodillas y servía como voluntaria en esas líneas de producción que se convertían en líneas de vida para los hombres en combate. ¿Podría ser que el trabajo manual de una madre afectara directamente la vida de un ser querido? Todos los que la conocían a ella y a su familia atesoraban el relato real de su hijo marinero, Elgin Staples, cuyo barco se hundió frente a Guadalcanal. Staples fue arrastrado por la borda; pero sobrevivió, gracias a un cinturón de salvavidas que, al ser examinado más tarde, resultó haber sido inspeccionado, empacado y estampado en su casa en Akron, Ohio, por su propia madre.

No sé por qué método raro,
Pero esto sé, Dios responde a la oración.
Sé que Él ha dado Su palabra
Que me dice que la oración siempre es escuchada
Y será contestada, pronto o tarde,
Y así oro y espero tranquilamente.
No sé si la bendición buscada
Vendrá tal como pensé,
Pero dejo mis oraciones solo con Él,
Cuyos caminos son más sabios que los míos—
Seguro de que Él concederá mi petición,
O enviará alguna respuesta mucho más bendecida.
—ELIZA M. HICKOCK

Bien podría la generación más joven preguntar: "¿Y qué hay de hoy? ¿Todavía escucha? ¿Continúa respondiendo?" A lo que respondo de inmediato: "No hay fecha de vencimiento en la exhortación del Señor a orar. Al recordarlo a Él, Él nos recordará a nosotros."

La mayoría de las veces no hay banderas ondeando ni bandas tocando cuando se responde a una oración. Sus milagros a menudo se realizan de manera silenciosa y natural.

Hace algunos años, recibí la asignación de asistir a una conferencia de estaca en Grand Junction, Colorado. Mientras el avión circundaba el aeropuerto en medio de una intensa nevada, la voz del piloto anunció que parecía que nuestro aterrizaje no sería posible y que Grand Junction sería sobrevolado. Sabía que me habían asignado a esta conferencia por un profeta y oré para que el clima permitiera un aterrizaje. De repente, el piloto dijo: "Hay una apertura en la cubierta. Intentaremos un aterrizaje." Esa frase siempre es un poco aterradora para cualquier viajero aéreo.

Nuestro aterrizaje se logró con seguridad, y toda la conferencia transcurrió sin incidentes. Me preguntaba por qué en particular se me había asignado allí. Antes de irme de Grand Junction, el presidente de estaca me pidió que me reuniera con una madre y un padre afligidos por la decisión de su hijo de abandonar su campo misional después de haber llegado allí. Cuando la multitud de la conferencia se hubo marchado, nos arrodillamos en un lugar privado: la madre, el padre, el presidente de estaca y yo. Mientras oraba en nombre de todos, pude escuchar los sollozos ahogados de una madre afligida y un padre decepcionado. Cuando nos levantamos, el padre dijo: "Hermano Monson, ¿realmente cree que nuestro Padre Celestial

puede alterar la decisión anunciada de nuestro hijo de regresar a casa antes de completar su misión? ¿Por qué es que ahora, cuando estoy tratando tan duro de hacer lo correcto, mis oraciones no son escuchadas?" Respondí: "¿Dónde está sirviendo su hijo?" Él respondió: "En Düsseldorf, Alemania." Coloqué mi brazo alrededor de la madre y el padre y les dije: "Sus oraciones han sido escuchadas y serán contestadas. Con más de treinta y ocho conferencias de estaca celebrándose hoy, asistidas por Autoridades Generales, se me asignó a su estaca. De todos los Hermanos, soy el único que tiene la asignación de reunirse con los misioneros en la Misión Alemania Düsseldorf este mismo jueves."

Su petición había sido honrada por el Señor. Pude reunirme con su hijo. Él respondió a sus súplicas. Permaneció y completó una misión muy exitosa.

Algunos años después, volví a visitar la Estaca Grand Junction. Nuevamente me encontré con los mismos padres. Aún el padre no había calificado para que su familia numerosa y hermosa se uniera a él y a la madre en una ceremonia de sellamiento sagrado, para que esta familia pudiera ser una familia eterna. Sugerí que si la familia oraba sinceramente, podrían calificar. Indiqué que me complacería estar con ellos en esa ocasión sagrada en el templo de Dios. La madre suplicó, el padre se esforzó, los hijos instaron, todos oraron. ¿El resultado? Permítanme compartir con ustedes una carta atesorada que su pequeño hijo colocó bajo la almohada de papá en la mañana del Día del Padre.

Papá:

Te amo por lo que eres y no por lo que no eres. ¿Por qué no dejas de fumar? Millones de personas lo han hecho... ¿por qué

no puedes tú? Es perjudicial para tu salud, tus pulmones, tu corazón. Si no puedes guardar la Palabra de Sabiduría, no puedes ir al cielo conmigo, Skip, Brad, Marc, Jeff, Jeannie, Pam y sus familias. Nosotros, los niños, guardamos la Palabra de Sabiduría. ¿Por qué no puedes tú? Eres más fuerte y eres un hombre. Papá, quiero verte en el cielo. Todos lo queremos. Queremos ser una familia completa en el cielo... no la mitad de una.

Papá, tú y mamá deberían conseguir dos bicicletas viejas y comenzar a andar por el parque todas las noches. Probablemente te estás riendo ahora, pero yo no lo haría. Te ríes de esas personas mayores, corriendo por el parque y andando en bicicleta y caminando, pero ellos van a vivir más que tú. Porque están ejercitando sus pulmones, su corazón, sus músculos. Ellos van a tener la última risa.

Vamos, papá, sé un buen tipo, no fumes, bebas ni hagas nada contra nuestra religión. Queremos que estés en nuestra graduación. Si dejas de fumar y haces cosas buenas como nosotros, tú y mamá podrán ir con el Hermano Monson y casarse y sellarse con nosotros en el templo.

Vamos, papá, mamá y nosotros los niños te estamos esperando. Queremos vivir contigo para siempre. Te amamos. Eres el mejor papá.

Con amor,

Todd

P.S. Y si el resto de nosotros escribiera uno de estos, dirían lo mismo.

P.P.S. ¡El Sr. Newton ha dejado de fumar. Tú también puedes. ¡Estás más cerca de Dios que el Sr. Newton!

Esa súplica, esa oración de fe, fue escuchada y contestada. Una noche que siempre atesoraré y recordaré fue cuando toda esta familia se reunió en una sala sagrada en el hermoso templo que adorna Temple Square en Salt Lake City. El padre estaba allí. La madre estaba allí. Cada niño estaba allí. Se realizaron ordenanzas, eternas en su significado.

Una oración unida de gratitud cerró esta tan esperada noche.

Que siempre recordemos...

La oración es el deseo sincero del alma,
Expresado o no,
El movimiento de un fuego oculto
Que tiembla en el pecho.
Oh tú por quien venimos a Dios,
La Vida, la Verdad, el Camino!
El camino de la oración tú mismo has recorrido;
Señor, enséñanos a orar.
—HIMNOS, NO. 220

Él nos ha enseñado a orar. Que cada uno de nosotros aprenda y viva esta lección es mi ferviente súplica y sincera oración.

La Fe de un Niño

¡Qué período tan verdaderamente glorioso del año es el tiempo de la conferencia! Temple Square en Salt Lake City es el lugar de reunión para decenas de miles que viajan desde lejos para escuchar la palabra del Señor. El Tabernáculo se llena hasta desbordarse. La conversación amigable es reemplazada por la música del coro y las voces de quienes oran y hablan. Una dulce reverencia llena el aire. Comienza la conferencia general.

Como orador, es una experiencia humilde mirar los rostros amistosos y apreciar la fe y la devoción a la verdad que representan.

En una ocasión, mientras me levantaba para dirigirme a la congregación de la conferencia, observé en el balcón norte a una hermosa niña de quizás diez años. Sentí la impresión de hablarle directamente. Comencé:

Querida pequeña, no sé tu nombre ni de dónde has venido. Sin embargo, esto sí sé: la inocencia de tu sonrisa y la tierna expresión de tus ojos me han persuadido a dejar de lado para otra ocasión el mensaje que había preparado para este día. Hoy hablaré especialmente para ti.

Cuando yo era un niño de tu edad, también tuve una maestra en la Escuela Dominical. Ella nos leía de la Biblia acerca de Jesús, el Redentor y Salvador del mundo. Un día, nos enseñó cómo los niños pequeños fueron llevados a Él para que pusiera sus manos sobre ellos y orara. Sus discípulos reprendieron a

quienes traían a los niños. "Pero cuando Jesús lo vio, se indignó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios". (Marcos 10:14).

Esa lección nunca me ha dejado. De hecho, hace solo unos meses volví a aprender su significado y participé de su poder. Mi maestro fue el Señor. Permíteme compartir contigo esta experiencia.

Lejos de Salt Lake City, y a unos ochenta kilómetros de Shreveport, Luisiana, vive la familia Methvin. Madre, padre y los hijos son miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Hasta hace poco, había una encantadora hija que, con su presencia, adornaba ese hogar. Su nombre era Christal. Tenía solo diez años cuando la muerte puso fin a su estancia terrenal.

A Christal le gustaba correr y jugar en el amplio rancho donde vive su familia. Podía montar caballos con destreza y sobresalía en el trabajo de 4-H, ganando premios en ferias locales y estatales. Su futuro era brillante y la vida era maravillosa. Luego se descubrió en su pierna una masa inusual. Los especialistas en Nueva Orleans completaron su diagnóstico y dieron su veredicto: carcinoma. La pierna debía ser amputada.

Se recuperó bien de la cirugía, vivió con el mismo entusiasmo de siempre y nunca se quejó. Luego, los médicos descubrieron que el cáncer se había propagado a sus pequeños pulmones. La familia Methvin no se desesperó, sino que planeó un vuelo a Salt Lake City. Christal podría recibir una bendición de uno de los Autoridades Generales. Los Methvin no conocían personalmente a ninguno de los Hermanos, así que pusieron frente a Christal una foto de todas las Autoridades Generales, y

se hizo una selección al azar. Por pura coincidencia, se seleccionó mi nombre.

Christal nunca hizo el vuelo a Salt Lake City. Su condición se deterioró. El final se acercaba. Pero su fe no vaciló. A sus padres les dijo: "¿No se acerca la conferencia de estaca? ¿No está asignada una Autoridad General? ¿Y por qué no el Hermano Monson? Si no puedo ir a él, el Señor puede enviarlo a mí."

Mientras tanto, en Salt Lake City, sin conocimiento de los eventos que ocurrían en Shreveport, se desarrolló una situación muy inusual. Para el fin de semana de la conferencia de la Estaca Shreveport, Luisiana, se me había asignado a El Paso, Texas. El presidente Ezra Taft Benson me llamó a su oficina y explicó que uno de los otros Hermanos había hecho algún trabajo preparatorio con respecto a la división de la estaca en El Paso. Me preguntó si me importaría que otro fuera asignado a El Paso y yo asignado a otro lugar. Por supuesto, no había problema: cualquier lugar estaría bien para mí. Entonces, el presidente Benson dijo: "Hermano Monson, siento la impresión de que debe visitar la Estaca Shreveport, Luisiana." La asignación fue aceptada. Llegó el día y llegué a Shreveport.

Esa tarde de sábado estuvo llena de reuniones: una con la presidencia de estaca, otra con líderes del sacerdocio, una con el patriarca, y otra más con el liderazgo general de la estaca. Un tanto apenado, el presidente de estaca, Charles F. Cagle, preguntó si mi horario permitiría tiempo para proporcionar una bendición a una niña de diez años afligida con cáncer. Su nombre: Christal Methvin. Respondí que, si era posible, lo haría, y luego pregunté si estaría en la conferencia o si estaba en un hospital de Shreveport. Sabiendo que el tiempo estaba apretado, el

presidente Cagle casi susurró que Christal estaba confinada en su hogar, a muchos kilómetros de Shreveport.

Examiné el horario de las reuniones de esa noche y la mañana siguiente, incluso mi vuelo de regreso. Simplemente no había tiempo disponible. Una sugerencia alternativa vino a mi mente. ¿No podríamos recordar a la pequeña en nuestras oraciones públicas en la conferencia? Seguramente el Señor entendería. Sobre esta base, procedimos con las reuniones programadas.

Cuando se comunicó la noticia a la familia Methvin, hubo comprensión pero también un rastro de decepción. ¿No había escuchado el Señor sus oraciones? ¿No había proporcionado que el Hermano Monson viniera a Shreveport? Nuevamente la familia oró, pidiendo un favor final: que su preciosa Christal pudiera realizar su deseo.

En el mismo momento en que la familia Methvin se arrodilló en oración, el reloj en el centro de estaca marcaba las 7:45. La reunión de liderazgo había sido inspiradora. Estaba organizando mis notas, preparándome para subir al púlpito, cuando escuché una voz que hablaba a mi espíritu. El mensaje fue breve, las palabras familiares: "Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios." (Marcos 10:14). Mis notas se volvieron borrosas. Mis pensamientos se dirigieron a una pequeña niña que necesitaba una bendición. Se tomó la decisión. Se alteró el horario de las reuniones. Después de todo, las personas son más importantes que las reuniones. Me dirigí al obispo James Serra y le pedí que saliera de la reunión y avisara a los Methvin.

La familia Methvin acababa de levantarse de sus rodillas cuando el teléfono sonó y se les transmitió el mensaje de que

temprano en la mañana del domingo, el día del Señor, en un espíritu de ayuno y oración, viajaríamos al lado de la cama de Christal.

Siempre recordaré y nunca olvidaré ese viaje temprano por la mañana a un lugar sagrado que la familia Methvin llama hogar. He estado en lugares sagrados, incluso casas santas, pero nunca he sentido más fuertemente la presencia del Señor que en el hogar de los Methvin. Christal se veía tan pequeña, acostada pacíficamente en una cama tan grande. La habitación era brillante y alegre. La luz del sol que entraba por la ventana del este llenaba la habitación de luz mientras el Señor llenaba nuestros corazones de amor.

La familia rodeaba la cama de Christal. Miré a una niña que estaba demasiado enferma para levantarse, casi demasiado débil para hablar. Su enfermedad ahora la había dejado ciega. Tan fuerte era el espíritu que caí de rodillas, tomé su frágil mano en la mía y simplemente dije: "Christal, estoy aquí." Ella separó sus labios y susurró: "Hermano Monson, sabía que vendrías." Miré alrededor de la habitación. Nadie estaba de pie. Todos estaban de rodillas. Se dio una bendición. Una leve sonrisa cruzó el rostro de Christal. Su susurro "gracias" proporcionó una adecuada bendición final. En silencio, todos salieron de la habitación.

Cuatro días después, el jueves, mientras los miembros de la Iglesia en Shreveport unían su fe con la familia Methvin y el nombre de Christal se recordaba en una oración especial a un bondadoso y amoroso Padre Celestial, el espíritu puro de Christal Methvin dejó su cuerpo devastado por la enfermedad y entró en el paraíso de Dios.

Para aquellos de nosotros que nos arrodillamos ese día de reposo en una habitación llena de sol, y particularmente para la

madre y el padre de Christal, que entran diariamente en esa misma habitación y recuerdan cómo la dejó, las palabras inmortales de Eugene Field traerán de vuelta recuerdos preciosos:

El pequeño perro de juguete está cubierto de polvo,
Pero firme y fuerte se mantiene;
Y el pequeño soldado de juguete está rojo de óxido,
Y su mosquete se moldea en sus manos.
Hubo un tiempo en que el pequeño perro de juguete era nuevo,
Y el soldado era bastante hermoso;
Y ese fue el momento en que nuestro Pequeño Niño Azul
Los besó y los puso allí.
"Ahora, no te vayas hasta que venga", dijo,
"¡Y no hagas ningún ruido!"
Así que, tambaleándose hasta su cama,
Soñó con los bonitos juguetes.
Y mientras soñaba, una canción angelical
Despertó a nuestro Pequeño Niño Azul,—
Oh, los años son muchos, los años son largos,
¡Pero los pequeños amigos de juguete son fieles!
¡Ay, fieles a Pequeño Niño Azul permanecen,
Cada uno en el mismo lugar de siempre,
Esperando el toque de una pequeña mano,
La sonrisa de una pequeña cara,
Y se preguntan, al esperar durante estos largos años,
En el polvo de esa pequeña silla,
¿Qué ha sido de nuestro Pequeño Niño Azul
Desde que los besó y los puso allí.
—"PEQUEÑO NIÑO AZUL"

Para nosotros no hay necesidad de preguntarnos ni de esperar. Dijo el Maestro: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente." (Juan 11:25-26). A ustedes, Jack y Nancy Methvin, Él les habla: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo." (Juan 14:27). Y de su dulce Christal bien podría venir la expresión reconfortante: "Voy a preparar lugar para vosotros... para que donde yo esté, vosotros también estéis." (Juan 14:2-3).

A mi pequeña amiga en el balcón superior, y a los creyentes de todas partes, doy testimonio de que Jesús de Nazaret ama a los niños pequeños, que Él escucha sus oraciones y responde a ellas. El Maestro realmente pronunció esas palabras: "Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios." Sé que estas son las palabras que habló a la multitud reunida en la costa de Judea junto a las aguas del Jordán, porque las he leído.

Sé que estas son las palabras que habló a un apóstol en asignación en Shreveport, Luisiana, porque las escuché.

De estas verdades doy testimonio.

Mi Salón de la Fama Personal

En un claro día de invierno, conducía con un amigo por la autopista que conecta el centro de Manhattan, Nueva York, con el condado suburbano de Westchester. Me señaló varios de los lugares históricos que abundan en esta área donde el hombre ha construido indiscriminadamente su cinta de carretera a través del camino de la historia.

De repente, como un viejo amigo, apareció ante nosotros el Yankee Stadium. Aquí estaba: el estadio de los campeones, el hogar de mis héroes de la infancia. De hecho, ¿qué niño no ha idolatrado a aquellos que ante miles de personas juegan excelentemente al béisbol?

Como era invierno, el estacionamiento que rodea el estadio estaba desierto. Se habían ido las multitudes, los vendedores de cacahuetes, los taquilleros. Aún presentes estaban los recuerdos de Babe Ruth, Lou Gehrig y Joe DiMaggio. El registro de sus proezas y habilidades está a salvo para siempre: han sido elegidos para el prestigioso Salón de la Fama del Béisbol.

Como en el béisbol, así es en la vida. En el interior de nuestra conciencia, cada uno de nosotros tiene un Salón de la Fama privado reservado exclusivamente para los verdaderos líderes que han influido en la dirección de nuestras vidas. Relativamente pocos de los muchos hombres que ejercen autoridad sobre nosotros desde la infancia hasta la edad adulta

cumplen con nuestro criterio para entrar en este cuadro de honor. Esa prueba tiene muy poco que ver con los adornos externos del poder o con la abundancia de los bienes de este mundo. Los líderes a quienes admitimos en este santuario privado de nuestra meditación reflexiva suelen ser aquellos que encienden nuestro corazón con devoción a la verdad, que hacen que la obediencia al deber parezca la esencia de la hombría, que transforman algún acontecimiento rutinario ordinario para que se convierta en una vista desde donde vemos a la persona que aspiramos ser.

Por un momento, tal vez cada uno de nosotros podría ser el juez calificador por el cual cada entrada al Salón de la Fama debe pasar. ¿A quién nominarías para una posición destacada? ¿A quién nominaría yo? Los candidatos son muchos, la competencia es severa.

Nomino al Salón de la Fama el nombre de Adán, el primer hombre que vivió sobre la tierra. Su cita es de Moisés: "Y Adán fue obediente a los mandamientos del Señor". (Moisés 5:5.) Adán califica.

Para la paciencia y la resistencia, debe ser nominado un hombre perfecto y recto cuyo nombre era Job. Aunque afligido como ningún otro, declaró: "He aquí que mi testigo está en los cielos, y mi testimonio en las alturas. Disputadores son mis amigos; más a Dios destilarán mis ojos." (Job 16:19.) "Yo sé que mi Redentor vive." (Job 19:25.) Job califica.

Todo cristiano nominaría al hombre Saulo, mejor conocido como Pablo el apóstol. Sus sermones son como maná para el espíritu, su vida de servicio un ejemplo para todos. Este misionero intrépido declaró al mundo: "Porque no me

avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación." (Romanos 1:16.) Pablo califica.

Luego está el hombre llamado Simón Pedro. Su testimonio de Cristo conmueve el corazón. "Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente." (Mateo 16:13-16.) Pedro califica.

De otro tiempo y lugar recordamos el testimonio de Nefi: "Iré y haré lo que el Señor ha mandado, porque sé que el Señor no da mandamientos a los hijos de los hombres sin prepararles la manera de que puedan cumplir lo que les ha mandado." (1 Nefi 3:7.) Seguramente Nefi es digno de un lugar en el Salón de la Fama.

Hay otro más que elijo nominar, incluso el Profeta José Smith. Su fe, su confianza, su testimonio se reflejan en sus propias palabras pronunciadas cuando se dirigía a la cárcel de Carthage y al martirio: "Voy como un cordero al matadero; mas estoy tranquilo como una mañana de verano; tengo la conciencia limpia de ofensa para con Dios y para con todos los hombres." (D&C 135:4.) Selló su testimonio con su sangre. José Smith califica.

En nuestra selección de héroes, nominar también a heroínas. Primero, ese noble ejemplo de fidelidad, incluso Rut. Sintiendo el corazón afligido de su suegra, que sufrió la pérdida de cada uno de sus dos buenos hijos, sintiendo quizás las punzadas de desesperación y soledad que plagaron el alma misma de Noemí, Rut pronunció lo que se ha convertido en esa

declaración clásica de lealtad: "No me ruegues que te deje y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo; y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios." (Rut 1:16.) Las acciones de Rut demostraron la sinceridad de sus palabras. Hay un lugar para su nombre en el Salón de la Fama.

¿No deberíamos nombrar a otra más, una descendiente de la honrada Rut? Hablo de María de Nazaret, desposada con José, destinada a convertirse en la madre del único hombre verdaderamente perfecto que caminó sobre la tierra. Su aceptación de este papel sagrado e histórico es un distintivo de humildad. "Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra." (Lucas 1:38.) Seguramente María califica.

¿Podríamos preguntar, qué hace que estos hombres sean héroes y estas mujeres sean heroínas? Respondo: Confianza inquebrantable en un Padre Celestial omnisciente y un testimonio constante sobre la misión de un Salvador divino. Este conocimiento es como un hilo dorado tejido a través del tapiz de sus vidas.

¿Quién es ese Rey de gloria, incluso el Redentor, por quien tales héroes y heroínas sirvieron fielmente y murieron valientemente? Él es Jesucristo, el Hijo de Dios, incluso nuestro Salvador.

Su nacimiento fue predicho por los profetas; los ángeles anunciaron el inicio de Su ministerio terrenal. A los pastores que estaban en el campo les llegó la gloriosa proclamación: "No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo. Que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor." (Lucas 2:10-11.)

Este mismo Jesús "crecía y se fortalecía en espíritu, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él." (Lucas 2:40.) Bautizado por Juan en el río conocido como Jordán, comenzó Su ministerio oficial entre los hombres. A la sofistería de Satanás, Jesús le dio la espalda. Al deber designado por Su Padre, dirigió Su rostro, comprometió Su corazón y dio Su vida. ¡Y qué vida sin pecado, desinteresada, noble y divina fue! Jesús trabajó. Jesús amó. Jesús sirvió. Jesús lloró. Jesús sanó. Jesús enseñó. Jesús testificó. En una cruz cruel, Jesús murió. De un sepulcro prestado, Jesús salió a la vida eterna.

El nombre de Jesús de Nazaret, el único nombre bajo el cielo dado entre los hombres por el cual debemos ser salvos, tiene un lugar singular y una distinción honrada en nuestro Salón de la Fama.

Algunos pueden cuestionar: ¿Pero cuál es el valor de una lista tan ilustre de héroes, incluso un Salón de la Fama privado? Respondo: Cuando obedecemos como lo hizo Adán, soportamos como lo hizo Job, enseñamos como lo hizo Pablo, testificamos como lo hizo Pedro, servimos como lo hizo Nefi, nos entregamos como lo hizo el Profeta José, respondemos como lo hizo Rut, honramos como lo hizo María, y vivimos como lo hizo Cristo, nacemos de nuevo. Todo poder se convierte en nuestro. Se desecha para siempre el antiguo yo, y con él la derrota, la desesperación, la duda y la incredulidad. Venimos a una vida nueva, una vida de fe, esperanza, valor y alegría. Ninguna tarea parece demasiado grande. Ninguna responsabilidad pesa demasiado. Ningún deber es una carga. Todo se vuelve posible.

En nuestra búsqueda de un ejemplo, no necesariamente debemos mirar a los años pasados o a vidas vividas hace mucho tiempo. Permítanme ilustrar. Hoy Craig Sudbury ocupa una

posición de prominencia en Salt Lake City, pero permítanme retroceder el reloj solo unos años hasta el día en que él y su madre vinieron a mi oficina antes de la partida de Craig a la Misión Melbourne, Australia. Fred Sudbury, el padre de Craig, estaba notablemente ausente. Veinticinco años antes, la madre de Craig se había casado con Fred, quien no compartía su amor por La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y de hecho no pertenecía a la Iglesia.

Craig me confió su profundo y duradero amor por sus padres. Compartió su esperanza más íntima de que de alguna manera, de algún modo, su padre fuera tocado por el Espíritu y abriera su corazón al evangelio de Jesucristo. Me suplicó fervientemente una sugerencia. Oré por inspiración sobre cómo podría recompensarse tal deseo. Tal inspiración vino, y le dije a Craig: "Sirve al Señor con todo tu corazón. Sé obediente a tu sagrado llamamiento. Cada semana escribe una carta a tus padres y, en ocasiones, escribe a papá personalmente y hazle saber que lo amas, y dile por qué estás agradecido de ser su hijo."

Me agradeció y, con su madre, salió de la oficina. No volvería a ver a la madre de Craig durante unos dieciocho meses. Ella vino a la oficina y, en oraciones interrumpidas por lágrimas, me dijo: "Han pasado casi dos años desde que Craig partió para su misión. Su fiel servicio lo ha calificado para puestos de responsabilidad en el campo misional, y nunca ha fallado en escribirnos una carta cada semana. Recientemente, mi esposo Fred se levantó por primera vez en una reunión de testimonios y dijo: 'Todos ustedes saben que no soy miembro de la Iglesia, pero algo me ha sucedido desde que Craig se fue a su misión. Sus cartas han tocado mi alma. ¿Puedo compartir una con ustedes? "Querido papá, hoy enseñamos a una familia selecta sobre el plan de salvación y las bendiciones de la exaltación en el reino

celestial. Pensé en nuestra familia. Más que nada en el mundo, quiero estar contigo y con mamá en ese reino. Para mí, simplemente no sería un reino celestial si tú no estuvieras allí. Estoy agradecido de ser tu hijo, papá, y quiero que sepas que te amo. Tu hijo misionero, Craig." Fred luego anunció: 'Mi esposa no sabe lo que planeo decir. La amo y amo a nuestro hijo Craig. Después de veintiséis años de matrimonio, he tomado la decisión de convertirme en miembro de la Iglesia, porque sé que el mensaje del evangelio es la palabra de Dios. Supongo que he sabido esta verdad por mucho tiempo, pero la misión de mi hijo me ha movido a la acción. He hecho arreglos para que mi esposa y yo nos reunamos con Craig cuando complete su misión. Seré su último bautismo como misionero de tiempo completo del Señor.'"

Un joven misionero con fe inquebrantable había participado con Dios en un milagro moderno. Su desafío de comunicarse con alguien a quien amaba había sido hecho más difícil por la barrera de los miles de kilómetros que los separaban. Pero el espíritu de amor cruzó la vasta extensión del azul Pacífico, y corazón habló a corazón en diálogo divino.

Ningún héroe se mantuvo tan alto como Craig cuando, en la lejana Australia, se paró con su padre en agua hasta la cintura y, levantando su brazo derecho en señal cuadrada, repitió esas palabras sagradas: "Fred Sudbury, habiendo sido comisionado por Jesucristo, te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo."

La oración de una madre, la fe de un padre, el servicio de un hijo trajeron el milagro de Dios. Madre, padre, hijo, cada uno califica para un Salón de la Fama.

Resuena verdadero el pronunciamiento celestial: "Yo, el Señor, soy misericordioso y bondadoso con aquellos que me temen, y me deleito en honrar a aquellos que me sirven en justicia y en verdad hasta el fin. Grande será su recompensa y eterna será su gloria." (D&C 76:5-6.)

Al vivir de esta manera, nuestra propia entrada en un verdadero y eterno Salón de la Fama estará asegurada.

¿Qué Camino Seguirás?

Una cinta de asfalto negro serpentea a través de las montañas del norte de Utah hacia el Valle del Gran Lago Salado, luego serpentea hacia el sur en su curso designado. Su nombre oficial es Interestatal 15. Esta superautopista transporta la producción de las fábricas, los productos del comercio y masas de humanidad hacia destinos designados.

Hace varios días, mientras conducía a mi casa, me acerqué a la entrada de la Interestatal 15. En la rampa de acceso, noté a tres autoestopistas, cada uno de los cuales llevaba un cartel hecho a mano que anunciaba su destino deseado. Un cartel decía "Los Ángeles", mientras que un segundo llevaba la designación "Boise". Sin embargo, fue el tercer cartel el que no solo llamó mi atención, sino que también me hizo reflexionar y meditar sobre su mensaje. El autoestopista había escrito no Los Ángeles, California, ni Boise, Idaho, en el cartel de cartón que sostenía en alto. Más bien, su cartel consistía en una sola palabra y decía simplemente "Cualquier lugar".

Aquí estaba alguien que estaba contento de viajar en cualquier dirección, según el capricho del conductor que se detuviera para darle un paseo gratis. ¡Qué precio tan enorme para pagar por tal paseo! Sin plan. Sin objetivo. Sin meta. El camino a cualquier lugar es el camino a ninguna parte, y el camino a ninguna parte lleva a sueños sacrificados, oportunidades desperdiciadas y una vida insatisfecha.

A diferencia del joven autoestopista, tú y yo tenemos el don dado por Dios de elegir la dirección en la que vamos. De hecho, el apóstol Pablo comparó la vida con una carrera con una meta claramente definida. A los santos en Corinto les instó: "¿No sabéis que los que corren en una carrera, todos corren, pero uno solo recibe el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis." (1 Corintios 9:24). En nuestro celo, no pasemos por alto el sabio consejo de Eclesiastés: "La carrera no es de los ligeros, ni la batalla de los fuertes." (Eclesiastés 9:11). En realidad, el premio pertenece a quien persevera hasta el final.

Cada uno debe hacerse las preguntas: ¿A dónde voy? ¿Cómo planeo llegar allí? ¿Y cuál es mi destino divino?

Cuando reflexiono sobre la carrera de la vida, recuerdo otra carrera, incluso de los días de la infancia. Tal vez una experiencia compartida de este período ayudará a formular respuestas a estas preguntas significativas y universalmente planteadas.

Cuando tenía unos diez años, mis amigos y yo llevábamos navajas en la mano y, de la madera blanda de un sauce, fabricábamos pequeños botes de juguete. Con una vela triangular de algodón en su lugar, cada uno lanzaba su rústica embarcación en una carrera por las aguas relativamente turbulentas del río Provo. Corríamos por la orilla del río y observábamos las pequeñas embarcaciones a veces balanceándose violentamente en la corriente rápida y otras veces navegando serenamente a medida que el agua se profundizaba.

Durante una de esas carreras, notamos que un bote lideraba a todos los demás hacia la línea de meta designada. De repente, la corriente lo llevó demasiado cerca de un gran remolino, y el bote se inclinó de lado y se volcó. Alrededor y

alrededor fue llevado, incapaz de volver a la corriente principal. Al final, llegó a descansar en el extremo del remolino, rodeado por los escombros flotantes, retenido por los tentáculos en forma de dedos del musgo verde.

Los botes de juguete de la infancia no tenían quilla para estabilidad, ni timón para proporcionar dirección, ni fuente de energía. Como el autoestopista, su destino era "Cualquier lugar", pero inevitablemente río abajo.

Se nos han proporcionado atributos divinos para guiar nuestro destino. Entramos en la mortalidad no para flotar con las corrientes de la vida, sino con el poder de pensar, razonar y lograr. Dejamos nuestro hogar celestial y venimos a la tierra en la pureza e inocencia de la infancia.

Nuestro Padre Celestial no nos lanzó en nuestro viaje eterno sin proporcionar los medios por los cuales podríamos recibir de Él la guía dada por Dios para asegurar nuestro regreso seguro al final de la gran carrera de la vida. Sí, hablo de la oración. También hablo de los susurros de esa voz apacible y delicada dentro de cada uno de nosotros; y no paso por alto las Santas Escrituras, escritas por marineros que navegaron con éxito los mares que nosotros también debemos cruzar.

Se requerirá de nosotros un esfuerzo individual. ¿Qué podemos hacer para prepararnos? ¿Cómo podemos asegurar un viaje seguro?

Primero, debemos visualizar nuestro objetivo. ¿Cuál es nuestro propósito? El Profeta José Smith aconsejó: "La felicidad es el objetivo y diseño de nuestra existencia; y será el fin de la misma, si seguimos el camino que conduce a ella; y este camino es la virtud, la rectitud, la fidelidad, la santidad y guardar todos

los mandamientos de Dios." (Enseñanzas del Profeta José Smith, pp. 255-56). En esta sola frase se nos proporciona no solo una meta bien definida, sino también la manera en que podemos lograrla.

Segundo, debemos hacer un esfuerzo continuo. ¿Has notado que muchos de los tratos más preciados de Dios con Sus hijos han sido cuando estaban comprometidos en una actividad adecuada? La visita del Maestro a Sus discípulos en el camino a Emaús, el buen samaritano en el camino a Jericó, incluso Nefi en su regreso a Jerusalén, y el Padre Lehi en ruta a la tierra prometida. No pasemos por alto a José Smith en el camino a Carthage, y a Brigham Young en las vastas llanuras hacia el hogar del valle de los Santos.

Tercero, no debemos desviarnos de nuestro curso determinado. En nuestro viaje encontraremos bifurcaciones y giros en el camino. Habrá las inevitables pruebas de nuestra fe y las tentaciones de nuestros tiempos. Simplemente no podemos darnos el lujo de un desvío, porque ciertos desvíos llevan a la destrucción y la muerte espiritual. Evitemos las arenas movedizas morales que amenazan por todos lados, los remolinos del pecado y las corrientes cruzadas de filosofías no inspiradas. Ese astuto flautista llamado Lucifer todavía toca su melodía encantadora y atrae a los desprevenidos lejos de la seguridad de su camino elegido, lejos del consejo de padres amorosos, lejos de la seguridad de las enseñanzas de Dios. Su melodía es muy antigua, sus palabras muy dulces. Su precio es eterno. No busca los desechos de la humanidad, sino los mismos elegidos de Dios. El rey David escuchó, luego siguió, luego cayó. Pero entonces también lo hizo Caín en una era anterior, y Judas Iscariote en una posterior.

Cuarto, para ganar el premio, debemos estar dispuestos a pagar el precio. El aprendiz no se convierte en maestro artesano hasta que se ha calificado. El abogado no ejerce hasta que ha pasado el examen de la barra. El médico no atiende nuestras necesidades hasta que ha completado la pasantía.

Tú eres el tipo que tiene que decidir
Si lo harás o lo dejarás a un lado...
Si buscarás la meta que está lejos
O simplemente te contentarás con quedarte donde estás.
—EDGAR A. GUEST, "YOU"

Recordemos cómo Saulo el perseguidor se convirtió en Pablo el proselitista, cómo Pedro el pescador se convirtió en el apóstol del poder espiritual.

Nuestro ejemplo en la carrera de la vida bien podría ser nuestro Hermano Mayor, incluso el Señor. Cuando era un niño pequeño, proporcionó una consigna: "¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?" (Lucas 2:49). Como hombre adulto, enseñó con el ejemplo compasión, amor, obediencia, sacrificio y devoción. A ti y a mí su llamado sigue siendo el mismo: "Ven, sígueme."

Uno que escuchó y siguió fue el misionero mormón Randall Ellsworth, de quien tal vez hayas leído en tu periódico diario o visto en la televisión en tu hogar.

Mientras servía en Guatemala como misionero de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, Randall Ellsworth sobrevivió a un devastador terremoto, que lanzó una viga sobre su espalda, paralizando sus piernas y dañando gravemente sus riñones. Fue el único estadounidense herido en el terremoto, que cobró la vida de unas dieciocho mil personas.

Después de recibir tratamiento médico de emergencia, fue trasladado en avión a un gran hospital cerca de su hogar en Rockville, Maryland. Mientras Randall estaba confinado allí, un presentador de noticias de televisión realizó con él una entrevista que presencié gracias al milagro de la televisión. El reportero le preguntó: "¿Puedes caminar?" La respuesta: "No todavía, pero lo haré." "¿Crees que podrás completar tu misión?" Respondió: "Otros piensan que no, pero yo lo haré." Con el micrófono en la mano, el reportero continuó: "Entiendo que has recibido una carta especial que contiene un mensaje de recuperación de nada menos que del Presidente de los Estados Unidos." "Sí", respondió Randall, "estoy muy agradecido con el Presidente por su amabilidad; pero recibí otra carta, no del presidente de mi país, sino del presidente de mi iglesia—La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días—incluso del presidente Spencer W. Kimball. Esta la aprecio mucho. Con él orando por mí, y las oraciones de mi familia, mis amigos y mis compañeros misioneros, regresaré a Guatemala. El Señor quería que predicara el evangelio allí durante dos años, y eso es lo que tengo la intención de hacer."

Me volví hacia mi esposa y comenté: "Seguramente no debe conocer la magnitud de sus lesiones. Nuestros informes médicos oficiales no nos permitirían esperar tal regreso a Guatemala."

¡Cuán agradecido estoy de que el día de la fe y la era de los milagros no sean historia pasada sino que continúen con nosotros incluso ahora!

Los periódicos y las cámaras de televisión volvieron su atención a noticias más inmediatas a medida que los días se

convirtieron en semanas y las semanas en meses. Las palabras de Rudyard Kipling describen la situación de Randall Ellsworth:

El tumulto y el clamor mueren—
Los capitanes y los reyes se van—
Todavía queda Tu antiguo sacrificio,
Un corazón humilde y contrito.
Señor Dios de los ejércitos, quédate con nosotros aún,
¡No sea que olvidemos, no sea que olvidemos!
—"RECESSIONAL"

Y Dios no olvidó a quien poseía un corazón humilde y contrito, incluso al élder Randall Ellsworth. Poco a poco comenzó a recuperar la sensación. En sus propias palabras, Randall describió la recuperación: "Lo que hice fue siempre mantenerme ocupado, siempre esforzándome. En el hospital pedí hacer terapia dos veces al día en lugar de solo una vez. Quería volver a caminar por mi cuenta." Cuando el Departamento Misional evaluó el progreso médico que Randall Ellsworth había logrado, se le envió una palabra de que su regreso a Guatemala estaba autorizado. Dijo: "Al principio estaba tan feliz que no sabía qué hacer. Luego entré en mi habitación y comencé a llorar. Luego caí de rodillas y agradecí a mi Padre Celestial."

Randall Ellsworth subió al avión que lo llevó de regreso a la misión a la que fue llamado y de regreso a las personas que amaba. Detrás dejó un rastro de escépticos, una multitud de incrédulos, pero también a cientos asombrados por el poder de Dios, el milagro de la fe y la recompensa de la determinación. Delante de él se encontraban miles de hijos e hijas honestos, temerosos de Dios y sinceramente buscadores de nuestro Padre Celestial. Ellos escucharán Su palabra. Aprenderán Su verdad. Aceptarán Sus ordenanzas. Un Pablo de los días modernos, que

también superó su "espina en la carne", había regresado para enseñarles la verdad, para guiarlos a la vida eterna.

Como Randall Ellsworth, que cada uno de nosotros sepa a dónde va, esté dispuesto a hacer el esfuerzo continuo requerido para llegar allí, evite cualquier desvío y esté dispuesto a pagar el precio a menudo muy alto de la fe y la determinación para ganar la carrera de la vida.

Al final de nuestro viaje mortal, que podamos decir como Pablo: "He peleado la buena batalla, he terminado mi carrera, he guardado la fe." (2 Timoteo 4:7). Al hacerlo, se nos dará esa "corona de justicia" que no perece, y escucharemos la aprobación de nuestro Juez Eterno: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor." (Mateo 25:21).

Cada uno habrá completado su viaje, no a un nebuloso "Cualquier lugar", sino a su hogar celestial, incluso la vida eterna en el reino celestial de Dios.

Ama el Templo, Toca el Templo, Asiste al Templo

El recién remodelado y rededicado templo de Logan, Utah, es un edificio majestuoso. Despierta recuerdos y aviva la fe. Mi primera experiencia relacionada con Logan tuvo lugar cuando era un niño de doce años. El Sacerdocio Aarónico de nuestro barrio hizo una peregrinación al cementerio de Clarkston, Utah, y una visita a los terrenos del Templo de Logan mientras conmemorábamos la restauración del Sacerdocio Aarónico. Desde ese primer momento, he regresado con frecuencia a estos dos sitios históricos y nuevamente he sentido la reverencia y el asombro experimentados durante esa primera visita.

En el cementerio de Clarkston, la mayor parte de nuestro tiempo se dedicó a aprender sobre Martin Harris, uno de los tres testigos del Libro de Mormón, cuyo cuerpo descansa en este tranquilo cementerio. Sin duda, es el ocupante más ilustre del cementerio. Sin embargo, me paseé más allá del monumento de granito que lleva el nombre de Martin Harris y leí las inscripciones de las lápidas de otros menos prominentes pero igualmente fieles. Algunas de las antiguas lápidas contenían recordatorios interesantes, como "Nos volveremos a encontrar" o "Se fue a un lugar mejor". Una que aún recuerdo decía: "Una luz de nuestro hogar se ha ido; una voz que amamos se ha silenciado. Un lugar está vacío en nuestros corazones que nunca se podrá llenar."

Nuestra siguiente parada fueron los terrenos del templo. Como los niños tienden a hacer en un día de primavera, nos tumbábamos en el césped y mirábamos las torres del templo, que se elevaban hacia el cielo azul, y notábamos las nubes sedosas y blancas que pasaban rápidamente. Pensé en los pioneros enterrados en ese pequeño cementerio. Como resultado de las ordenanzas sagradas realizadas en la santa casa de Dios, ninguna luz necesita apagarse permanentemente, ninguna voz silenciarse permanentemente, ningún lugar en nuestro corazón quedar permanentemente vacío. ¡Oh, cuánto amaban esos primeros pioneros el templo!

Que nosotros también amemos el templo. Uno que lo hizo fue un anciano devoto y fiel tahitiano llamado Tahauri Hutihuti. El hermano Hutihuti era un buceador de perlas de la isla de Takaroa en el grupo de islas de Taumotu. ¡Oh, cuánto anhelaba ir al templo de Dios! ¡Cuánto amaba a su esposa! ¡Cuánto honraba y amaba a sus hijos! Pero el templo estaba fuera de su alcance. En ese momento no había templo en el Pacífico Sur. Luego vino la gloriosa noticia de que se construiría un templo en Nueva Zelanda. Cuidadosamente, el hermano Hutihuti se preparó espiritualmente para ese día. Su esposa hizo lo mismo, al igual que los niños. Cuando llegó el momento de que se dedicara el Templo de Nueva Zelanda, el viejo Tahauri se agachó debajo de su cama y sacó seiscientos dólares, los ahorros de toda su vida acumulados a lo largo de sus cuarenta años como buceador de perlas, y dio todo, para que él pudiera llevar a su esposa y a sus hijos al templo de Dios en Nueva Zelanda. Ningún sacrificio era demasiado grande. Amaba el templo.

Que me permita instar a que cada uno de nosotros aprecie el significado de nuestros templos y desarrolle un amor por ellos. El presidente Spencer W. Kimball ha instado durante mucho

tiempo a que en el dormitorio de cada niño Santo de los Últimos Días haya en la pared una imagen del templo. Al pronunciar las oraciones, hay un sermón ante ese niño, esa niña: un suave recordatorio de la madre al ver la imagen: "Aquí te casarás."

Recientemente, nuestra nieta de dos años estaba recitándonos a la hermana Monson y a mí su vocabulario, todo él. Gozosamente, señaló una imagen de un león, luego de un oso, luego de un caballo, e identificó cada uno. ¿Puedes apreciar nuestra alegría como abuelos cuando su pequeño dedo señaló una imagen del templo y repitió esas palabras sagradas, "el templo"?

El difunto Matthew Cowley una vez relató la experiencia de un sábado por la tarde de un abuelo cuando, de la mano, llevó a su pequeña nieta en una visita de cumpleaños, no al zoológico ni al cine, sino a los terrenos del templo. Con el permiso del jardinero, los dos caminaron hasta las grandes puertas del templo. Él sugirió que ella colocara su mano en la sólida pared y luego en la enorme puerta. Con ternura, le dijo: "Recuerda que este día tocaste el templo. Un día entrarás por esta puerta." Su regalo para la pequeña no fue dulces ni helado, sino una experiencia mucho más significativa y duradera: una apreciación de la casa del Señor. Ella había tocado el templo, y el templo la había tocado a ella.

No hay mejor manera de dejar que el templo toque nuestras vidas, ni de demostrar nuestro amor por tan sagrado edificio, que asistir al templo. Hace algunos años, cuando servía como obispo, un miembro de nuestro sumo consejo, el hermano William H. Prince, era presidente de nuestro comité de genealogía de la estaca. Siempre recordaré cuando él y la

hermana Prince vinieron a nuestra conferencia de barrio y nos hablaron sobre la importancia de asistir al templo de Dios.

Indicaron que durante varios años fueron trabajadores en el Templo de St. George. Describieron cómo todos los martes y jueves, justo después del trabajo, la pequeña maleta se llenaba con su ropa del templo, y al templo iban mamá y papá. Sin embargo, una noche, una fuerte lluvia había llegado a St. George, convirtiendo el suelo rojo en barro rojo. Mientras la madre, con la pequeña bolsa en la mano, corría hacia el automóvil, resbaló. El cierre de la bolsa se abrió, y la hermosa ropa blanca del templo se esparció en medio del suelo empapado de St. George. Rápidamente colocó la ropa de nuevo en la maleta mientras el hermano Prince le instaba: "Vamos, mamá. Podemos obtener otra ropa en el templo." Se apresuraron al templo, no queriendo llegar tarde a su sesión designada. Al llegar al mostrador de ropa, la joven allí dijo: "Me sorprende que necesiten ropa. Ustedes suelen traer la suya." Luego la hermana Prince explicó lo que había sucedido. Dijo: "Tal vez haya una prenda de nuestra ropa o quizás dos que no estén cubiertas de barro de St. George, pero eso sería todo. Déjame revisar y luego sabré qué ropa necesitaremos." Abrió la maleta y sacó de la pequeña bolsa la ropa del templo para ella y su esposo. La ropa estaba impecablemente blanca. No había ni rastro del suelo rojo de St. George en su preciosa ropa del templo.

Aprendí de ese mensaje que nosotros, cuando asistimos al templo, podemos tener derecho a las bendiciones del Dios Todopoderoso.

A medida que amamos el templo, tocamos el templo y asistimos al templo, nuestras vidas reflejarán nuestra fe. Al venir a estas santas casas de Dios, al recordar los convenios que

hacemos dentro, podremos soportar cada prueba y superar cada tentación. El templo proporciona propósito a nuestras vidas.

El Ejército del Señor

Hace varios años, estaba sentado en los asientos del coro del Salón de Asambleas en la Manzana del Templo. El escenario era una conferencia de estaca. El élder Joseph Fielding Smith y el élder Alma Sonne habían sido asignados para reorganizar nuestra presidencia de estaca. El Sacerdocio Aarónico, incluyendo a miembros de los obispados, estaban proporcionando la música para la conferencia. Los que servíamos como obispos estábamos cantando junto con nuestros jóvenes. Al concluir nuestro primer himno, el hermano Smith se acercó al púlpito y anunció los nombres de la nueva presidencia de estaca. Estoy seguro de que los otros miembros de la presidencia habían sido informados de sus llamamientos, pero yo no. Después de leer mi nombre, el élder Smith anunció: "Si el hermano Monson está dispuesto a responder a este llamamiento, nos agradaría escucharlo ahora." Mientras me paraba en el púlpito y miraba esa multitud de rostros, recordé el himno que acabábamos de cantar. Su título era "Ten valor, muchacho, para decir no." Seleccioné como tema de mi aceptación "Ten valor, muchacho, para decir sí."

Las palabras de un himno más conocido describen a nuestros poseedores del sacerdocio:

¡He aquí un ejército real,
con estandarte, espada y escudo,
marcha adelante para conquistar
en el gran campo de batalla de la vida;
sus filas están llenas de soldados,

unidos, audaces y fuertes,
que siguen a su Comandante,
y cantan su alegre canción:
¡Victoria, victoria, por aquel que nos redimió!
¡Victoria, victoria, por Jesucristo nuestro Señor!
—HIMNOS, NO. 7

El sacerdocio representa un poderoso ejército de rectitud, incluso un ejército real. Somos guiados por un profeta de Dios. En el comando supremo está nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. Nuestras órdenes de marcha son claras. Son concisas. Mateo describe nuestro desafío con estas palabras del Maestro: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." (Mateo 28:19-20). ¿Escucharon los primeros discípulos este mandato divino? Marcos registra: "Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor." (Marcos 16:20).

El mandato de ir no ha sido rescindido. Más bien, ha sido reacentuado. ¡Qué emocionante y desafiante tiempo para vivir!

Aquellos que poseen el Sacerdocio Aarónico y lo honran han sido reservados para este período especial en la historia. La cosecha verdaderamente es grande. Que no haya error al respecto; la oportunidad misionera de una vida es suya. Las bendiciones de la eternidad los esperan. ¿Cómo pueden responder mejor? Permítanme sugerir el cultivo de tres virtudes, a saber:

1. Un deseo de servir;
2. La paciencia para prepararse;

3. La disposición para trabajar.

Haciendo esto, cada uno siempre será parte de ese ejército real de misioneros. Consideremos, individualmente, cada una de estas tres virtudes.

Primero, un deseo de servir. Recuerden la declaración calificativa del Maestro: "He aquí, el Señor requiere el corazón y una mente dispuesta." (D&C 64:34). Un ministro de los últimos días aconsejó: "Hasta que la disposición sobrepase la obligación, los hombres luchan como reclutas en lugar de seguir la bandera como patriotas. El deber nunca se cumple dignamente hasta que se realiza por alguien que con gusto haría más si tan solo pudiera." (Harry Emerson Fosdick).

¿No es apropiado que en la Iglesia no nos llamamos a nosotros mismos como misioneros? ¿No es sabio que nuestros padres no nos llamen? Más bien, somos llamados de Dios por profecía y por revelación. Cada llamamiento lleva la firma del Presidente de la Iglesia.

Tuve el privilegio de servir durante muchos años con el presidente Spencer W. Kimball cuando él era presidente del Comité Ejecutivo de Misioneros de la Iglesia. Esas reuniones de asignación de misioneros, inolvidables, estaban llenas de inspiración y ocasionalmente intercaladas con humor. Recuerdo bien el formulario de recomendación de un misionero prospectivo en el que el obispo había escrito: "Este joven es muy cercano a su madre. Ella se pregunta si podría ser asignado a una misión cerca de casa en California para que pueda visitarlo ocasionalmente y llamarlo por teléfono semanalmente." Al leer en voz alta este comentario, esperé el pronunciamiento de una asignación designada por el presidente Kimball. Noté un brillo en sus ojos y una dulce sonrisa en sus labios cuando dijo, sin

comentario adicional, "Asígnelo a la Misión Sudáfrica Johannesburgo."

Son demasiadas para mencionarlas las muchas instancias en las que un llamamiento particular resultó providencial. Esto lo sé: la inspiración divina acompaña tales asignaciones sagradas. Reconocemos la verdad expresada tan simplemente en Doctrina y Convenios: "Si tenéis deseos de servir a Dios, sois llamados a la obra." (D&C 4:3).

Segundo, la paciencia para prepararse. La preparación para una misión no es algo espontáneo. Comenzó antes de que podamos recordar. Cada clase en la Primaria, en la Escuela Dominical, en el seminario, cada asignación del sacerdocio, ha tenido una aplicación mayor. Silenciosamente, casi imperceptiblemente, se moldea una vida, se inicia una carrera, se forma un hombre.

¡Qué desafío es el llamamiento de ser un consejero de un quórum de jóvenes! ¿Nuestros consejeros del sacerdocio realmente piensan en su oportunidad? ¿Reflexionan? ¿Oran? ¿Se preparan? ¿Preparan a sus jóvenes?

A los quince años me llamaron a presidir un quórum de maestros. Nuestro consejero estaba interesado en nosotros, y lo sabíamos. Un día me dijo: "Tom, te gusta criar palomas, ¿verdad?"

Respondí con un cálido "Sí."

Luego me ofreció, "¿Cómo te gustaría que te regalara un par de palomas Birmingham Roller de raza pura?"

Esta vez respondí, "¡Sí, señor!" Verás, las palomas que tenía eran solo la variedad común atrapada en el techo de la Escuela Primaria Grant.

Me invitó a su casa la noche siguiente. El día siguiente fue uno de los más largos de mi joven vida. Estaba esperando el regreso de mi consejero del trabajo una hora antes de que llegara. Me llevó a su palomar, que estaba en un pequeño granero en la parte trasera de su patio. Al mirar las palomas más hermosas que había visto hasta entonces, dijo: "Selecciona cualquier macho, y te daré una hembra que es diferente a cualquier otra paloma en el mundo." Hice mi selección. Luego colocó en mi mano una pequeña hembra. Le pregunté qué la hacía tan diferente. Respondió, "Mira con cuidado, y notarás que solo tiene un ojo." Claro, le faltaba un ojo, un gato había hecho el daño. "Llévalas a tu palomar," aconsejó. "Mantenlas adentro por unos diez días y luego déjalas salir para ver si se quedan en tu lugar."

Seguí sus instrucciones. Cuando las solté, el macho pavoneó sobre el techo del palomar, luego volvió adentro para comer. Pero la hembra de un solo ojo desapareció en un instante. Llamé a Harold, mi consejero, y pregunté, "¿Esa paloma de un solo ojo regresó a tu palomar?"

"Ven a verme," dijo él, "y lo revisaremos."

Mientras caminábamos desde la puerta de su cocina hasta el palomar, mi consejero comentó, "Tom, eres el presidente del quórum de maestros." Esto ya lo sabía. Luego agregó, "¿Qué vas a hacer para activar a Bob?"

Respondí, "Lo tendré en la reunión del quórum esta semana."

Luego llegó a un nido especial y me entregó la paloma de un solo ojo. "Mantenla adentro unos días y vuelve a intentarlo." Así lo hice, y una vez más desapareció. De nuevo la respuesta, "Ven a verme, y veremos si regresó aquí." Vino el comentario mientras caminábamos hacia el palomar, "Felicitaciones por lograr que Bob asista a la reunión del sacerdocio. Ahora, ¿qué tú y Bob van a hacer para activar a Bill?"

"Lo tendremos allí esta semana," ofrecí.

Esta experiencia se repitió una y otra vez. Era un hombre adulto antes de darme cuenta plenamente de que, en efecto, Harold, mi consejero, me había dado una paloma especial, el único pájaro en su palomar que sabía que regresaría cada vez que se la soltara. Era su forma inspirada de tener una entrevista personal ideal del sacerdocio conmigo, el presidente del quórum de maestros, cada dos semanas. Le debo mucho a esa paloma de un solo ojo. Le debo más a ese consejero del quórum. Tuvo la paciencia para ayudarme a prepararme para las oportunidades que tenía por delante.

Tercero, la disposición para trabajar. La obra misional es difícil. Exige nuestras energías. Pone a prueba nuestra capacidad. Requiere nuestro mejor esfuerzo, frecuentemente un segundo esfuerzo. Recuerden, la carrera no es "para los ligeros, ni la batalla para los fuertes" (Eclesiastés 9:11), sino para el que persevera hasta el fin.

Durante las fases finales de la Segunda Guerra Mundial, cumplí dieciocho años y fui ordenado élder una semana antes de partir para el servicio activo con la Marina. Un miembro del obispado de mi barrio estuvo en la estación de tren para despedirme. Justo antes de la hora del tren, colocó en mi mano un libro titulado Manual Misional. Me reí y comenté, "No voy a

una misión." Él respondió, "Tómalo de todos modos. Podría ser útil."

Y lo fue. Durante el entrenamiento básico, nuestro comandante de compañía nos instruyó sobre cómo podríamos empacar mejor nuestra ropa en una gran bolsa de mar. Nos aconsejó, "Si tienes un objeto rectangular y duro que puedas colocar en el fondo de la bolsa, tu ropa se mantendrá más firme." De repente recordé el objeto rectangular perfecto: el Manual Misional. Así sirvió durante doce semanas.

La noche anterior a nuestro permiso de Navidad, nuestros pensamientos estaban, como siempre, en casa. Los barracones estaban en silencio. De repente me di cuenta de que mi compañero en la litera contigua, un joven mormón llamado Leland Merrill, estaba gimiendo de dolor. Le pregunté, "¿Qué te pasa, Merrill?"

Él respondió, "Estoy enfermo. Realmente estoy enfermo."

Le aconsejé que fuera a la enfermería de la base, pero él respondió sabiamente que tal curso de acción le impediría estar en casa para Navidad.

Las horas se alargaron; sus gemidos se hicieron más fuertes. Luego, en desesperación, susurró, "Monson, ¿no eres un élder?" Admití que así era, dondeupon él dijo, "Dame una bendición."

Me di cuenta de que nunca había dado una bendición. Nunca había recibido tal bendición, y nunca había presenciado una bendición siendo dada. Mi oración a Dios fue una súplica de ayuda. La respuesta llegó: "Mira en el fondo de la bolsa de mar." Así, a las 2 A.M. vacié sobre la cubierta el contenido de la bolsa. Luego llevé a la luz nocturna ese objeto rectangular y duro, el Manual Misional, y leí cómo se bendice a los enfermos. Con

alrededor de ciento veinte marineros curiosos mirando, procedí con la bendición. Antes de que pudiera guardar mi equipo, Leland Merrill estaba durmiendo como un niño.

A la mañana siguiente, Merrill, sonriendo, se volvió hacia mí y dijo, "Monson, me alegra que tengas el sacerdocio." Su alegría solo fue superada por mi gratitud.

Futuros misioneros, que nuestro Padre Celestial los bendiga con un deseo de servir, la paciencia para prepararse y la disposición para trabajar, para que ustedes y todos los que componen este ejército real del Señor puedan merecer Su promesa: "Iré delante de vuestro rostro. Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestros corazones, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros." (D&C 84:88).

Perfiles de Fe

"Cuando Evan Stephens era el director del Coro del Tabernáculo, en una ocasión se emocionó con un sermón que pronunció el difunto presidente Joseph F. Smith" sobre la fe de la juventud de los Santos de los Últimos Días. "Al finalizar el servicio, el profesor Stephens paseaba solo por el cañón City Creek, reflexionando sobre las palabras inspiradas del Presidente. De repente, [la inspiración del cielo] vino sobre él y, sentado en una roca que se mantenía firme bajo la presión del agua que corría, escribió con un lápiz" estas palabras:

¿Vacilarán los jóvenes de Sión
En defender la verdad y el derecho?
Mientras el enemigo asalta,
¿Nos acobardaremos o evitaremos la lucha? ¡No!
Fieles a la fe que nuestros padres han apreciado,
Fieles a la verdad por la cual los mártires han perecido,
Al mandamiento de Dios, Alma, corazón y mano,
Fieles y verdaderos siempre permaneceremos.

En aquellos primeros días, estoy seguro de que los jóvenes se enfrentaban a desafíos difíciles de superar y problemas complicados de resolver. La juventud no es una época de facilidad ni de libertad frente a preguntas desconcertantes. No lo fue entonces, y seguramente no lo es hoy. De hecho, a medida que pasa el tiempo, parece que las dificultades de la juventud aumentan en tamaño y alcance. La tentación sigue dominando el horizonte de la vida. Informes de violencia, robo, abuso de

drogas y pornografía resuenan desde la pantalla del televisor y aparecen constantemente en la mayoría de los periódicos diarios. Ejemplos así empañan nuestra visión y fallan nuestro pensamiento. Pronto, las suposiciones se convierten en opiniones generalmente aceptadas, y todos los jóvenes en todas partes se categorizan como “no tan buenos como antaño” o “la peor generación hasta ahora”.

¡Qué equivocados están esos juicios! ¡Qué incorrectas son esas afirmaciones!

Es cierto, hoy es un nuevo día con nuevas pruebas, nuevos problemas y nuevas tentaciones, pero cientos de miles de jóvenes Santos de los Últimos Días se esfuerzan constantemente y sirven diligentemente, fieles a la fe, tal como lo hicieron con nobleza sus contrapartes de años anteriores. Debido a que el contraste entre el bien y el mal es tan marcado, las excepciones a las tendencias predominantes se magnifican, observan y aprecian por personas decentes de todo el mundo.

Permítanme compartir con ustedes una carta significativa que vino de un residente de Minnesota. Fue dirigida a la Universidad Brigham Young:

“Señores: A partir del 22 de diciembre, hice un viaje en autobús desde el sur de Minnesota hasta Florida vía Des Moines y Chicago y puntos hacia el sur. Había un gran grupo de jóvenes viajando aproximadamente por la misma ruta desde Des Moines. Estos jóvenes eran estudiantes de la Universidad Brigham Young que regresaban a casa para las vacaciones. Todos eran muy educados, bien comportados, jóvenes articulados. Fue un placer viajar con ellos, conocerlos y me dio una nueva esperanza para el futuro.

“Me di cuenta de que la universidad no puede hacer esto. Jóvenes de su calibre son el producto de buenos hogares. El crédito es de los padres. No puedo llegar a los padres, así que mi agradecimiento debe ir a la escuela.”

Comentarios como estos no son aislados, sino más bien típicos, por lo cual siempre estamos complacidos. Nuestros estudiantes Santos de los Últimos Días son excelentes ejemplos de fe en acción.

Otro grupo que asombra al mundo e inspira fe es ese ejército de misioneros Santos de los Últimos Días que actualmente sirve en todo el mundo. Durante toda su vida, estos jóvenes hombres y mujeres se han preparado para y han esperado ese día especial cuando se recibe un llamamiento misional. Los padres se sienten justificadamente orgullosos y las madres algo ansiosas. Recuerdo bien el formulario de recomendación de un misionero en el que el obispo había escrito: “Este es el joven más destacado que he recomendado. Ha sobresalido en todos los aspectos de su vida. Fue presidente de su quórum del Sacerdocio Aarónico y oficial en su escuela secundaria. Destacó en atletismo y fútbol americano. Nunca he recomendado un candidato más destacado. Estoy orgulloso de ser su padre.”

En general, el obispo y el presidente de estaca escriben: “Juan es un joven excelente. Se ha preparado para su misión física, mental, financiera y espiritualmente. Servirá con gusto y distinción dondequiera que se le llame.”

Un día estaba con el presidente Spencer W. Kimball mientras firmaba estos llamamientos especiales para el servicio misional de tiempo completo. De repente notó el llamamiento de su propio nieto. Firmó su nombre como presidente de la

Iglesia y luego escribió una línea personal en la parte inferior que decía: “Estoy orgulloso de ti. Con amor, abuelo.”

Cuando se recibe el llamamiento, se cierra el libro de texto universitario y se abren las escrituras. Familia, amigos y, a menudo, un amigo especial se quedan atrás. Se suspenden las citas, los bailes y la conducción de vehículos, ya que las tres D se intercambian por las tres T: tractar, enseñar y testificar.

Examinemos específicamente varios perfiles misionales de fe, para que podamos considerar mejor la pregunta “¿Vacilarán los jóvenes de Sión?”

Para un primer perfil, menciono a José García de México. Nacido en la pobreza pero nutrido en la fe, José se preparó para un llamamiento misional. Estuve presente el día en que se recibió su recomendación. Apareció la declaración: “El hermano García servirá con gran sacrificio para su familia, ya que es el medio de gran parte del sustento familiar. Solo tiene una posesión, una colección de sellos atesorada, que está dispuesto a vender, si es necesario, para ayudar a financiar su misión.”

El presidente Kimball escuchó atentamente mientras se le leía esta declaración y luego respondió: “Que venda su colección de sellos. Tal sacrificio será para él una bendición.” Luego, este amoroso profeta dijo: “Cada mes, en la sede de la Iglesia recibimos miles de cartas de todas partes del mundo. Asegúrense de que guardemos estos sellos y se los proporcionemos a José al final de su misión. Tendrá, sin costo, la mejor colección de sellos de cualquier joven en México.”

Parecía resonar desde otro lugar, en otro momento, la experiencia del Maestro: “Y miró hacia arriba, y vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca de las ofrendas. Y vio también a

una viuda pobre que echaba allí dos blancas. Y dijo: En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos ellos." (Lucas 21:1-3.) "Porque todos aquellos echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobra; mas esta, de su pobreza, echó todo el sustento que tenía." (Marcos 12:44.)

Para un segundo perfil, paso de México a un misionero en el Centro de Capacitación Misional en Provo, Utah, luchando desesperadamente por volverse competente en el idioma alemán, para poder ser un misionero eficaz para el pueblo del sur de Alemania. Cada día, al abrir su libro de gramática alemana, notaba con interés y curiosidad que la portada mostraba la imagen de una casa muy pintoresca y antigua en Rothenburg, Alemania Occidental. Debajo de la imagen, se daba la ubicación. En su corazón, ese joven determinó: "Visitaré esa casa y enseñaré la verdad a quien viva en ella." Esto lo hizo. El resultado fue la conversión y bautismo de la hermana Helma Hahn. Hoy, dedica gran parte de su tiempo a hablar con los turistas que vienen de todo el mundo a ver su casa. Le encanta contarles sobre las bendiciones que el evangelio de Jesucristo le ha traído. Su casa es quizás una de las casas más fotografiadas en todo el mundo. Ningún visitante se va sin escuchar en palabras simples pero sinceras su testimonio de alabanza y gratitud. Ese misionero que llevó el evangelio a la hermana Hahn recordó el mandato sagrado: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo." (Mateo 28:19.)

El perfil número tres también se relaciona con un misionero de fe inquebrantable, el élder Mark Skidmore. Cuando recibió su llamamiento a Noruega, no sabía ni una palabra de noruego, pero se dio cuenta de que para enseñar y testificar necesitaría competencia en el idioma del pueblo noruego. A sí mismo hizo

un voto privado: “No hablaré inglés hasta que haya llevado a las aguas del bautismo a mi primera familia noruega.” Perseveró. Oró. Suplicó. Trabajó. Después de la prueba de su fe vino la bendición deseada. Enseñó y bautizó a una familia escogida. Luego habló en inglés por primera vez en seis meses. Me reuní con él esa misma semana. Su expresión era de agradecimiento y gratitud. Pensé en las palabras de Moroni, ese valiente capitán: “No busco poder . . . No busco honores del mundo, sino la gloria de mi Dios.” (Alma 60:36.)

Para un perfil final, menciono a la madre de un noble misionero. La familia vivía en el duro clima de Star Valley, Wyoming. El verano allí es breve y cálido, mientras que el invierno es largo y frío. Cuando un buen hijo de diecinueve años se despidió de su hogar y su familia, sabía sobre quién recaería la carga del trabajo. El padre estaba enfermo y limitado. A la madre le correspondió la tarea de ordeñar a mano el pequeño rebaño de vacas lecheras que sostenía a la familia.

Mientras servía como presidente de misión, asistí a un seminario para todos los presidentes celebrado en Salt Lake City. Mi esposa y yo tuvimos el privilegio de dedicar una noche a conocer a los padres de aquellos misioneros que servían con nosotros. Algunos padres eran ricos y estaban elegantemente vestidos. Hablaban de manera amable. Su fe era fuerte. Otros eran menos afluentes, de medios modestos y algo tímidos. Ellos también estaban orgullosos de su misionero especial y oraban y sacrificaban por su bienestar.

De todos los padres que conocí esa noche, la más recordada fue la madre de Star Valley. Cuando tomó mi mano en la suya, sentí los grandes callos que revelaban el trabajo manual que realizaba a diario. Casi disculpándose, intentó excusar sus manos

ásperas, su rostro azotado por el viento. Susurró: “Dígale a nuestro hijo Spencer que lo amamos, que estamos orgullosos de él y que oramos por él todos los días.”

Hasta esa noche, nunca había visto a un ángel ni había escuchado hablar a un ángel. Nunca más podría hacer esa afirmación, porque esa madre ángel llevaba consigo el Espíritu de Cristo. Ella, que, con esa misma mano asida a la mano de Dios, había caminado valientemente hacia el valle de la sombra de la muerte para traer a esta vida mortal a su hijo, había dejado una impresión indeleble en mi vida.

Criados y guiados por madres tan nobles, los misioneros cumplen con la descripción del ejército de Helamán: “Y todos eran jóvenes, y eran sumamente valientes para el coraje, y también para la fuerza y la actividad; mas he aquí, esto no es todo; eran hombres fieles en todo tiempo en cualquier cosa en que se les confiara. Sí, eran hombres verídicos y sobrios, porque habían sido enseñados a guardar los mandamientos de Dios y a caminar rectamente delante de él.” (Alma 53:20-21.)

Tales perfiles fomentan la fe. Inspiran confianza. Enseñan la verdad. Testifican de la bondad. Ayudan a proporcionar la respuesta a esa pregunta:

¿Vacilarán los jóvenes de Sión
En defender la verdad y el derecho?
Mientras el enemigo asalta,
¿Nos acobardaremos o evitaremos la lucha? ¡No!
Fieles a la fe que nuestros padres han apreciado,
Fieles a la verdad por la cual los mártires han perecido,
Al mandamiento de Dios, Alma, corazón y mano,
Fieles y verdaderos siempre permaneceremos.

Te Amo

¿Entendemos plenamente la responsabilidad de cerrar la brecha de comunicación que a menudo separa a los padres de sus hijos? El desafío es complejo y variado.

Para algunos, esta es la tarea menor de cerrar una pequeña fisura, mientras que para otros consiste en cruzar un abismo tan ancho como un cañón. Todos somos participantes activos; nadie escapa. Pues el desafío de comunicar es el dilema de nuestra era, incluso la oportunidad de nuestra generación.

Si ocasionalmente nuestras generaciones no han estado comunicándose en la misma frecuencia, y ha habido demasiada interferencia en el aire, me parece que esto se debe no tanto a una diferencia de años como a una diferencia fundamental en los tiempos.

El mundo ha cambiado más en el período desde la Segunda Guerra Mundial que en todos los milenios anteriores de historia registrada. Hemos sido testigos de una explosión demográfica de nuevas naciones independientes, una epidemia de conflictos internacionales y el papel cada vez mayor del gobierno en la sociedad. Hemos observado las primeras vislumbres del control definitivo del hombre sobre su entorno: la liberación de fuerzas termonucleares, la extensión del electrón a prácticamente todas las actividades humanas, las exploraciones en los secretos de la vida, el alcance hacia la luna y los planetas.

Hemos observado en los últimos años la acelerada erosión de muchas de las restricciones sobre la conducta humana que han guiado las vidas de generaciones pasadas. Hay quienes declaran que la castidad es un estado mental en lugar de una condición física. La integridad, que alguna vez fue una cualidad fija y absoluta, ha adquirido una nueva flexibilidad; algunos parecen haber aceptado como su filosofía el dictum de Oscar Wilde de que la mejor manera de deshacerse de la tentación es ceder a ella.

En tiempos tan turbulentos, cuando se abraza la falsedad y se desprecia la verdad, ¿tenemos la sabiduría de alejarnos del camino del mundo y seguir con seguridad los pasos del Salvador? Nuestro período de la historia se identifica por los viajes globales, la exploración interplanetaria y la cooperación internacional; sin embargo, necesitamos recordar que la comunicación, al igual que la caridad, comienza en el hogar.

¿QUÉ ES EL HOGAR?

Un techo para mantener fuera la lluvia. Cuatro paredes para mantener fuera el viento.
Pisos para mantener fuera el frío. Sí, pero el hogar es más que eso:
Es la risa de un bebé, la canción de una madre, la fortaleza de un padre,
El calor de corazones amorosos, la luz de ojos felices, bondad, lealtad, camaradería.
El hogar es la primera escuela y la primera iglesia para los pequeños;
Donde aprenden lo que es correcto, lo que es bueno y lo que es amable.

Donde van en busca de consuelo cuando están heridos o enfermos,
Donde se comparte la alegría y se alivia la tristeza.
Donde los padres y las madres son respetados y amados.
Donde los niños son deseados.
Donde el dinero no es tan importante como la bondad amorosa.
Eso es el Hogar. Dios lo bendiga.
—MADAME ERNESTINE SCHUMANN-HEINK

Desafortunadamente, algunos hogares tienen techos con goteras y ventanas con corrientes de aire. Las familias saludables no permanecen saludables cuando las lluvias del pecado y los vientos de la tentación se permiten entrar.

Recientemente se hizo un cuestionario anónimo a mil estudiantes de segundo año de secundaria. Dos de las preguntas eran:

1. ¿Amas a tus padres?
2. ¿Respetas a tus padres?

El noventa y tres por ciento marcó "sí" a la primera pregunta. Solo el cincuenta y uno por ciento marcó "sí" a la segunda pregunta. Se les preguntó a los estudiantes: "¿Pueden ayudarnos a entender esta diferencia entre el noventa y tres por ciento y el cincuenta y uno por ciento?"

La respuesta de una chica cubre la mayoría de las respuestas: "Claro, amo a mis padres. Ellos tienen buenas intenciones, pero... cuando estaba en un club social en la escuela, llegué a casa un día y le dije a mi madre que nuestro club iba a tener su fiesta de noche en nuestra casa. Mi madre se puso pálida. Le dije que los chaperones ya no estaban 'de moda', y ella

se puso más pálida. Esperaba que dijera: 'No, no puedes' y me sacara de eso, porque no tenía el valor de decir no a los demás. Pero no; llamó a los padres de las otras chicas y les preguntó qué debía hacer. Querían que nosotras las chicas fuéramos populares. No querían parecer 'raros' a los demás. Decidieron, 'Digamos que sí esta vez'. En resumen, mi madre descubrió sus valores y los míos mediante una encuesta telefónica."

Como Santos de los Últimos Días, no necesitamos recurrir a encuestas telefónicas para tomar nuestras decisiones. De las Sagradas Escrituras resuena en nuestros oídos: "También enseñarán a sus hijos a orar y a andar rectamente delante del Señor." (D&C 68:28.) "Sé ejemplo de los creyentes." (1 Timoteo 4:12.) "Vivid juntos en amor." (D&C 42:45.) "Orad en vuestras familias al Padre, siempre en mi nombre, para que vuestras esposas y vuestros hijos sean bendecidos." (3 Nefi 18:21.)

Cuando escuchamos atentamente y obedecemos plenamente, llegamos a apreciar que el tejido de la fortaleza familiar se teje con las fibras duraderas de la verdad revelada y el amor perdurable. La verdad y el amor son dos de los principios más poderosos del mundo, y cuando se encuentran juntos, ocurren milagros modernos. Para ilustrarlo, permítanme recurrir a situaciones familiares.

Primero, permítanme presentarles a la familia Jacobsen. Retrocedamos el reloj del tiempo quince años. La gentil y suave “Madre Jacobsen” había fallecido. No dejó a sus robustos hijos e hijas encantadoras una fortuna financiera, sino más bien una herencia de riqueza en ejemplo, en sacrificio, en obediencia.

Se habían pronunciado los elogios fúnebres. Se había hecho la triste caminata al cementerio. La familia ya crecida ahora revisaba las pocas posesiones que la madre había dejado. Un

hijo, Louis, descubrió una nota y también una llave. La nota instruía: “En el dormitorio de la esquina, en el cajón inferior de la cómoda, hay una pequeña caja. Contiene el tesoro de mi corazón. Esta llave abrirá la caja.” Otro hijo preguntó: “¿Qué podría tener Mamá de suficiente valor como para guardarlo bajo llave?” Una hermana comentó: “Papá se fue hace muchos años y Mamá ha tenido muy pocas posesiones de este mundo.”

La caja fue retirada de su lugar de descanso en el cajón de la cómoda y abierta con cuidado con la ayuda de la llave proporcionada. ¿Qué contenía? No dinero, no escrituras, no anillos preciosos ni joyas valiosas. Louis sacó de la caja una fotografía descolorida de su padre. Contenía el mensaje escrito: “Mi querido esposo y yo fuimos sellados para el tiempo y toda la eternidad en la Casa del Señor, en Salt Lake City, el 12 de diciembre de 1891.” Luego emergió una foto individual de cada hijo que contenía su nombre y fecha de nacimiento. Finalmente, Louis sostuvo a la luz un valentine hecho en casa. Con una caligrafía tosca e infantil, que reconoció como propia, Louis leyó las palabras que había escrito sesenta años antes: “Querida Mamá, te amo.” Los corazones se enternecieron, las voces se suavizaron, los ojos se humedecieron. El tesoro de Mamá era su familia eterna. Su fortaleza descansaba sobre la base sólida de “Te amo.”

Segundo, miremos a la familia Stauffer. Tal vez si vislumbramos el tumulto de ayer, podamos apreciar mejor la tranquilidad de hoy. Ross Stauffer, de sesenta y un años, tenía poco tiempo para Dios. Los asuntos de negocios dominaban su vida. Oh, en su juventud había sido activo en la Iglesia, incluso ordenado élder. Solo ocasionalmente Ross recordaba su promesa a Virginia de que un día entrarían en el templo.

Dos hijos espléndidos habían bendecido su hogar: un niño y una niña. Robert y Barbara siguieron el ejemplo de su madre. Aprendieron a orar, siguieron las enseñanzas de Dios, pero de alguna manera el círculo no estaba completo sin papá. El tema de la religión se volvió tabú como tema de conversación. Cuando se mencionaba, se desarrollaba una discusión o, a veces, papá simplemente salía de la habitación. El sueño de una familia unida y eterna parecía tan remoto. Luego vino un día de cambio. Un obispo sabio y comprensivo percibió un deber hacia la familia Stauffer. Tranquilamente y sin pretensiones, atrajo a Ross a un lado y le contó sobre una necesidad de sus talentos en la obra del Señor. “No necesitas un élder que fuma”, fue la respuesta.

“No”, respondió el obispo, “pero te necesitamos a ti. Verás, Ross, el Señor te ama y te ha bendecido con una familia especial. Esta asignación te proporcionará una manera de demostrar tu amor por Él.”

Ross respondió: “No le digas a Virginia y a los niños, obispo, pero déjame ver si puedo mejorar.”

Ahora Ross tenía una meta. No se alcanzaría sin esfuerzo. El miedo al fracaso lo acosaba y lo impulsó a tomar la decisión de librar esta lucha personal sin la ayuda de su familia. Sin embargo, confió en la ayuda de Dios. Ross comenzó a orar. Superó el hábito del tabaco. Comenzó a pagar su diezmo. Aceptó la asignación como secretario asistente de barrio.

Luego llegó esa ocasión trascendental en la vida de Virginia Stauffer. Permítanos que ella proporcione el relato en sus propias palabras:

“Estábamos asistiendo a una reunión de testimonios de oficiales del barrio. Sin previo aviso, el obispo le preguntó a Ross

si le gustaría dar su testimonio. Sabiendo que nunca antes había respondido a esta oportunidad, temía el resultado. Tranquilamente se puso de pie y, casi como si los dos fuéramos los únicos presentes, se volvió hacia mí y me preguntó: 'Virginia, quiero invitarte a salir el próximo miércoles por la noche. Tengo en mi mano una recomendación para el templo. Me ha entrevistado el presidente de estaca y él la ha firmado. Te amo, Virginia, y amo a nuestros hijos. ¿Vendrás tú y los niños conmigo el miércoles al templo de Dios?' No pude contener las lágrimas. Abracé a Ross y respondí: '¡Sí, sí, sí!' La sonrisa en el rostro de nuestro obispo reveló su conocimiento de este secreto sagrado. Los amigos se agolparon a nuestro lado. Nuestra cita se convirtió en una excursión del barrio."

Así terminó el relato de Virginia. Me pregunto si el obispo no había leído el poema de Edwin Markham "Desenredado."

Él dibujó un círculo que me excluyó—
Hereje, rebelde, una cosa para despreciar;
Pero el amor y yo tuvimos el ingenio para ganar:
¡Dibujamos un círculo que lo incluyó!

¿Cuál es la palabra? ¿Cuál es la clave? La respuesta: Te Amo.

"Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna." (Juan 3:16.) ¿De qué manera más convincente podría nuestro Padre Celestial decirnos: "Te amo"?

Nuestra es la responsabilidad de amarlo y demostrar mediante nuestra obediencia a Sus mandamientos la sinceridad de nuestro amor. Entonces, como enseñó Jesús mismo, tenemos el privilegio de amar a nuestros vecinos como a nosotros mismos. Tal es el camino a la exaltación. Se incluyen nuestras familias,

nuestros amigos, nuestros vecinos, sí, todos los hijos de nuestro Padre Celestial.

Grande es el Valor de las Almas

Hace muchos años, un hombre muy sabio, un noble gobernante, el rey David, rey de todo Israel, hizo una pregunta al Señor, y esta misma pregunta se ha hecho una y otra vez a través de los siglos. Dijo, como se registra en el Salmo ocho: "Oh Señor... cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, ¿qué es el hombre para que tengas de él memoria?" (Salmo 8:3-4).

"¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria?" El mismo Señor eligió dar una respuesta al rey David cuando, en la sección 18 de Doctrina y Convenios, hizo una declaración que resuena a través de los años: "Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios." (D. y C. 18:10).

Entre esas almas preciosas se encuentran los jóvenes de hoy. Uno de los mayores problemas que nuestros jóvenes deben enfrentar hoy es el sentimiento de estar completamente solos, de ser no deseados, de sentir que a nadie le importan, que nadie ama a María o a Juan. La respuesta a ese sentimiento y esa preocupación se puede encontrar en un simple himno que se cantaba hace una o dos generaciones. Una estrofa enseñaba:

Sí, Cristo me ama; sí, Cristo me ama.
Sí, Cristo me ama, la Biblia dice así.

Nuestro mensaje al mundo es que la Biblia sí les dice a nuestros jóvenes que Dios, nuestro Padre Eterno, los ama; que no solo la Biblia, sino también el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio son testimonios para los jóvenes de esta gran iglesia de que Jesús los ama. Jesús los ama tanto que han recibido de su Padre Celestial un don que no tiene precio, superior a todos los demás dones. Ese don se conoce como albedrío.

Cuando nuestro Padre Celestial instruyó a Adán y Eva en el Jardín de Edén y les señaló el fruto del árbol del cual no debían comer, Él entonces dijo, como se registra en Moisés: "Sin embargo, puedes escoger para ti, porque te es dado." (Moisés 3:17). ¿No es un pensamiento hermoso? Nuestros jóvenes pueden escoger por sí mismos, porque les es dado por nuestro Padre Celestial.

Los jóvenes pueden elegir a sus amigos; pueden elegir sus vocaciones; pueden elegir honrar y obedecer a Dios, o elegir desobedecer. Les ha sido dado por nuestro Padre Celestial. Pero con este gran don viene una gran responsabilidad, porque con el don de la elección viene la responsabilidad por las elecciones. Nadie ha retratado más bellamente el significado del albedrío que William Clegg en su poema inmortal:

Sabed que cada alma es libre
De elegir su vida y lo que será,
Pues se ha dado esta verdad eterna
Que Dios no forzará a ningún hombre al cielo.
Él llamará, persuadirá, dirigirá correctamente,
Y bendecirá con sabiduría, amor y luz,
De formas innombrables será bueno y amable,
Pero nunca forzará la mente humana.

¡Tenemos nuestro albedrío! Para los jóvenes, este es un tiempo de preparación, un tiempo de construcción de cimientos, un tiempo invaluable en la vida.

"El tiempo es precioso, la vida es inestimable." Al construir sus cimientos, es importante que cada uno construya bien, para que el cimiento de la vida pueda soportar la superestructura que llevará.

Durante la construcción del Edificio de Oficinas de la Iglesia, caminé por la excavación del edificio. Miré y vi lo que había tenido lugar en esa excavación. Observé toneladas de acero y miles de yardas de concreto, todo habiendo sido puesto en ese proyecto en el cimiento, y muchos cientos de miles de horas de trabajo calificado, todo con el propósito de construir un cimiento. Cuando vamos a tal gasto, y cuando hacemos tal esfuerzo para construir un cimiento para un hermoso edificio, ¿no es importante que hagamos un esfuerzo aún mayor y gastemos aún más, si es necesario, para construir un cimiento para las vidas de nuestros jóvenes? Estoy seguro de que sí.

Para los jóvenes, este es un tiempo de preparación. Esto es cierto con respecto al trabajo de la vida. Hace años, cuando alguien solicitaba trabajo a través de un capataz o un agricultor que podría poseer una propiedad, iba a él y decía: "Trabajaré duro." Y ese capataz o ese agricultor decía: "Maravilloso. Eso es exactamente lo que quiero. Estás contratado, joven." Pero hoy, ese capataz o agricultor ha sido reemplazado por un hombre conocido como director de personal, y ese director de personal asume que un empleado trabajará duro. Se vuelve y dice: "¿Qué habilidades tienes?" Esta es la pregunta que se hace a nuestros jóvenes hoy cuando ingresan al mercado laboral. "¿Qué habilidades tienes?"

Hablé con el director de personal de una gran empresa que me dijo que por cada trabajo de trabajo común disponible en el mercado actual, hay veinticinco solicitantes. Un hombre recibe un trabajo; veinticuatro son rechazados porque no tienen las habilidades. Por otro lado, si esa misma persona que está solicitando trabajo en esta empresa en Salt Lake City tiene un título universitario en un campo técnico, puede elegir entre tres trabajos, y si está en el cincuenta por ciento superior de su clase, puede elegir entre veinticinco o treinta trabajos. Para los jóvenes, es importante que reciban una educación, para que puedan calificar para sus lugares en la vida.

Sin embargo, permítanme recordarles a cada uno de nosotros que la educación no simplemente significa que asistimos a la escuela. La educación significa que aprendemos a pensar. Henry Ford lo expresó en palabras cuando dijo: "Un hombre educado no es aquel que ha entrenado su mente para recordar unas pocas fechas en la historia. Es aquel que puede lograr cosas. Si un hombre no puede pensar, no es un hombre educado, sin importar cuántos títulos universitarios haya obtenido. Pensar es el trabajo más difícil que un hombre puede hacer, lo cual probablemente es la razón por la que tenemos tan pocos pensadores."

Que nuestros jóvenes se preparen para sus roles en la vida. Que elijan y se preparen para una misión en su futuro. Que elijan y se preparen para el matrimonio en la casa de Dios. Que elijan honrar a padre y madre. Que elijan servir al Señor de acuerdo con Su gran don del albedrío.

El Señor proporcionó el consejo: "Porque he aquí, el Espíritu de Cristo se da a todo hombre, para que sepa distinguir el bien del mal; por tanto, os muestro la manera de juzgar; porque todo

lo que invita a hacer el bien, y a persuadir a creer en Cristo, es enviado por el poder y el don de Cristo; por tanto, podéis conocer con un conocimiento perfecto que es de Dios. Pero cualquier cosa que persuada a los hombres a hacer el mal, y a no creer en Cristo, y a negarlo, y a no servir a Dios, entonces podéis conocer con un conocimiento perfecto que es del diablo." (Moroni 7:16-17).

Esta es la clave que abrirá el cofre del tesoro del conocimiento y la inspiración para cada joven y para cada jovencita. ¡Que los jóvenes del noble linaje siempre elijan el camino del Señor!

Como padres, tenemos la responsabilidad de poner ante nuestros jóvenes, nuestros hijos, un ejemplo adecuado. A veces nuestros hijos nos traerán frustraciones. Lo sé; tú lo sabes. Una ama de casa, después de tener un día particularmente agotador, exclamó a su vecina: "Martha, he llegado a la conclusión de que la locura es hereditaria. ¡La obtenemos de nuestros hijos!" Y luego, esa misma noche, esa misma madre entendió de nuevo la verdad de la afirmación de que la combinación de emociones humanas más poderosa del mundo no se llama por ningún gran evento cósmico, ni se encuentra en los libros de historia o en una novela, sino simplemente por un padre mirando a un niño dormido. Cuando un padre mira a un niño dormido, ese padre recuerda el pensamiento: "Un niño recién nacido es una dulce nueva flor de la humanidad, caída fresca del hogar de Dios para florecer sobre la tierra." Estos son nuestros hijos. Nuestro hogar es el lugar donde los enseñamos. Y en el gran programa de enseñanza en el hogar tenemos como tema la declaración de la Primera Presidencia de la Iglesia: "El hogar es la base de la vida recta, y ninguna otra institución puede ocupar su lugar ni cumplir sus funciones esenciales." Cuando ponemos en orden nuestros

hogares, ponemos en orden nuestras vidas y también ayudamos a poner en orden el mundo.

Recordamos el relato del pequeño niño que se acercó a su padre mientras papá se sentaba en el gran sillón acolchado y se preparaba para leer la página de deportes. Acababa de llegar a casa del trabajo y estaba cansado. El pequeño Johnny dijo: "Papi, cuéntame una historia", mientras tiraba de la pierna del pantalón de su padre. Pero tú y yo sabemos lo que le decimos al pequeño Johnny. Papá dijo: "Johnny, corre un rato y después de que haya leído la página de deportes, vuelve y entonces te contaré una historia." No te deshaces del pequeño Johnny de esa manera. Volvió a tirar: "Papi, cuéntame una historia—ahora."

Papá miró hacia abajo a Johnny y se preguntó qué podría hacer para deshacerse de él solo por unos minutos. Luego miró la mesa auxiliar, y allí estaba una revista. Tuvo una idea: en la portada de la revista había una imagen del mundo, similar al diseño de la unisfera de la Feria Mundial de Nueva York. Arrancó la portada de esa revista y la hizo trizas en unos dieciséis pedazos. Se la entregó al pequeño Johnny y dijo: "Johnny, vamos a jugar un juego. Lleva estos pedazos a la otra habitación y busca la cinta adhesiva y arma este mundo; y cuando lo hayas armado correctamente, te contaré una historia."

Johnny aceptó el desafío y salió corriendo. Papá se acomodó, muy satisfecho consigo mismo. Sabía que ahora podría leer la página de deportes. Pero solo pasó un momento y aquí estaba Johnny de nuevo, tirando de su pierna del pantalón.

"Papi", dijo Johnny, "lo he armado."

Papá miró hacia abajo y vio esos dieciséis pedazos, cada uno en su lugar correcto; y sintió que tenía un genio en el hogar. Se

volvió hacia su hijo y dijo: "Juan, hijo mío, ¿cómo lo hiciste?" Johnny bajó un poco la cabeza y dijo: "Bueno, no fue muy difícil, papi. Dale la vuelta a la imagen del mundo." Cuando papá dio vuelta a la portada de la revista, Johnny dijo: "Ves, en la parte de atrás de la portada está la imagen de un hogar. Solo armé el hogar, y el mundo se arregló solo."

Cuando arreglamos nuestros hogares, el mundo en gran medida se arreglará solo. Padres, podemos ser la cabeza del hogar, pero las madres son el corazón del hogar, y el corazón del hogar es donde está el pulso del hogar.

Recientemente, mientras viajaba en un avión, leí un artículo en una revista prominente para mujeres en la que el autor declaraba que las mujeres de América estaban cansadas de su papel como amas de casa, que las madres estaban cansadas de ser la madre de Joey, la esposa de John. Esta imagen era una imagen anticuada, y el artículo parecía indicar que lo popular hoy era criar a nuestros hijos hasta que estén en la escuela y luego dejar la responsabilidad de su instrucción a los maestros de aula. Tal era el tenor de este artículo.

Madres, permítanme declarar que sus hijos las necesitan. Tienen preguntas que hacer. Pienso en el pequeño niño de solo cuatro años. Es un día de primavera, temprano en la mañana. Está en el jardín y ve a una abeja zumbando en las flores de lilas, o tal vez nota a la pequeña hormiga haciendo su tedioso camino a través del pavimento caliente. A su manera infantil, dice: "Madre, Madre, ven rápido y ve lo que he encontrado." ¿Está mamá en casa para responder a su llamada?

Una niña de diez años, habiendo competido con éxito en un torneo de rayuela, vuela a casa desde la escuela. Al entrar en la

cocina, grita: "Madre, Madre, ¡gané, gané!" ¿Está mamá en casa para compartir su alegría?

Madres y padres, ¿nos damos cuenta de que estamos creando el patrón en el que se moldearán las vidas de nuestros jóvenes? Para enseñar a nuestros hijos, debemos estar cerca de nuestros hijos, y el lugar para estar cerca de ellos es en el hogar. Tenemos la responsabilidad de poner ante ellos el ejemplo adecuado. Nunca he leído una denuncia más mordaz por parte del Señor que la que se encuentra en Jacob en el Libro de Mormón, donde el Señor dijo: "He aquí, habéis hecho mayores iniquidades que los lamanitas, nuestros hermanos. Habéis roto el corazón de vuestras tiernas esposas y perdido la confianza de vuestros hijos, debido a vuestros malos ejemplos ante ellos." (Jacob 2:35).

Si nuestro Padre Celestial nos daría tal denuncia por un mal ejemplo, ¿no es lógico suponer que nos daría Su aprobación cuando ponemos ante nuestros hijos un ejemplo adecuado? Entonces podemos mirar hacia atrás como lo hizo Juan, cuando declaró: "No tengo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad." (3 Juan 1:4).

Ahora puedo dirigir un pensamiento a nosotros como líderes, líderes de la juventud de esta gran iglesia. La juventud seguirá cuando los líderes lideren. Un tema de la enseñanza en el hogar declara: "Nuestra tarea central es producir un individuo que camine rectamente ante el Señor." Esta es nuestra responsabilidad. Tú y yo, no estamos enseñando a los Boy Scouts simplemente cómo atar nudos. No estamos simplemente enseñando a las chicas Beehive una lección de labores domésticas. Nosotros, como líderes, estamos enseñando a nuestros chicos y chicas, para que puedan tener la fuerza, el

conocimiento y la inspiración para tomar las decisiones en la vida que seguramente tendrán que tomar. Tenemos una profunda influencia en sus vidas. El poeta demostró tal cuando dijo:

Quien toca a un niño según el plan del Maestro
Está moldeando el curso de un hombre futuro;
Está tratando con alguien que es semilla humana
Que puede ser el hombre que el mundo necesitará.

Tenemos este desafío; tenemos esta responsabilidad. Leí una nota escrita por un ministro protestante, impresa en una revista nacional: "Trata de llenar puestos de liderazgo en cualquier iglesia con personas que no beben y aún obtener personas capaces. Simplemente no puedes hacerlo." Una semana después, en la sección "Cartas al Editor", una persona escribió: "El pastor que hizo esta declaración debe desconocer a los líderes de la Iglesia Mormona en todo el mundo." Estoy muy complacido de que tengamos esta reputación, una reputación de poner ante nuestros jóvenes el ejemplo adecuado.

Líderes de la juventud, ¡que elijamos el camino del Señor! Jóvenes, padres de jóvenes y líderes de jóvenes, recordemos siempre que el valor de las almas es grande a la vista de Dios.

Esta es la respuesta a la pregunta del rey David: "¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria?" (Salmo 8:4). Somos hijos e hijas de Dios, nuestro Padre Eterno. Nuestros pensamientos, nuestras acciones, nuestras propias vidas deben reflejar este conocimiento sagrado.

Enfrentando el Desafío de Hoy

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra... Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó." (Génesis 1:1, 26-27).

Esta es una doctrina fundamental, una escritura básica, una verdad eterna. Haber sido creados a imagen de Dios nos trae a cada uno de nosotros un sentido de profunda humildad y una responsabilidad muy real hacia nuestro derecho de nacimiento.

Como líderes de la Iglesia, se nos ha dado el precioso privilegio de llevar a los jóvenes hombres y mujeres de la Iglesia a una conciencia de que realmente han sido creados a imagen de Dios. Cuando tenemos éxito en este esfuerzo, nuestros jóvenes tendrán una base firme sobre la cual podrán construir sus vidas de manera segura.

Al dar la bienvenida al programa de jóvenes de la Iglesia a un niño o niña de doce años, ¿podemos evitar notar esa anticipación aguda, la esperanza divina, la sonrisa de confianza que se nos muestra? Nuestro deber solemne se define más claramente cuando nos damos cuenta de que a nuestro cuidado,

padres amorosos han confiado sus hijos e hijas, para que podamos ayudarles a prepararse para la carrera de la vida.

Los padres están preocupados y muy angustiados por los peligros y frustraciones que los jóvenes enfrentan diariamente, incluso cada hora, en todo el mundo. Con todo su corazón, madres y padres oran fervientemente para que tú y yo podamos ganar la confianza de sus hijos, merecer su amor y guiarlos lejos de las trampas astutamente preparadas y cuidadosamente camufladas que Lucifer ha diseñado, y más bien tomarles de la mano y llevarlos con éxito en su búsqueda de la vida eterna.

¿Hay justificación para esta preocupación por parte de los padres? ¿Es el peligro realmente tan real? ¿Está la tentación tan cerca?

Recientemente, en mi propio vecindario, un joven de trece años estuvo en estado de shock durante la mayor parte de la noche, sufriendo de intoxicación aguda. Había bebido casi la mitad de una botella de whisky—más de una dosis fatal—de un solo trago. El chico recibió el whisky de un amigo. Lo bebió como una broma.

Otro relato reveló que los diputados del sheriff en el condado de Salt Lake rompieron dos fiestas de adolescentes—una en un cañón local, la otra en una de las playas. Los jóvenes habían estado bebiendo, su conducta era ruidosa, su resistencia al pecado mayor destruida.

Un editorial del San Francisco Examiner del 18 de enero de 1965 describía las condiciones que enfrentamos al preguntar: "¿Qué ha pasado con nuestra moral nacional? (1) Un educador habla a favor del amor libre; (2) las películas venden el sexo como una mercancía comercial; (3) las librerías y los quioscos de

cigarros venden pornografía; (4) las revistas y los periódicos publican fotos y artículos que violan flagrantemente los límites del buen gusto." El editorial continúa: "Mira a tu alrededor. Estas cosas están sucediendo en tu América. En dos décadas desde el final de la Segunda Guerra Mundial hemos visto nuestros estándares nacionales de moralidad bajar una y otra vez. Hoy tenemos un porcentaje más alto de jóvenes en la cárcel... en reformatorios, en libertad condicional y en problemas que nunca antes. Estudia las estadísticas de nacimientos ilegítimos... de matrimonios rotos... de delitos juveniles... de abandono escolar... de crímenes pasionales. Las cifras son más altas que nunca. Y subiendo. Los padres, los ciudadanos pensativos en todos los ámbitos de la vida, están profundamente perturbados. Deberían estarlo, porque nosotros de la generación anterior somos responsables. Nuestros jóvenes no son mejores ni peores que nosotros a la misma edad. En general, son más sabios. Pero tienen más tentaciones que nosotros teníamos. Tienen más coches. Tienen más dinero. Tienen más oportunidades para meterse en problemas.

"Abrimos puertas para ellos que se nos negaron a nosotros. Fomentamos la permisividad. Los consentimos. Les concedimos máximas libertades. Y pedimos un mínimo de respeto... y de responsabilidad."

Uno no puede evitar comparar nuestra situación actual con las condiciones en la época de Belsasar, el rey de los caldeos. El profeta Daniel reprendió a Belsasar: "Y tú... Belsasar, no has humillado tu corazón... sino que te has ensalzado contra el Señor del cielo; y han traído delante de ti los utensilios de su casa, y tú, y tus nobles, tus mujeres y tus concubinas habéis bebido vino en ellos; y has alabado a los dioses de plata y oro, de bronce, hierro, madera y piedra, que ni ven, ni oyen, ni saben; y al Dios en cuya

mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste." Luego interpretó la escritura en la pared: "Dios ha contado tu reino, y le ha puesto fin... Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto." (Daniel 5:22-23, 26-27.)

Demasiados de nosotros hemos estado clamando cada vez más fuerte por más y más de las cosas que no podemos llevar con nosotros y prestando menos y menos atención a las verdaderas fuentes de la felicidad que buscamos. Hemos estado midiendo a nuestros semejantes más por hojas de balance y menos por estándares morales. Hemos desarrollado un poder físico aterrador y caído en una debilidad espiritual patética. Nos hemos preocupado tanto por el crecimiento de nuestra capacidad de ingresos que hemos descuidado el crecimiento de nuestro carácter.

Al observar el desengaño que envuelve a miles de personas hoy, estamos aprendiendo de la manera difícil lo que un antiguo profeta escribió para nosotros hace tres mil años: "El que ama el dinero, no se saciará de dinero; y el que ama el mucho tener, no sacará fruto. También esto es vanidad." (Eclesiastés 5:10.)

Sin embargo, en medio de todo, una joven, no de nuestra fe—una estudiante universitaria de primer año—se expresa en una "Carta al Editor" de una prominente revista nacional:

"Soy lo suficientemente anticuada como para creer en Dios. Nuestra generación ha sido expuesta, a través de todos los medios de comunicación, a miedos mayores y menores—la pequeña amenaza de no encontrar una pareja si uno no usa un determinado enjuague bucal, o el miedo al rechazo si uno no sucumbe a un estándar moral bajo porque es 'la naturaleza de la bestia'.

"Muchos de nosotros aceptamos los supuestos de que 'No se puede luchar contra el ayuntamiento', 'Vive la vida al máximo ahora', así que 'Come, bebe y sé feliz'—porque mañana seremos destruidos por la guerra nuclear.

"Soy lo suficientemente anticuada como para creer en Dios, para creer en la dignidad y el potencial de Su criatura—el hombre—y soy realista, no idealista, para saber que no estoy sola en estos sentimientos.

"Algunos dicen que, a diferencia de otras generaciones, no tenemos amenaza a nuestra libertad, ninguna causa para propagar, ninguna misión en la vida—todo se nos ha dado. No hemos sido mimados, sino empobrecidos espiritualmente. No quiero vivir en la pobreza de la abundancia—y no puedo vivir sola." (Look, 12 de enero de 1965.)

Hablando de esta abundancia, un joven dijo: "Los chicos están atrapados entre los valores que se les dieron como deseables por sus iglesias, escuelas y padres por un lado y, por otro, el espectáculo de madres y padres trabajando con gran concentración para obtener 'cosas'."

Con estos peligros acechando por todas partes, amenazando con envolver a nuestros jóvenes, nuestra misión y nuestro llamado como líderes se vuelven aún más vitales que nunca. ¿Y dónde podríamos comenzar?

Primero, sugeriría que enseñemos a los jóvenes con nuestro propio ejemplo la importancia de adquirir buenos hábitos. Los malos hábitos pueden ser trampas fatales. Primero podríamos romperlos si quisiéramos, luego los romperíamos si pudiéramos. "Los malos hábitos," dijo John Dryden, "se acumulan por grados invisibles, como los arroyos forman ríos, y los ríos corren hacia

los mares." Los buenos hábitos, por otro lado, son los músculos del alma; cuanto más los usas, más fuertes se vuelven.

Segundo, suplico que cada uno de nosotros aprenda su deber y actúe en el cargo en el que se le ha designado con toda diligencia.

Este no es tiempo para "soldados de verano ni patriotas de sol." Porque la vida es un mar en el que los orgullosos son humillados, el perezoso es expuesto y el líder revelado. Durante la guerra, la pena para los perezosos en el deber de guardia es muy severa, a veces la muerte. Esto es porque la negligencia del perezoso ha puesto en peligro la vida humana. A nosotros se nos ha dado no solo la protección de la vida humana, sino incluso la vida eterna, el mismo destino de aquellos a quienes servimos.

Finalmente, sugeriría que el mayor regalo, la lección más duradera que podríamos proporcionar a estos preciosos jóvenes sería ayudarlos en su búsqueda personal de un verdadero testimonio sobre Jesús de Nazaret y el conocimiento que puede llegar a ellos a través de Él. En palabras del Profeta José, "El conocimiento a través de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es la llave maestra que abre las glorias y misterios del reino de los cielos." (Historia de la Iglesia 5:389.)

El Rey de reyes y Señor de señores, el Salvador de la humanidad, extiende una invitación a los jóvenes que escuchan y a los líderes sabios: "Venid... aprended de mí... y hallaréis descanso para vuestras almas." (Mateo 11:28-29.) A medida que hacemos espacio para el Señor en nuestros hogares y en nuestros corazones, Él será un compañero y huésped bienvenido. Estará a nuestro lado. Nos enseñará el camino de la verdad.

América Te Necesita

Recientemente fui pasajero en un vuelo que me llevó desde la costa del Pacífico a través del continente hasta el Océano Atlántico. En muchos puntos a lo largo del camino, serenamente vistos a través de blancas y algodonosas nubes, estaban los fértiles campos y majestuosas montañas de esta gran tierra. Las palabras de Katherine Lee Bates, autora de "America the Beautiful," resonaron en mi mente y encontraron un lugar en mi alma:

Oh hermosa por amplios cielos, por ámbar ondas de grano, Por majestuosas montañas púrpuras sobre la llanura frutal! ¡América! ¡América! Dios derrame su gracia sobre ti Y corone tu bien con hermandad de mar a mar brillante.

El mismo Señor dio una promesa divina a los antiguos habitantes de este país favorecido. Él dijo: "He aquí, esta es una tierra escogida, y cualquier nación que la posea será libre de servidumbre, y de cautividad, y de todas las demás naciones bajo el cielo, si tan solo sirven al Dios de la tierra, que es Jesucristo." (Éter 2:12).

¿Estamos hoy sirviendo al Dios de la tierra, incluso al Señor Jesucristo? ¿Conforman nuestras vidas con Sus enseñanzas? ¿Somos merecedores de Sus bendiciones divinas?

Los titulares de los principales periódicos de América, que describen eventos recientes, pasan silenciosamente en revisión, para que tú y yo podamos juzgar: "El Crimen Grave Registra un

Aumento del 10% en el Último Año", "La Violencia Sacude el Sur", "Los Conflictos Raciales Golpean el Este". Asesinato, violación, incendio premeditado, robo, asalto, violaciones de narcóticos están todos en aumento en la América de hoy. Estos son los titulares de los periódicos de hoy.

El reverenciado Abraham Lincoln describió con precisión nuestra situación: "Hemos sido los receptores de los más selectos dones del Cielo. Hemos sido preservados, durante muchos años, en paz y prosperidad. Hemos crecido en número, riqueza y poder como ninguna otra nación ha crecido; pero hemos olvidado a Dios. Hemos olvidado la mano misericordiosa que nos preservó en paz, y nos multiplicó y enriqueció y fortaleció; y hemos imaginado vanamente, en el engaño de nuestros corazones, que todas estas bendiciones fueron producidas por alguna sabiduría y virtud superior nuestra. Intoxicados con el éxito ininterrumpido, nos hemos vuelto demasiado autosuficientes para sentir la necesidad de gracia redentora y preservadora, demasiado orgullosos para orar al Dios que nos hizo." (Proclamación para un Día Nacional de Ayuno, 30 de marzo de 1863).

¿Podemos liberarnos de esta espantosa condición? ¿Hay una salida? Si es así, ¿cuál es el camino? Podemos resolver este dilema desconcertante adoptando el consejo dado por Jesús al abogado inquisitivo que preguntó: "Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?" Jesús le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo." (Mateo 22:36-39).

Primero, entonces, sugeriría que cada americano ame al Señor, nuestro Dios, y con nuestras familias Le sirvamos en rectitud.

El camino de regreso a Dios no es tan empinado ni tan difícil como algunos nos harían creer. La gentil invitación de Jesús aún nos llama: "Venid a mí". Pablo aconsejó: "El que se acerca a Dios debe creer que él existe y que es galardonador de los que le buscan diligentemente." (Hebreos 11:6). El canal por el cual lo buscamos y lo encontramos es la oración personal y familiar. El reconocimiento de un poder superior al hombre mismo no lo degrada en ningún sentido; más bien, lo exalta.

El favor divino asistirá a aquellos que humildemente lo busquen. Si tan solo nos damos cuenta de que hemos sido creados a imagen de Dios, no nos resultará difícil acercarnos a Él. Uno no puede sostener sinceramente esta convicción sin experimentar un nuevo y profundo sentido de fortaleza.

Al buscar a Dios en la oración personal y familiar, nosotros y nuestros seres queridos desarrollaremos el cumplimiento de lo que el gran estadista inglés, William H. Gladstone, describió como la mayor necesidad del mundo: "Una fe viva en un Dios personal." ¿Quién puede evaluar el verdadero valor de tal bendición? Tal fe iluminará el camino para cualquier buscador honesto de la verdad divina. Las esposas se acercarán más a sus esposos, los esposos apreciarán más a sus esposas, y los niños serán niños felices, como se supone que deben ser. Los niños en hogares bendecidos por la oración no se encontrarán en esa temida "Tierra del Nunca Jamás"—nunca los objetos de preocupación, nunca los receptores de la guía parental adecuada. Nuestros hijos serán enseñados en integridad, que es principalmente una cuestión de formación temprana. Enseñarles

a amar la verdad por encima de la conveniencia personal es la base de ello. Se les enseñará el verdadero valor, que se convierte en una virtud viva y atractiva cuando se considera no como una disposición a morir valientemente, sino como la determinación de vivir decentemente. Se les enseñará la honestidad por hábito y como una cuestión de curso. Nuestros hijos crecerán físicamente de la infancia a la adultez, y mentalmente de la ignorancia al conocimiento, emocionalmente de la inseguridad a la estabilidad, y espiritualmente, a una fe duradera en Dios. Tal es el poder que se gana al amar al Señor, nuestro Dios, y servirle en rectitud.

Segundo, sugeriría que cada americano ame a su prójimo como a sí mismo. Antes de que realmente podamos amar a nuestro prójimo, debemos tener la perspectiva adecuada de él. Un hombre dijo: "Miré a mi hermano con el microscopio de la crítica, y dije, 'Qué tosco es mi hermano.' Miré a mi hermano con el telescopio del desprecio, y dije, 'Qué pequeño es mi hermano.' Luego miré en el espejo de la verdad, y dije, 'Qué parecido a mí es mi hermano.'"

Pablo nos aconsejó: "Llevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo." (Gálatas 6:2). No hay carga más pesada de llevar que el pecado. Cuando mostramos a nuestro hermano, a nuestro prójimo, el camino de regreso a Dios aplicando el principio divino del arrepentimiento, le ayudamos a construir una vida nueva y mejor.

Si no tenemos cuidado, nuestros pensamientos y planes para ayudar a otros a hacer de este un mundo mejor en el que vivir se quedarán simplemente en eso: pensamientos y planes. Como humanos, realmente no podemos ver muy lejos hacia adelante; por lo tanto, necesitamos dar cada paso con toda la

sabiduría que podamos reunir. Mientras sentimos lo que está débilmente adelante, debemos hacer con confianza lo que está claramente a mano. La decisión tiene poco valor a menos que sea seguida por la acción.

Uno de los mejores ejemplos que conozco de ayudar a los vecinos es el de un prominente empresario que, en el apogeo de su éxito, generosamente cedió su próspero negocio a sus fieles empleados y decidió dedicar el resto de su vida al servicio caritativo. Se retiró del mundo del oro y la plata y cada día ahora se le puede encontrar en un gran centro de distribución de bienestar de la Iglesia haciendo su parte para aliviar el sufrimiento y la necesidad de las almas humanas y para hacer de América un lugar mejor para vivir. Está cumpliendo con la responsabilidad de "socorrer a los débiles, levantar las manos caídas y fortalecer las rodillas debilitadas." (D&C 81:5). Él declara humildemente: "Este es el período más feliz de mi vida."

Las ricas satisfacciones que provienen de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos no se introducen a ninguna edad al sonido de tambores y trompetas, sino que las satisfacciones crecen en nosotros año tras año, poco a poco, hasta que finalmente nos damos cuenta de que hemos alcanzado nuestra meta. Se logra en los individuos no por vuelos a la luna o a Marte, sino por un cuerpo de trabajo hecho tan bien que podemos levantar nuestras cabezas con seguridad y mirar sin vacilar al universo.

Uno de los carteles de alistamiento más famosos de la Segunda Guerra Mundial fue uno que mostraba al Tío Sam señalando con su dedo largo y dirigiendo sus penetrantes ojos al espectador. Las palabras decían "América Te Necesita." América realmente te necesita a ti y a mí para liderar una poderosa

cruzada de rectitud. Podemos ayudar cuando amamos al Señor y con nuestras familias le servimos, y cuando amamos a nuestros vecinos como a nosotros mismos.

La tendencia alarmante hacia el crimen, la anarquía y la violencia será entonces detenida. Dios continuará "derramando su gracia sobre ti," América, "y coronará tu bien con hermandad de mar a mar brillante."

Fortaleza a través de la Obediencia

El poeta capturó el verdadero significado de la búsqueda de la verdad cuando escribió estas líneas inmortales:

Decid, ¿qué es la verdad? Es el premio más brillante
Al que mortales o dioses pueden aspirar;
Ve a buscar en las profundidades donde yace brillante
O asciende en su búsqueda a los cielos más elevados.
Es una meta para el más noble deseo.
Entonces, decid, ¿qué es la verdad?
Es el último y el primero,
Pues los límites del tiempo supera.
Aunque los cielos se desvanecen y las fuentes de la tierra estallan,
La verdad, la suma de la existencia, resistirá lo peor,
Eterna, inmutable, por siempre.
—HIMNOS, NO. 143

En una revelación dada a través del Profeta José Smith en Kirtland, Ohio, en mayo de 1833, el Señor declaró: "La verdad es el conocimiento de las cosas como son, como eran y como han de ser... El Espíritu de verdad es de Dios... [Jesús] recibió una plenitud de verdad, sí, de toda verdad; Y ningún hombre recibe una plenitud a menos que guarde sus mandamientos. El que guarda sus mandamientos recibe verdad y luz, hasta que sea

glorificado en la verdad y conozca todas las cosas." (D. y C. 93:24, 26-28).

No hay necesidad de que tú o yo, en esta era iluminada, cuando la plenitud del evangelio ha sido restaurada, naveguemos por mares desconocidos o viajemos por caminos sin marcar en busca de una "fuente de verdad". Porque un Padre Celestial viviente ha trazado nuestro curso y proporcionado un mapa infalible: la obediencia.

Su palabra revelada describe vívidamente las bendiciones que trae la obediencia y el inevitable dolor y la desesperación que acompañan al viajero que se desvía por los caminos prohibidos del pecado y el error.

Para una generación impregnada en la tradición del sacrificio animal, Samuel declaró audazmente: "Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros." (1 Samuel 15:22). Los profetas, antiguos y modernos, han conocido la fuerza que proviene de la obediencia. Piensa en Nefi: "Iré y haré lo que el Señor ha mandado." (1 Nefi 3:7). O la hermosa descripción de Alma sobre la fortaleza poseída por los hijos de Mosíah: "Habían crecido en el conocimiento de la verdad; porque eran hombres de entendimiento cabal, y habían escudriñado diligentemente las escrituras para conocer la palabra de Dios. Pero esto no es todo; se habían dedicado a mucha oración y ayuno; por tanto, tenían el espíritu de profecía y el espíritu de revelación, y cuando enseñaban, lo hacían con el poder y autoridad de Dios." (Alma 17:2-3).

El presidente David O. McKay, en su mensaje de apertura a los miembros de la Iglesia en una conferencia general en abril de 1957, declaró muy simplemente y a la vez tan poderosamente,

"Guarden los mandamientos de Dios." Sus sucesores han instado al mismo cumplimiento.

Ese fue el peso del mensaje de nuestro Salvador, cuando declaró: "Porque todos los que deseen recibir una bendición de mis manos, deben cumplir la ley que se estableció para esa bendición, y las condiciones de ella, tal como fueron instituidas desde antes de la fundación del mundo." (D. y C. 132:5).

Nadie puede criticar las instrucciones del Maestro. Sus mismas acciones dieron credibilidad a sus palabras. Demostró un amor genuino por Dios viviendo una vida perfecta; honrando la misión sagrada que era suya. Nunca fue altivo. Nunca se enorgulleció con soberbia. Nunca fue desleal. Siempre fue humilde. Siempre fue sincero. Siempre fue fiel.

Aunque fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por ese maestro del engaño, incluso el diablo; aunque estaba físicamente debilitado por haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches y tenía "hambre"; sin embargo, cuando el maligno le ofreció a Jesús las propuestas más atractivas y tentadoras, Él nos dio un ejemplo divino de obediencia al negarse a desviarse de lo que sabía que era correcto.

Cuando se enfrentó a la agonía de Getsemaní, donde soportó tanto dolor que su sudor era como grandes gotas de sangre que caían al suelo, ejemplificó al Hijo obediente al decir: "Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya." (Lucas 22:42).

A Pedro en Galilea, Jesús dijo: "Sígueme". A Felipe le dio la misma instrucción: "Sígueme". Y al publicano, Leví, que estaba sentado al banco de los tributos, le llegó la llamada: "Sígueme". Incluso a uno que vino corriendo tras él, uno que tenía grandes

posesiones, le dijo: "Sígueme". Y a ti y a mí esa misma voz, este mismo Jesús dice: "Sígueme". ¿Estamos dispuestos a obedecer?

La obediencia es una característica de los profetas, pero debe entenderse que esta fuente de fortaleza está disponible para nosotros hoy.

Uno que aprendió bien la lección de la obediencia fue un hombre amable y sincero de medios y circunstancias humildes. Se unió a la Iglesia en Europa y, al ahorrar y sacrificar diligentemente, emigró a Norteamérica, a una nueva tierra, un idioma extraño, costumbres diferentes, pero la misma iglesia bajo la dirección del mismo Señor en quien confiaba y obedecía. Se convirtió en el presidente de rama de un pequeño rebaño de Santos esforzados en una ciudad algo hostil de decenas de miles de habitantes. Siguió el programa de la Iglesia, aunque los números eran pocos y las tareas muchas. Dio un ejemplo a los miembros de su rama que era verdaderamente cristiano, y ellos respondieron con un amor tan raro de ver.

Ganaba su vida con sus manos como artesano. Sus medios eran limitados, pero siempre pagaba más de una décima parte de sus ganancias totales como diezmo. Inició un fondo misional en su pequeña rama, y durante meses él fue el único contribuyente. Cuando había misioneros en su ciudad, los acogía y alimentaba, y nunca se iban de su casa sin una donación tangible para su obra y bienestar. Los miembros de la Iglesia de lugares lejanos que pasaban por su ciudad y visitaban su rama siempre recibían su hospitalidad y la calidez de su espíritu, y se iban sabiendo que habían conocido a un hombre inusual, uno de los siervos obedientes del Señor.

Aquellos que presidían sobre él recibían su profundo respeto y su cuidado extra-especial. Para él, eran emisarios del

Señor; su deseo era su mandato. Atendía a sus comodidades físicas y era especialmente solícito en sus oraciones, que eran frecuentes, por su bienestar. Un día de sábado, algunos funcionarios visitantes de su rama participaron con él en no menos de una docena de oraciones en varias reuniones y visitas a miembros. Lo dejaron al final del día con un sentimiento de exaltación y elevación espiritual que los mantuvo gozosos durante un viaje de cuatro horas en clima invernal, y que ahora, después de muchos años, calienta el espíritu y acelera el corazón en retrospectiva.

Hombres de conocimiento, hombres de experiencia buscaban a este hombre humilde e iletrado de Dios, y se consideraban afortunados si podían pasar una hora con él. Su apariencia era ordinaria, su inglés era vacilante y algo difícil de entender, su hogar era modesto. No poseía un automóvil ni una televisión; no escribió libros ni predicó sermones pulidos y no hizo ninguna de las cosas a las que el mundo usualmente presta atención. Sin embargo, los fieles se dirigían a su puerta. ¿Por qué? Porque deseaban beber en su "fuente de verdad". No tanto por lo que decía, sino por lo que hacía; no por la sustancia de los sermones que predicaba, sino por la fortaleza de la vida que llevaba.

Saber que un hombre pobre daba consistentemente y con alegría al menos el doble de una décima parte al Señor daba una visión más clara del verdadero significado del diezmo. Verlo ministrar al hambriento y recibir al extranjero hacía saber que lo hacía como si lo hiciera al Maestro. Orar con él y participar de su confianza en la intercesión divina era experimentar un nuevo medio de comunicación.

Bien podría decirse que guardaba el primer y gran mandamiento, y el segundo que es semejante, que sus entrañas estaban llenas de caridad hacia todos los hombres, que la virtud adornaba sus pensamientos sin cesar, y consecuentemente, su confianza crecía fuerte en la presencia de Dios. Este hombre tenía el resplandor de la bondad y la radiación de la rectitud. Su fuerza provenía de la obediencia.

La fuerza que buscamos fervientemente hoy para enfrentar los desafíos de un mundo complejo y cambiante puede ser nuestra cuando, con fortaleza y valor resuelto, nos ponemos de pie y declaramos con Josué: "Pero yo y mi casa serviremos al Señor." (Josué 24:15).

Los Caminos que Jesús Caminó

En un frío día de diciembre, nos reunimos en el Tabernáculo de Salt Lake para rendir honor y tributo a un hombre a quien amábamos, honrábamos y seguíamos, incluso al presidente Harold B. Lee. Profético en sus declaraciones, poderoso en su liderazgo, devoto en su servicio, el presidente Lee nos inspiró a todos a alcanzar la perfección. Nos aconsejó: "Guarden los mandamientos de Dios. Sigan el camino del Señor."

Un día después, en una habitación muy sagrada en un piso superior del Templo de Salt Lake, su sucesor fue elegido, sostenido y apartado para su sagrada vocación. Incansable en su labor, humilde en su manera, inspirador en su testimonio, el presidente Spencer W. Kimball nos invitó a continuar el curso trazado por el presidente Lee. Pronunció las mismas palabras penetrantes: "Guarden los mandamientos de Dios. Sigan el camino del Señor. Caminen en sus pasos."

Más tarde esa misma noche, me encontré mirando un folleto de viaje que había llegado a mi hogar varios días antes. Estaba impreso en colores impresionantes y escrito con habilidad persuasiva. El lector estaba invitado a visitar los fiordos de Noruega y los Alpes de Suiza, todo en un tour combinado. Otra oferta más llamaba al lector a Belén, incluso a la Tierra Santa, cuna del cristianismo. Las líneas de cierre del mensaje del folleto

contenían el simple pero poderoso llamado: "Ven y camina donde Jesús caminó."

Mis pensamientos se dirigieron al consejo de los profetas de Dios, incluso el presidente Lee y el presidente Kimball, que habían proporcionado: "Sigan el camino del Señor. Caminen en sus pasos." Reflexioné sobre las palabras escritas por el poeta:

Caminé hoy donde Jesús caminó
En días de hace mucho tiempo;
Vagué por cada sendero que Él conoció,
Con pasos reverentes y lentos.
Esos pequeños caminos, no han cambiado,
Un dulce paz llena el aire.
Caminé hoy donde Jesús caminó,
Y sentí Su presencia allí.
Me arrodillé hoy donde Jesús se arrodilló,
Donde solo Él oró; ¡El Jardín de Getsemaní!
¡Mi corazón se sintió sin miedo!
Tomé mi pesada carga, Y con Él a mi lado,
Subí la Colina del Calvario ¡Donde en la cruz murió!
Caminé hoy donde Jesús caminó
Y lo sentí cerca de mí.
—DANIEL S. TWOHIG

En un sentido muy real, todos podemos caminar donde Jesús caminó cuando, con Sus palabras en nuestros labios, Su espíritu en nuestros corazones y Sus enseñanzas en nuestras vidas, atravesamos la mortalidad. Espero que caminemos como Él caminó, con confianza en el futuro, con una fe constante en Su Padre y con un amor genuino por los demás.

Jesús caminó el camino de la decepción.

¿Puede uno apreciar Su lamento sobre la Ciudad Santa? "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste!" (Lucas 13:34.)

Jesús caminó el camino de la tentación.

Aquel maligno, reuniendo su mayor fuerza, su sofistería más tentadora, tentó a Aquel que había ayunado durante cuarenta días y cuarenta noches y tenía hambre. Llegó el desafío: "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan."

La respuesta: "No solo de pan vivirá el hombre." De nuevo, "Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti." La respuesta: "No tentarás al Señor tu Dios." Una vez más: "Te daré todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos, si postrado me adorares." El Maestro respondió: "Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás." (Mateo 4:3-10.)

Jesús caminó el camino del dolor.

Considera la agonía de Getsemaní: "Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya... Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían a tierra." (Lucas 22:42, 44.)

¿Y quién de nosotros puede olvidar la crueldad de la cruz? Sus palabras: "Tengo sed... Todo está cumplido..." (Juan 19:28, 30.)

Sí, cada uno de nosotros caminará el camino de la decepción, tal vez debido a una oportunidad perdida, un poder

mal utilizado o un ser querido no enseñado. El camino de la tentación también será el camino de cada uno. "Y es necesario que el diablo tiente a los hijos de los hombres, o no podrían ser agentes por sí mismos." (D. y C. 29:39.)

Asimismo, caminaremos el camino del dolor. No podemos ir al cielo en una cama de plumas. El Salvador del mundo entró después de gran dolor y sufrimiento. Nosotros, como siervos, no podemos esperar más que el Maestro. Antes de la Pascua, debe haber una cruz.

Mientras caminamos por estos caminos que traen amarga tristeza, también podemos caminar por aquellos caminos que producen gozo eterno.

Nosotros, con Jesús, podemos caminar el camino de la obediencia.

No será fácil. "Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia." (Hebreos 5:8.) Que nuestra consigna sea la herencia que nos dejó Samuel: "Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros." (1 Samuel 15:22.) Recordemos que el resultado final de la desobediencia es la cautividad y la muerte, mientras que la recompensa por la obediencia es la libertad y la vida eterna.

Nosotros, como Jesús, podemos caminar el camino del servicio.

Como un reflector brillante de bondad es la vida de Jesús mientras ministraba entre los hombres. Trajo fuerza a las extremidades del cojo, vista a los ojos del ciego, audición a los oídos del sordo y vida al cuerpo del muerto.

Sus parábolas predican poder. Con el buen samaritano enseñó: "Ama a tu prójimo." (Lucas 10:27.) A través de su bondad hacia la mujer sorprendida en adulterio, enseñó comprensión compasiva. En su parábola de los talentos, nos enseñó a cada uno de nosotros a mejorarnos y esforzarnos por la perfección. Bien podría haber estado preparándonos para nuestro viaje a lo largo de su camino.

Finalmente, Él caminó el camino de la oración.

Tres grandes lecciones de tres oraciones eternas. Primero, de Su ministerio: "Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre." (Lucas 11:2.)

Segundo, de Getsemaní: "No se haga mi voluntad, sino la tuya." (Lucas 22:42.)

Tercero, de la cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." (Lucas 23:34.)

Es caminando el camino de la oración que nos comunicamos con el Padre y nos convertimos en partícipes de Su poder.

¿Tendremos la fe, incluso el deseo, de caminar por estos caminos que Jesús caminó? El profeta, vidente y revelador de Dios nos ha invitado a hacerlo. Todo lo que necesitamos hacer es seguirlo, porque este es el camino que él camina.

Mi primer encuentro con nuestro líder profeta fue hace muchos años cuando servía como un joven obispo en Salt Lake City. Una mañana, cuando contesté mi teléfono, una voz dijo: "Este es el élder Spencer W. Kimball. Tengo un favor que pedirte. En tu barrio, escondido detrás de un gran edificio en la Calle Quinta Sur, hay una pequeña casa rodante. Vive allí Margaret

Bird, una viuda navajo. Se siente no deseada, innecesaria y perdida. ¿Podrías tú y la presidencia de la Sociedad de Socorro buscarla, extenderle la mano de compañerismo y brindarle una bienvenida especial?" Esto hicimos.

Se produjo un milagro. Margaret Bird floreció en su nuevo entorno. La desesperación desapareció. La viuda en su aflicción había sido visitada. La oveja perdida había sido encontrada. Cada uno de los que participaron en este simple drama humano emergió como una mejor persona.

En realidad, el verdadero pastor fue el apóstol preocupado que, dejando las noventa y nueve de su ministerio, fue en busca de la alma preciosa que estaba perdida. Spencer W. Kimball había caminado el camino que Jesús caminó.

Mientras tú y yo caminamos el camino que Jesús caminó, escuchemos el sonido de los pies con sandalias. Alcancemos la mano del Carpintero. Entonces llegaremos a conocerlo. Puede que venga a nosotros como uno desconocido, sin nombre, como junto al lago vino a aquellos hombres que no lo conocían. Nos habla las mismas palabras, "Sígueme," y nos asigna la tarea que tiene para cumplir en nuestro tiempo. Él manda, y a aquellos que lo obedecen, ya sean sabios o simples, se revelará a sí mismo en las labores, los conflictos y los sufrimientos que pasarán en Su compañía; y aprenderán en su propia experiencia quién es Él.

Descubrimos que es más que el Niño en Belén, más que el hijo del carpintero, más que el maestro más grande que jamás haya vivido. Llegamos a conocerlo como el Hijo de Dios. Nunca esculpió una estatua, pintó un cuadro, escribió un poema o dirigió un ejército. Nunca llevó una corona ni sostuvo un cetro ni arrojó sobre su hombro un manto púrpura. Su perdón era ilimitado, su paciencia inagotable, su valentía sin límites.

Jesús cambió a los hombres. Cambió sus hábitos, sus opiniones, sus ambiciones. Cambió sus temperamentos, sus disposiciones, sus naturalezas. Cambió los corazones de los hombres.

Uno piensa en el pescador llamado Simón, más conocido por ti y por mí como Pedro, jefe entre los apóstoles. Pedro, el dudoso, incrédulo e impetuoso, recordaría la noche en que Jesús fue llevado ante el sumo sacerdote. Esta fue la noche en que la multitud "comenzó a escupirle [al Salvador], y a cubrirle el rostro, ... a bofetearle, ... y los sirvientes le golpeaban con las palmas de sus manos." (Marcos 14:65.)

¿Dónde estaba Pedro, quien había prometido morir con Él y nunca negarlo? El registro sagrado revela: "Y Pedro le siguió de lejos, hasta dentro del palacio del sumo sacerdote; y se sentaba con los sirvientes, y se calentaba al fuego." (Marcos 14:54.) Esa fue la noche en que Pedro, en cumplimiento de la profecía del Maestro, realmente lo negó tres veces. En medio de los empujones, las burlas y los golpes, el Señor, en la agonía de Su humillación, en la majestad de Su silencio, se volvió y miró a Pedro.

Como describió un cronista el cambio: "Fue suficiente. Pedro ya no conocía más peligro, no temía más a la muerte. Corrió hacia la noche para encontrarse con el amanecer. Este penitente de corazón quebrantado se presentó ante el tribunal de su propia conciencia, y allí su vieja vida, su vieja vergüenza, su vieja debilidad, su viejo yo fue condenado a esa muerte del dolor piadoso que resultaría en un nuevo y noble nacimiento." (Frederic W. Farrar, La vida de Cristo, Portland, Oregón: Farrar Publications, 1964, p. 604.)

Luego estaba Saulo de Tarso, un erudito, familiarizado con los escritos rabínicos en los que ciertos eruditos modernos encuentran tales tesoros. Por alguna razón, estos escritos no alcanzaron la necesidad de Pablo, y seguía clamando: "¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Romanos 7:24.) Y luego, un día conoció a Jesús, y he aquí, todas las cosas se hicieron nuevas. Desde ese día hasta el día de su muerte, Pablo instó a los hombres a "despojarse... del viejo hombre" y a "vestirse del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad." (Efesios 4:22, 24.)

El paso del tiempo no ha alterado la capacidad del Redentor para cambiar la vida de los hombres. Como le dijo al muerto Lázaro, así nos dice a ti y a mí: "Ven fuera." (Juan 11:43.) Sal del desespero de la duda. Sal del dolor del pecado. Sal de la muerte de la incredulidad. Sal a una nueva vida. Sal.

Mientras lo hacemos, y dirigimos nuestros pasos por los caminos que Jesús caminó, recordemos el testimonio que Jesús dio: "He aquí, yo soy Jesucristo, de quien los profetas testificaron que vendría al mundo... Yo soy la luz y la vida del mundo." (3 Nefi 11:10-11.) "Yo soy el primero y el último; yo soy el que vivo, yo soy el que fue muerto; yo soy tu abogado ante el Padre." (D. y C. 110:4.)

A Su testimonio agrego mi testimonio: Él vive.

Liderazgo Exitoso

Cuando un miembro de tu obispado pasó por tu hogar y te pidió que sirvieras al Señor como Scoutmaster, maestro de una clase de Abejitas, o tal vez secretario o ejecutivo en la Escuela Dominical, ¿realmente te detuviste a contemplar el verdadero significado de tu aceptación? ¿Consideraste tu asignación en términos de veinticuatro Boy Scouts, o doce chicas Abejitas, o quizás una obligación de dedicar dos horas cada domingo por la mañana? ¿O reflexionaste sobre el verdadero significado de tu oportunidad mientras las palabras del Señor se alojaban en tu corazón: "Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios." (D&C 18:10)? Si es así, te sentiste humilde al darte cuenta de que Dios, nuestro Padre Eterno, y Su Amado Hijo te habían elegido para desempeñar un papel vital en una causa gloriosa. "Ésta es mi obra y mi gloria: llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre." (Moisés 1:39.)

Fue entonces cuando determinaste convertirte en el líder cuyo servicio sería agradable a nuestro Padre Celestial y cuyo ejemplo podría ser seguido implícitamente por Sus preciados jóvenes mientras vivían seriamente un juego jugado en sus días de niñez llamado "Sigue al líder."

¿Cuáles son las características de un líder exitoso? ¿Cómo podemos reconocerlo? ¿Por qué es diferente de muchos otros? Consideremos lo que he elegido llamar los seis rasgos identificativos de un líder exitoso. Estos rasgos proporcionan un plan que señala el camino hacia el éxito.

Primero, el líder exitoso tiene fe. Reconoce que la mayor fuerza en este mundo hoy en día es el poder de Dios al trabajar a través del hombre. Encuentra consuelo en la muy real seguridad de que la ayuda divina puede ser su bendición. Es, a través de su fe, un creyente en la oración, sabiendo que la oración proporciona poder—poder espiritual, y que la oración proporciona paz—paz espiritual. Sabe y enseña a los jóvenes que el reconocimiento de un poder superior al propio hombre no lo rebaja en absoluto; más bien, lo exalta. Declara además, "Si tan solo nos damos cuenta de que hemos sido creados a la imagen de Dios, no nos será difícil acercarnos a Él." Este conocimiento, adquirido a través de la fe, explica la calma interior que caracteriza al líder exitoso.

Segundo, el líder exitoso vive como enseña. Es honesto con los demás. Es honesto consigo mismo. Es honesto con Dios. Es honesto por hábito y como una cuestión de curso.

En una edición de Nation's Business, apareció un informe exhaustivo titulado "Lo que se necesita para tener éxito." El informe fue preparado por los editores de esa revista después de encuestas exhaustivas para determinar los rasgos que, cuando se adquieren y se viven, aseguran el éxito de un líder. Líderes empresariales, educadores y consultores evaluaron las cualidades que un líder necesita más; y la conclusión final reveló que la integridad, y tales variaciones de ella como la honestidad o la solidez moral, recibió el primer rango por prácticamente todos los participantes en la encuesta. El líder que tiene integridad, que lidera con el ejemplo, nunca sufrirá el desprecio de los jóvenes decepcionados que declaran, "La gente siempre nos dice qué hacer, pero no lo hace por sí misma." El apóstol Pablo nos aconsejó sabiamente, "Sé ejemplo de los creyentes, en

palabra, en conducta, en amor, en espíritu, en fe, en pureza." (1 Timoteo 4:12.)

Tercero, el líder exitoso trabaja de buena gana. La fórmula "W" se aplica a él. ¿Qué es la fórmula "W"? Simplemente esto: El trabajo ganará cuando los deseos débiles no lo hagan. Si te desanimas, mira hacia atrás con cuidado y honestidad y encontrarás que tu trabajo no se ha hecho con todas tus fuerzas. La victoria está destinada a llegar a quien da todo de sí mismo a la causa que representa cuando hay verdad en la causa. No hay lugar para la procrastinación, definida por Edward Young hace dos siglos como "el ladrón del tiempo."

La procrastinación es realmente mucho más. Es el ladrón de nuestro auto-respeto. Nos molesta y arruina nuestra alegría. Nos priva de la plena realización de nuestras ambiciones y esperanzas. Pero la procrastinación es un invitado que prefiere visitar al perezoso y nunca se siente cómodo con los ocupados y diligentes.

Cuarto, el líder exitoso lidera con amor. Nunca encuentras al líder exitoso regañando ni dando rienda suelta a reprimendas verbales. Más bien, sigue el consejo del presidente George Albert Smith, quien dijo: "No vale la pena regañar. Creo que puedes lograr que la gente haga cualquier cosa (si puedes lograr que lo hagan en absoluto) amándolos para que lo hagan." Piensa en ese maestro que más te influenció, y pregúntate honestamente, "¿Ese maestro me amaba a mí y a mis compañeros de clase, o nos regañaba?" Sabes la respuesta. Donde el amor prevalece en una clase, los problemas de disciplina desaparecen.

Quinto, el líder exitoso está preparado. En su mente, ha almacenado cuidadosamente información completa con respecto a su asignación. Conoce el programa. Sabe lo que se

espera de él. No se acerca a su asignación solo esperando o deseando éxito. En su corazón, también ha hecho una preparación espiritual. Ha ganado, a través de su fidelidad, la compañía del Espíritu Santo. Tiene conocimiento para dar. Tiene un testimonio para compartir.

Sin embargo, el líder no preparado se encontrará a la deriva sin rumbo en un mar de oportunidades, con olas de fracaso que amenazan con engullirlo.

Sexto, el líder exitoso logra resultados. Para comenzar, reconoce que ningún objetivo lleva a ningún final. En resumen, desarrolla metas de logro. Si es un Scoutmaster, determina que cada niño logrará sus objetivos. Ves a un líder así en cada corte de honor en uniforme completo, sus niños recibiendo premio tras premio. Su líder les ha enseñado que no fuimos colocados en la tierra para fallar, sino más bien para tener éxito; que no podemos contentarnos con la mediocridad cuando la excelencia está a nuestro alcance.

Un líder así reconoce que su actitud determina su altitud. Sabe muy bien que nada es tan contagioso como el entusiasmo, a menos que sea la falta de entusiasmo. Lleva a otros al logro a través de la pura fuerza de su abrumador deseo de llevar éxito a su asignación. El líder que realiza el trabajo es aquel que inspira confianza, que motiva la acción y que genera entusiasmo. Siempre reconocerás su trabajo, porque estará bien hecho.

Esta, entonces, es la descripción—sí, la definición—del líder exitoso. Ni la riqueza, ni la fama, ni ningún otro instrumento de poder pueden ser más confiables para asegurar su seguridad y paz mental que el conocimiento de haber inspirado gratitud en otro.

Liderazgo: Nuestro Desafío Hoy

Somos los hijos e hijas del Dios Todopoderoso. Tenemos un destino que cumplir, una vida que vivir, una contribución que hacer, una meta que alcanzar. El futuro de nuestro país en estos tiempos de cambios rápidos espera nuestra marca de influencia. El crecimiento del reino de Dios sobre la tierra será, en parte, ayudado por nuestra devoción.

Se nos ha proporcionado la bendición dada por Dios del libre albedrío. El camino está marcado. Las bendiciones y penalidades están claramente indicadas. Pero la elección depende de nosotros. Por supuesto, habrá oposición. Siempre la ha habido y siempre la habrá. Ese maligno, incluso Satanás, desea que nos convirtamos en sus seguidores, en lugar de líderes por derecho propio. Él tiene hombres malvados y diseñadores como sus agentes. Juntos conspiran para hacer que lo malo parezca bueno. De una manera muy atractiva, invita astutamente: "Este es el camino a la felicidad—ven." Sin embargo, esa voz apacible y delicada dentro de nosotros advierte: "No es así. Esto no parece correcto."

Hay que tomar una decisión. No hay decisiones menores o insignificantes en nuestras vidas. Las decisiones determinan el destino. Nos guste o no, estamos comprometidos en la carrera de nuestras vidas. En juego está la vida eterna—la tuya y la mía.

¿Cuál será el resultado? ¿Seremos siervos de Dios? ¿O seremos siervos del pecado?

Permítanme ofrecer para nuestra consideración una fórmula simple para un liderazgo exitoso y una vida noble:

Primero, piensa en grande.
Segundo, prepárate bien.
Tercero, trabaja duro.
Cuarto, vive rectamente.

Primero, piensa en grande. Se cuenta una historia de un banquero que caminaba al trabajo cada mañana y, al doblar la esquina de la misma calle, veía diariamente a un niño pequeño con cara pecosa y cabello despeinado jugando como todos los niños. El banquero pasaba su mano por la cabeza del niño y le aconsejaba: "Recuerda, hijo, piensa en grande. Piensa en grande."

Este patrón se repetía una y otra vez. Un día, sin embargo, el niño no estaba, y se había erigido un cartel por el chico y colocado en el jardín delantero. Decía: "Perro en venta—$50,000."

El banquero murmuró, "Bueno, al menos he logrado que el chico piense en grande." Esa noche el cartel seguía en su lugar, pero dos días después había desaparecido. El banquero le preguntó al niño, "¿Vendiste el perro?" "Sí," respondió el niño. "¿Por $50,000?" preguntó el banquero. "Sí," respondió el niño. "¿En efectivo?" "No exactamente," dijo el niño. "Tuve que aceptar dos gatitos de $25,000 en el trato."

Cuando nos damos cuenta de que nos convertimos en lo que pensamos, nuestros pensamientos adquieren mayor importancia. Vivimos en un mundo hecho pequeño por los

inventos de la ciencia y la exploración del espacio. En estos días se realizan maravillas y las descartamos como cosas comunes. En una pantalla de televisión que nadie podría imaginar hace no muchos años, hemos visto al hombre ascender a las alturas del universo, adentrarse en el espacio y caminar en el delgado suelo de la nada. Hemos visto mayores avances en los misterios de la ciencia que otros han conocido en toda la historia. Este no es el siglo de metas mínimas, logros mediocres o pensamientos superficiales. Debemos pensar en grande.

No podemos restringir nuestro pensamiento solo a los problemas de hoy. Tenemos la obligación de planificar para las oportunidades de mañana. Estamos limitados solo por nuestros pensamientos y determinación personal para convertir estos pensamientos en realidades. Henry Ford, el industrial, nos enseñó: "Un hombre educado no es aquel que ha entrenado su mente para retener unas pocas fechas en la historia. Es aquel que puede lograr cosas. A menos que un hombre haya aprendido a pensar, no es un hombre educado, sin importar cuántos títulos universitarios tenga tras su nombre."

Reto a cada uno de nosotros a pensar en grande, y, puedo añadir, a pensar sabiamente.

Segundo, prepárate bien. Nuestros nobles pensamientos deben formar parte de un plan con propósito, si los castillos de ensueño que hemos imaginado van a convertirse en realidad. El Señor enseñó: "Organizaos; preparad todas las cosas necesarias." (D&C 88:119.) Una lectura del libro de Génesis da una idea de la meticulosa planificación emprendida por el mismo Dios.

A veces el período de preparación puede parecer aburrido, poco interesante e incluso innecesario. Pero la experiencia continúa demostrando que el futuro pertenece a aquellos que se

preparan para él. Y si vamos a convertirnos en líderes, no podemos escatimar en nuestra preparación.

Los patrones de vida y los códigos de conducta durante el período de preparación tienen una manera de trasladarse a la vida real. John Dryden advirtió: "Los malos hábitos se acumulan por grados invisibles—Como arroyos que hacen ríos, los ríos corren hacia los mares." Primero podríamos romperlos si quisiéramos. Luego los romperíamos si pudiéramos.

La preparación espiritual es vital. La espiritualidad no es como un grifo de agua que se puede abrir o cerrar a voluntad. Algunos cometen el error fatal de asumir que la religión es para otros ahora y tal vez algún día para nosotros. Tal pensamiento no se basa en hechos ni en la experiencia, porque diariamente nos estamos convirtiendo en lo que seremos. Estar preparados espiritualmente para el liderazgo eclipsa todos los demás tipos de preparación.

Reto a cada uno de nosotros a prepararnos bien.

Tercero, trabaja duro. Un líder sabio advirtió, "Cuando juegues, juega duro. Cuando trabajes, no juegues en absoluto." El liderazgo requiere esfuerzo, trabajo duro, una filosofía de hacer o morir.

Cuando hablamos de trabajo como un ingrediente esencial del liderazgo, también hablamos de trabajo en equipo. Llevarse bien con los demás debe ser parte de nuestro patrón de trabajo y servicio, o las asignaciones de liderazgo nos pasarán de largo. Uno no puede realizar todo el trabajo necesario por sí mismo. J. C. Penney, el líder empresarial, aconsejó, "Mi definición de liderazgo es breve y al grano. Es simplemente esto: Lograr que las cosas se hagan con la ayuda de otras personas. La cooperatividad

no es tanto aprender a llevarse bien con los demás como quitarse los obstáculos de uno mismo para que los demás puedan llevarse bien contigo."

Reto a cada uno de nosotros a trabajar duro.

Cuarto y finalmente, vive rectamente. Estudiemos las escrituras, luego vivamos sus enseñanzas. Siguiendo la guía del Salvador, implementemos en nuestras vidas un conjunto de Actitudes Ser:

—Sé diligente
—Sé confiable
—Sé honesto
—Sé limpio
—Sé verdadero
—Sé obediente

Entonces podemos ser como Jesús nos exhortó, una luz para el mundo. (Ver Mateo 5:14.) Este es el verdadero liderazgo: un líder en rectitud; un ejemplo de pureza; un defensor de la verdad.

No podemos comprometer nuestros principios y retener el respeto de los demás. Un lema simple a seguir es "Escoge lo Correcto." En las palabras del himno:

Elige lo correcto, hay paz en hacer lo justo;
Elige lo correcto, hay seguridad para el alma;
Elige lo correcto, en todos los trabajos que persigas;
Deja que Dios y el cielo sean tu objetivo.
—HIMNOS, NO. 110

Para vivir rectamente, necesitamos la compañía del Espíritu Santo. Nos llevará a la verdad. Nos mantendrá alejados del error.

Debemos orar fervientemente por su compañía, porque ese Espíritu será para nuestra búsqueda del éxito en el liderazgo como una luz de faro que muestra el camino. No dudes de la capacidad de Dios para escuchar y responder a la oración. Él guió a Samuel. Fortaleció a David. Se apareció a José. Él puede guiarnos, y lo hace.

Experimenté tal guía mientras servía como obispo del Barrio Sexto-Séptimo en Salt Lake City. Recibí una asignación de nuestro presidente de estaca para proporcionar a la estaca los nombres de dos posibles misioneros de estaca. Mis consejeros y yo oramos sobre la selección y luego revisamos la lista de poseedores del sacerdocio dentro del barrio.

Teníamos un archivo de tarjetas, y cada tarjeta individual contenía el nombre del jefe de familia. Una por una, eliminamos cada uno de los sumos sacerdotes y cada uno de los élderes. Mi comentario sería, "No podemos recomendar a John Flanders; es nuestro Scoutmaster," o "Sería una locura recomendar a Samuel Flake; está ocupado enseñando a los jóvenes."

Finalmente, comenzamos el archivo de los setentas. Llegué a una tarjeta que contenía el nombre de Richard W. Moon y dije a mis consejeros, "Seguramente no lo recomendaremos. Es el mejor asistente del superintendente de la Escuela Dominical que hemos tenido." Luego intenté poner la tarjeta boca abajo en la pila, pero la tarjeta no dejaba mi pulgar y dedo índice. Era como si estuviera pegada a ellos. Tiré de la tarjeta, pero aún no se soltaba. Entonces dije a mis consejeros, "El Señor necesita a Richard W. Moon como misionero de estaca más de lo que nosotros lo necesitamos como asistente del superintendente de la Escuela Dominical."

Luego relaté la experiencia a nuestro presidente de estaca, quien recomendó que, dadas las circunstancias, deberíamos ir inmediatamente a la casa del hermano Moon y extenderle el llamado para servir. Encontramos que estaba visitando a su madre, quien también vivía dentro de nuestro barrio. Ella nos recibió en la puerta de su hogar, y le relaté las circunstancias de nuestra decisión de llamar a su hijo como misionero de estaca. Las lágrimas brotaron de sus ojos y dijo, "Obispo, desde que escuchamos tu anuncio de que la Iglesia estaba buscando setentas que pudieran llenar misiones, he orado para que mi hijo sea nombrado. Me preguntaba cómo, con su esposa y niños pequeños, podría ser un misionero de tiempo completo. Ni una sola vez pensé en una misión de estaca. Tu visita es la respuesta a mi oración." Richard Moon aceptó el llamado y se convirtió en un misionero de estaca muy exitoso.

Jesús, nuestro Salvador y Redentor, extiende a ti y a mí esa misma invitación dada a Pedro, a Mateo, a Felipe: "Ven, sígueme." ¿Lo haremos? Es el camino del verdadero liderazgo. Que cada uno de nosotros piense en grande, se prepare bien, trabaje duro y viva rectamente, encontrando así el éxito en la vida.

Decisiones Determinan el Destino

Cuando estoy en presencia de los jóvenes de la Iglesia, pienso en el profeta del Señor que me llamó para ser miembro del Consejo de los Doce, el presidente David O. McKay. Fui su último nombramiento al Consejo, y siempre recordaré y atesoraré la asociación que tuve con él y el nombramiento en el que me extendió mi llamado. Al pensar en el presidente McKay, pienso en uno de sus pasajes favoritos de los gigantes literarios del mundo, incluso de Longfellow, cuando describía a la juventud. Dijo: "¡Qué hermosa es la juventud; qué brillante resplandece, con sus ilusiones, aspiraciones, sueños. Libro de comienzos, historia sin fin; cada doncella una heroína, cada hombre un amigo."

Seguramente, los jóvenes de la Iglesia representan la belleza en todas sus dimensiones. Dondequiera que viajamos como Autoridades Generales, una madre aquí o un padre allá, o un hermano o hermana menor nos piden que llevemos un saludo a un hijo o hija preciado, hermano o hermana.

Hace algún tiempo tuve la responsabilidad de cumplir una asignación en la antigua Persia, la tierra de Irán. Después de la reunión, un padre se acercó a mí y me entregó una pequeña nota. Su mensaje decía: "Querido Hermano Monson, mi hijo Rodney está en BYU. Lo amo como usted sabe que un padre lo hace. Es un joven tranquilo y sensible del cual estamos orgullosos. Rara

vez se le ha agradecido por hacer el bien o ser un buen joven porque es muy callado. ¿Puede encontrar una oportunidad para expresar el agradecimiento de los padres por sus hijos que están lejos y viviendo correctamente? Gracias, el padre de Rodney." Luego añadió, "P.D. No notará a Rodney en la multitud. Estará cerca de la última fila."

Los jóvenes de hoy se enfrentan a decisiones monumentales. El mundo en el que viven no es un mundo de juegos ni un mundo de Disney. Es un mundo muy competitivo, que requerirá lo mejor que puedan ofrecer y los recompensará cuando den lo mejor de sí mismos.

Es importante recordar esta solemne verdad: La obediencia a la ley de Dios traerá libertad y vida eterna, mientras que la desobediencia traerá cautiverio y muerte.

Hace años se dijo que la historia gira sobre pequeños ejes, y así también lo hacen las vidas de las personas. Nuestras vidas dependerán de las decisiones que tomemos, porque las decisiones determinan el destino.

Incluso las llamadas pequeñas decisiones tienen sus consecuencias eternas. Por ejemplo, la decisión tomada por Adán y Eva—estamos aquí como resultado de esa decisión. Piense en las decisiones tomadas por la gente en el tiempo del profeta Noé, cuando se rieron y se burlaron mientras este profeta de Dios erigía un arca de aspecto rudimentario; pero dejaron de reír y de burlarse cuando la lluvia comenzó a caer y cuando la lluvia no cesó. Tomaron una decisión contraria a los propósitos de Dios, y pagaron por esa decisión con sus propias vidas.

Pienso en la decisión de Lamán y Lemuel, cuando se les ordenó ir y obtener las planchas de Labán. ¿Qué indica el registro que hicieron? Murmuraron y dijeron: "Esto es difícil de hacer," y decidieron no obedecer ese mandamiento—y perdieron la bendición. Pero Nefi, cuando recibió ese mandamiento, respondió con esa hermosa declaración: "Iré y haré las cosas que el Señor ha mandado," y lo hizo; y recibió el codiciado premio que viene a través de la obediencia.

Piense en la decisión de un joven de catorce años que había leído que si alguien carecía de sabiduría, debía pedirla a Dios, "quien da a todos abundantemente y sin reproche; y le será dada." (Santiago 1:5.) Tomó la decisión de poner a prueba la epístola de Santiago. Fue al bosque y oró. ¿Fue esa una decisión menor? No, esa fue una decisión que ha afectado a toda la humanidad y, particularmente, a todos nosotros que somos miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Durante el siglo XIII, se tomó otra decisión importante cuando las hordas mongolas salieron de Mongolia, arrasaron la parte del mundo que conocemos como Turquía e Irán, y luego entraron en Europa. Estaban en las mismas puertas de la ciudad de Viena; Europa Occidental y su civilización parecían condenadas mientras el líder de los mongoles, Subedei, estaba listo para liderar su caballería en una aniquilación de la historia y la cultura occidental. Entonces ocurrió algo. Un mensajero de Mongolia trajo la noticia de que el Gran Khan, Ogedei, había muerto; y Subedei tuvo que decidir si continuar y conquistar Europa Occidental o regresar para el funeral del Gran Khan. Tomó la decisión de regresar, y las hordas mongolas regresaron a Mongolia y nunca más amenazaron Europa Occidental. Una pequeña decisión, pero ¡oh! su consecuencia.

Al leer la historia de la Segunda Guerra Mundial, pienso que quizás una de las decisiones más importantes fue la tomada por el General Dwight D. Eisenhower y su estado mayor supremo para invadir Francia en las playas de Normandía. El estado mayor enemigo había sido llevado a creer que la invasión tendría lugar en Calais, y, en consecuencia, tenían las mejores tropas entrenadas situadas en Calais, listas para devolver al océano la fuerza de desembarco. Esta decisión resultó ser incorrecta. La fuerza desembarcó en las playas de Normandía y penetró los setos; y antes de que las tropas de asalto del ejército enemigo pudieran repelerlos, estaban firmemente atrincheradas más allá de la cabeza de playa, y la Segunda Guerra Mundial se dirigía hacia su conclusión. Una decisión que determinó el destino.

Cada joven—de hecho, todos nosotros—tiene la responsabilidad de tomar decisiones de vital importancia. Nuestras decisiones pueden no ser para invadir la costa de Normandía; ciertamente no serán para cabalgar con las hordas mongolas hacia las puertas de Viena, y no se nos llamará a tomar la misma decisión que tomaron las personas en el tiempo de Noé. Pero hay ciertas decisiones que los jóvenes deben tomar. Todas son importantes. Recuerde la observación:

¿No es extraño que príncipes y reyes,
Y payasos que saltan en pistas de serrín,
Y gente común como tú y yo
Seamos constructores para la eternidad?
A cada uno se le da una bolsa de herramientas,
Una masa amorfa, un libro de reglas;
Y cada uno debe hacer, antes de que la vida haya volado,
Un obstáculo o una piedra de paso.
—R. L. SHARPE

¿Harán los jóvenes piedras de paso, o se tallarán para sí mismos obstáculos? ¿Viajarán hacia arriba y hacia adelante hacia el reino celestial de Dios, o seguirán un curso que los alejará de este objetivo codiciado?

¿Cuáles son las decisiones importantes que nuestros jóvenes deben tomar? Primero, ¿cuál será mi fe? Segundo, ¿con quién me casaré? Y tercero, ¿cuál será mi trabajo de vida?

Primero, ¿cuál será mi fe? Siento que debemos poner nuestra confianza en nuestro Padre Celestial, que cada uno debe tener la responsabilidad de averiguar por sí mismo si el evangelio de Jesucristo es verdadero. A medida que leemos el Libro de Mormón y las otras obras estándar, a medida que ponemos a prueba las enseñanzas, entonces sabremos de la doctrina, porque esta es nuestra promesa, ya sea de hombre o ya sea de Dios. A veces esa decisión—¿qué creeré?—puede tener consecuencias de largo alcance.

Durante el período de 1959 a 1962, tuve el privilegio de presidir la Misión Canadiense, con sede en Toronto, Canadá. Allí tuvimos la maravillosa oportunidad de trabajar con 450 de los mejores jóvenes y jóvenes mujeres de todo el mundo. De esa experiencia particular, me gustaría relatar un relato que llegó a la hermana Monson que tuvo un significado de largo alcance. Un viernes, ella era la única persona en una casa de misión generalmente muy ocupada. El teléfono sonó, y la persona que estaba al otro lado de la línea habló con acento holandés y preguntó: "¿Es este el cuartel general de la Iglesia Mormona?" La hermana Monson le aseguró que lo era en cuanto a Toronto se refería, y luego dijo, "¿Puedo ayudarle?" La persona en la línea dijo, "Sí. Hemos venido de nuestra Holanda natal, donde tuvimos la oportunidad de aprender algo sobre los mormones. Nos

gustaría saber más." La hermana Monson, siendo una buena misionera, dijo, "Podemos ayudarle." Luego el caballero que había llamado dijo, "Tenemos varicela en nuestra casa; y si pudiera esperar hasta que los niños estén mejor, nos encantaría que los misioneros vinieran." La hermana Monson dijo que arreglaría tal cosa, y eso terminó la conversación.

Emocionada, les dijo a los dos misioneros en nuestro personal, "Aquí hay una referencia dorada," y los misioneros estuvieron de acuerdo. Luego, como hacen algunos misioneros, pospusieron la visita a la familia. Los días se convirtieron en semanas, y las semanas se convirtieron en varias. La hermana Monson decía, "¿Van a visitar a esa familia holandesa esta noche, élderes?" Y ellos respondían, "Bueno, estamos demasiado ocupados esta noche, pero lo incluiremos en nuestro horario." Después de unos días más, la hermana Monson decía, "¿Qué hay de mi familia holandesa? ¿Van a visitarlos esta noche?" Nuevamente, la respuesta, "Bueno, estamos demasiado ocupados esta noche, pero lo incluiremos en nuestro horario." Finalmente, la hermana Monson dijo, "Si no van a visitar a la familia holandesa esta noche, mi esposo y yo vamos a visitarlos," y respondieron, "Lo incluiremos en nuestro horario esta noche." Y así llamaron a una hermosa familia. Les enseñaron el evangelio. Cada persona en la familia se convirtió en miembro de la Iglesia. La familia era la familia Jacob de Jager. El hermano de Jager se convirtió en presidente de un quórum de élderes. Su empleador, la gigantesca empresa Phillips, luego lo transfirió a México, donde sirvió a la Iglesia con distinción. Más tarde se convirtió en consejero de varios presidentes de misión en Holanda, luego en Representante Regional de los Doce, y luego en miembro del Primer Quórum de los Setenta. Hoy está sirviendo como administrador ejecutivo del trabajo en el sudeste asiático.

Pregunto, ¿fue una decisión importante la que tomaron los misioneros de visitar a los de Jager? ¿Fue una decisión importante para la hermana Monson decir, "Esta noche o nunca"? ¿Fue una decisión importante para los de Jager llamar al cuartel general de la misión en Toronto, Canadá, y decir, "¿Podrían venir los misioneros a nuestra casa?" Doy testimonio de que estas decisiones tuvieron consecuencias eternas, no solo para los de Jager, sino para muchas otras personas también, porque aquí hay un hombre que puede enseñar el evangelio en inglés, en holandés, en alemán, en español, en indonesio, y ahora está aprendiendo a predicar el evangelio en chino. Pregunto, ¿cuál será nuestra fe?

Nuestra conversión puede no ser tan dramática como la de los hermanos y la hermana de Jager, pero para cada uno será igualmente vital y de largo alcance. Lo que creemos es una cuestión muy importante. Consideremos nuestra responsabilidad de buscar la verdad.

Para los jóvenes viene una segunda decisión: ¿Con quién me casaré? Permítanme hacer una aplicación personal de esta pregunta.

En un baile para la clase de primer año en la Universidad de Utah, estaba bailando con una chica de West High School, y una joven de East High School bailaba cerca con su pareja. Su nombre era Frances Johnson. La miré y decidí que había una joven a la que quería conocer; pero bailó lejos y no la vi por tres meses más. Luego, un día, mientras esperaba el viejo tranvía en las calles Thirteenth East y Second South en Salt Lake City, miré y no podía creer mis ojos. Aquí estaba la joven que había visto bailando en el piso, y estaba de pie con otra joven y un joven a quien recordaba de los días de la escuela primaria.

Desafortunadamente, no podía recordar su nombre. Tuve que tomar una decisión, y pensé para mis adentros, "Esta decisión requiere coraje. ¿Qué debo hacer?" Encontré en mi corazón una apreciación de esa frase, "Cuando llega el momento de decidir, el tiempo de preparación ha pasado." Enderecé mis hombros y me lancé hacia mi oportunidad. Me acerqué al joven y le dije, "Hola, mi viejo amigo de los días de la escuela primaria," y él me dijo, "No puedo recordar tu nombre." Le dije mi nombre, y él me dijo su nombre; luego me presentó a la chica que más tarde se convirtió en mi esposa. Ese día hice una pequeña nota en mi directorio de estudiantes para llamar a Frances Beverly Johnson, y lo hice. Esa decisión, creo, fue una de las decisiones más importantes que he tomado. Los jóvenes que están en ese momento particular de sus vidas tienen la responsabilidad de tomar decisiones similares. Tienen la importante responsabilidad de elegir con quién casarse, no solo con quién salir.

El élder Bruce R. McConkie ha dicho, "Nada es más importante que casarse con la persona adecuada en el momento adecuado, en el lugar adecuado, y por la autoridad adecuada." Esperamos que los jóvenes eviten los cortejos demasiado rápidos. Es importante que cada joven se familiarice con la persona que planea casarse, que haya certeza de que ambos miran en la misma dirección, con los mismos objetivos eternos en mente.

Pasemos ahora a la tercera decisión, ¿Cuál será mi trabajo de vida? He aconsejado a muchos misioneros que regresan y han hecho esta pregunta. Frecuentemente, encontramos que los misioneros desean emular a su presidente de misión. Si él es un educador, una gran cantidad de misioneros querrán ser educadores; si es un hombre de negocios, muchos querrán estudiar negocios; si es un médico, muchos de los misioneros

querrán ser médicos, porque naturalmente desean emular a un hombre a quien respetan y admiran. Mi consejo a los misioneros que regresan y a cada joven es que deben estudiar y prepararse para su trabajo de vida en un campo que disfruten, porque pasarán una gran parte de sus vidas en ese campo. Creo que debería ser un campo que desafíe su intelecto y un campo que haga la máxima utilización de sus talentos y capacidades, y, finalmente, un campo que les proporcione suficiente remuneración para mantener adecuadamente a una compañera y a los hijos. Tal es una gran orden, pero doy testimonio de que estos criterios son muy importantes al elegir el trabajo de vida.

Cito un pasaje que el presidente David O. McKay apreciaba: "Tú eres quien debe decidir si lo harás o lo dejarás de lado; si lucharás por la meta que está lejos, o simplemente estarás contento de quedarte donde estás."

La preparación adecuada mejora la capacidad de pensar y de decidir. Encontramos muchas personas dispuestas a dar excusas por un fracaso. Durante las primeras fases de la Segunda Guerra Mundial, se tomó una decisión muy importante por uno de los grandes líderes de las fuerzas aliadas, el vizconde Slim de Gran Bretaña. Mucho después de la guerra, hizo esta declaración sobre esta decisión tomada en la batalla por Khartoum en 1940: "Como muchos generales cuyos planes han salido mal, pude encontrar muchas excusas, pero solo una razón—¡yo mismo! Cuando se me presentaron dos cursos de acción, no elegí, como debería hacer un buen comandante, el más audaz. Tomé consejo de mis miedos."

Insto a los jóvenes a no tomar consejo de sus miedos. Espero que no digan, "No soy lo suficientemente inteligente para estudiar ingeniería química; por lo tanto, estudiaré algo menos

exigente." "No puedo aplicarme lo suficientemente bien para estudiar este tema difícil o en este campo difícil; por lo tanto, elegiré el camino más fácil." Suplico a los jóvenes que elijan el camino difícil y que pongan a prueba sus talentos, y nuestro Padre Celestial los hará iguales a sus tareas. Si uno tropieza, si uno toma un curso y obtiene menos de la calificación deseada, espero que tal persona no se desanime. Espero que se levante y lo intente de nuevo.

Considere la experiencia del almirante Chester W. Nimitz. Cuando se graduó como guardiamarina en la Marina de los EE.UU., le dieron un viejo y decrépito destructor como su primer mando. Se llamaba el Decatur. Le costó mucho poner el viejo destructor en forma, y en uno de sus viajes iniciales, el guardiamarina Nimitz encalló el barco. Esto resultó en un consejo de guerra sumario. Afortunadamente, fue declarado culpable solo de negligencia en el deber, en lugar de una ofensa más grave. Si Chester Nimitz no hubiera estado hecho de lo que era, esa derrota podría haber arruinado su carrera, pero ¿qué hizo? Puso esa derrota detrás de él y continuó para convertirse en el almirante comandante de la mayor fuerza naval jamás reunida en este mundo, la Flota del Pacífico. Mostró a todos que una derrota no podía mantener abajo a un buen hombre.

¿Cuál será mi fe? ¿Con quién me casaré? ¿Cuál será mi trabajo de vida? Estoy tan agradecido de que no necesitemos tomar esas decisiones sin ayuda eterna. Cada uno de nosotros puede tener la guía y dirección de nuestro Padre Celestial si la buscamos. Les recomendaría que aprendan y memoricen la sección nueve de Doctrina y Convenios. Esta es una sección que a menudo se pasa por alto, pero que tiene una lección para todos nosotros. Cuando contemplemos tomar una decisión importante, sugiero que vayamos a nuestro Padre Celestial de la

manera en que el Profeta José indicó que el Señor le aconsejó. El Señor dijo al Profeta José en esa sección: "He aquí, no has entendido; has supuesto que te lo daría, cuando no pensaste más que en pedírmelo. Pero, he aquí, te digo que debes estudiarlo en tu mente; luego debes preguntarme si es correcto, y si es correcto, haré que tu pecho arda dentro de ti, por lo tanto, sentirás que es correcto. Pero si no es correcto, no tendrás tales sentimientos, sino que tendrás un estupor de pensamiento que te hará olvidar lo que está mal." (D. y C. 9:7-9.) Tal es una dirección inspirada para nosotros en nuestro día.

Recientemente tuve el privilegio de regresar a Tahití, a un pueblo al que amo profundamente. Allí estaba hablando con el presidente de misión sobre los tahitianos. Se les conoce como algunas de las personas más grandes navegantes en todo el mundo. El presidente, que hablaba francés pero poco inglés, trataba de describirme el secreto del éxito de los capitanes de mar tahitianos. Dijo, "Son increíbles. El clima puede ser terrible; los barcos pueden tener fugas; puede que no haya ayudas de navegación, excepto sus sentimientos internos y las estrellas en el cielo, pero oran y van." Y repitió tres veces: "Oran y van; oran y van; oran y van." Hay una lección para nosotros en esa declaración. Necesitamos orar y luego necesitamos actuar; ambos son importantes.

Además de la sección nueve de Doctrina y Convenios, además de la importancia de la oración, añado una tercera dimensión: Sigamos a los profetas de Dios; y cuando sigamos a los profetas, estaremos en territorio seguro. Permítanme ilustrar compartiendo una experiencia muy íntima de mi propia vida.

Serví en la Marina de los Estados Unidos hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Era lo que se llama un marinero, el

rango más elemental; luego califiqué para ser marinero de primera clase. Luego califiqué para ser escribiente de tercera clase. La guerra terminó, y fui dado de baja. Tomé la decisión, sin embargo, de que si alguna vez volvía al ejército, quería ser un oficial comisionado. Si uno no ha estado en el ejército, puede que no aprecie la diferencia entre el marinero aprendiz y el oficial comisionado. La mejor manera de aprender la diferencia es por experiencia. Una vez aprendida, nunca se olvida. Pensé, "No más cocinas de desorden para mí. No más fregar cubiertas si puedo evitarlo." Luego trabajé sin descanso para calificar para esa comisión. Me uní a la Reserva Naval de los Estados Unidos; asistía a los entrenamientos todos los lunes por la noche. Estudié largas horas, para poder calificar académicamente. Tomé todo tipo de exámenes que se puedan imaginar, mentales, físicos, emocionales. Finalmente llegó de Denver, Colorado, la bienvenida noticia: "Ha sido aprobado para recibir la comisión de guardiamarina en la Reserva Naval de los Estados Unidos." Con alegría se la mostré a la hermana Monson y le dije, "¡Lo logré! ¡Lo logré!" Ella comentó con entusiasmo, "¡Has trabajado duro para lograrlo!"

Pero luego las circunstancias cambiaron. Fui llamado para servir como consejero en el obispado de mi barrio. La reunión del consejo del obispo era la noche de mi entrenamiento. Sabía que había un conflicto irreconciliable. No tenía el tiempo para seguir en la Reserva Naval y también cumplir con mis deberes en el obispado. ¿Qué debía hacer? Tenía que tomar una decisión. Francamente, oré al respecto. Luego fui a ver a mi ex presidente de estaca, el élder Harold B. Lee. Me senté frente a la mesa con él y le mencioné cuánto valoraba la comisión naval. Me dijo, "Esto es lo que debes hacer, Hermano Monson. Escribe una carta a la Oficina de Asuntos Navales y diles que, debido a tu

llamamiento como miembro del obispado, no puedes aceptar la comisión en la Reserva Naval de los Estados Unidos." Continuó, "Luego escribe al comandante del Distrito Naval Doce en San Francisco y dile que te gustaría ser dado de baja de la reserva." Dije, "Oh, Hermano Lee, no entiendes el ejército. Por supuesto que declinarán darme esa comisión si la rechazo, pero el Distrito Naval Doce no va a dejar escapar a ningún oficial no comisionado con una guerra que se avecina en Corea. Podría estar atrapado para volver al servicio en un rango muy bajo si no acepto esta comisión. ¿Estás seguro de que este es el consejo que quieres que reciba?" Puso su mano sobre mi hombro y de manera paternal dijo, "Hermano Monson, ten más fe. El ejército no es para ti."

Fui a mi casa y puse una comisión manchada de lágrimas de vuelta en su sobre con su carta adjunta y me negué a aceptarla. Luego escribí una carta al Distrito Naval Doce y solicité una baja de la Reserva Naval. Mi baja de la Reserva Naval fue en el último grupo procesado antes del estallido de la Guerra de Corea. Mi unidad de cuartel general fue activada inmediatamente. Solo seis semanas después de ser llamado como consejero en un obispado, fui llamado para ser el obispo de mi barrio. Sé que mi vida habría sido drásticamente diferente si no hubiera seguido el consejo de un profeta, si no hubiera orado sobre una decisión, si no hubiera llegado a apreciar una verdad importante: La sabiduría de Dios a menudo parece una tontería para los hombres, pero la mayor lección única que podemos aprender en la mortalidad es que cuando Dios habla y un hombre obedece, ese hombre siempre tendrá razón.

Que nuestro Padre Celestial nos guíe y nos bendiga en las decisiones que cada uno de nosotros será llamado a tomar. Si queremos ver la luz del cielo, si deseamos sentir la inspiración de

Dios Todopoderoso, si anhelamos tener ese sentimiento en nuestro pecho de que nuestro Padre Celestial nos está guiando, dejemos que "estemos... en lugares santos, y no seamos movidos." Entonces el Espíritu de nuestro Padre Celestial será nuestro.

Aceptando el Llamado a Servir

Hace algunos años, me encontraba de pie en un púlpito y noté un pequeño letrero que solo el orador podía ver. Las palabras en ese letrero eran estas: "Quien se pare en este púlpito, que sea humilde." Cómo ruego a mi Padre Celestial que nunca olvide la lección que aprendí ese día.

Siento agradecer a mi Padre Celestial por sus muchas bendiciones hacia mí. Estoy agradecido de haber nacido de buenos padres, cuyos padres fueron reunidos de las tierras de Suecia, Escocia e Inglaterra por humildes misioneros que, mediante el testimonio de sus experiencias, tocaron el espíritu de estas maravillosas personas.

Estoy muy agradecido por mis maestros y líderes en mi niñez y juventud, en una humilde ala pionera en una humilde estaca pionera. Estoy agradecido por mi dulce compañera y por la influencia para bien que ha tenido en mi vida, y también por su querida madre, quien tuvo el valor en la lejana Suecia de aceptar el evangelio y venir a este país. Estoy tan feliz de que el Señor nos haya bendecido con tres buenos hijos, nuestro más joven nacido en el campo misional en Canadá. Estoy agradecido por estas bendiciones.

Sé que Dios vive, hermanos y hermanas. No hay duda en mi mente. Sé que esta es Su obra, y sé que la experiencia más dulce en toda esta vida es sentir Sus inspiraciones mientras nos guía en

el avance de Su obra. He sentido estas inspiraciones como un joven obispo, guiado a los hogares donde había necesidad espiritual o quizás temporal. Lo sentí nuevamente en el campo misional mientras trabajaba con sus hijos e hijas, los misioneros de esta gran iglesia que son un testimonio viviente al mundo de que esta obra es divina y que somos guiados por un profeta.

Pienso en una hermana, una hermana franco-canadiense, cuya vida fue cambiada por los misioneros cuando su espíritu fue tocado al despedirse de mí y mi esposa en Quebec. Ella dijo, "Presidente Monson, tal vez nunca vea al profeta. Tal vez nunca escuche al profeta. Pero presidente, mucho mejor, ahora que soy miembro de esta iglesia, puedo obedecer al profeta."

Mi sincera oración es que siempre pueda obedecer a nuestro profeta y a mis hermanos. Prometo mi vida, todo lo que pueda tener. Me esforzaré al máximo de mi capacidad para ser lo que ellos quieren que sea. Estoy agradecido por las palabras de Jesucristo, nuestro Salvador, cuando dijo: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él." (Apocalipsis 3:20.)

Ruego fervientemente, hermanos y hermanas, que mi vida merezca esta promesa de nuestro Salvador.

Mensaje de aceptación del élder Thomas S. Monson dado en el Tabernáculo de Salt Lake en ocasión de su llamado al apostolado, el 3 de octubre de 1963.

Promesas Personales

Hace algunos años recibí la asignación de visitar las conferencias de estaca en Samoa y Australia. En Australia, ese vasto continente en el Pacífico Sur, la sequía es un problema siempre presente. Los Santos en las estacas y misiones me habían escrito a través de su liderazgo, pidiéndome que me uniera a ellos en una poderosa oración a nuestro Padre Celestial para que la humedad acompañara mi visita proyectada.

En ruta hacia las citas de las conferencias, noté con cierta diversión los nombres de los presidentes de estaca a quienes debía visitar. El primero era el presidente Percy Rivers; el segundo era William Waters. Llamé la atención de mi compañero de viaje sobre esto, solo para ser recordado por él que su nombre era Harry Brooks. Nos reímos mucho de esta inusual colección de nombres. Al llegar al Aeropuerto Internacional de Sídney, nuevamente nos sorprendimos al conocer que los nombres de algunas personas que nos esperaban eran la hermana Rainey y el élder Hailstone. Al registrarme en mi alojamiento en el motel, el recepcionista no pudo encontrar la reserva anticipada. Después de algunas dificultades, respondió: "Oh, sí. Aquí está. Sr. Thomas S. Monsoon." La humedad se había convertido en un denominador común.

Recuerdas que hace años, en la clase de aritmética de la escuela primaria, la maestra a menudo hablaba de denominadores comunes. Reconozco hoy que hay un denominador común, común para ti y para mí, que nos une como

uno solo. Este denominador común es el llamado individual que cada uno de nosotros ha recibido para cumplir una asignación en el reino de Dios aquí en la tierra.

¿Alguna vez te has sentido culpable de murmurar cuando una asignación llegaba a tu camino? ¿O has aceptado cada llamado con gratitud, sabiendo que nuestro Padre Celestial bendecirá a aquellos a quienes llama? Espero que no perdamos la verdadera visión de nuestras queridas asignaciones; que no nos dejemos llevar solo por el programa. Es solo un medio para un objetivo. Ese objetivo, ese objetivo eterno, es el mismo del que habló el Señor y se encuentra en la Perla de Gran Precio: "Porque he aquí, esta es mi obra y mi gloria: llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre." (Moisés 1:39.) Nuestro deber, además de salvarnos a nosotros mismos, es guiar a otros hacia el reino celestial de Dios.

Que siempre recordemos que el manto del liderazgo no es el manto de la comodidad, sino la túnica de la responsabilidad.

Al liderar, seamos verdaderos pastores. La mayoría de nosotros en la parte occidental de los Estados Unidos y Canadá puede, en ocasiones, ver a los pastores de ovejas conduciendo sus rebaños a pastos de verano o regresando de las montañas a medida que se acerca el invierno. A veces, el pastor está encorvado sobre la silla de montar, siguiendo su rebaño, con una multitud de perros ansiosos ladrando a los talones de las ovejas y conduciéndolas hacia adelante en un curso determinado. Qué diferente es esta escena de una que vi en Múnich, Alemania, donde un verdadero pastor, con bastón en mano, caminaba delante de su rebaño. Las ovejas lo reconocían como su líder, y de hecho su pastor, y lo seguían de buena gana dondequiera que él las llevara.

Cuando nosotros, como líderes, presentamos ante otros un ejemplo adecuado, nos seguirán como las ovejas siguen al verdadero pastor. Si nuestra asignación es con los jóvenes, quizás algunas sugerencias nos ayuden.

Primero, consideremos los problemas que enfrentamos. Segundo, escuchemos las súplicas de los jóvenes. Y tercero, prometamos ser líderes dignos de emulación. Los problemas que enfrentan los jóvenes hoy son más graves que en generaciones anteriores. A nuestro alrededor vemos una disminución de los estándares morales. Vemos, aceptada en todas partes, la sociedad permisiva y todo lo que conlleva. Las familias fracturadas también contribuyen a los problemas que debemos enfrentar y resolver.

Al notar el deterioro en los estándares morales, pensamos en el gran clásico "La decadencia y caída del Imperio Romano," de Edward Gibbon. Él mencionó las razones de la disolución de la gran fuerza política que había mantenido al mundo civilizado unido durante más de quinientos años. Las principales razones incluían:

1. *Gastos excesivos por parte del gobierno central.*
2. *Falta de disposición de los jóvenes para portar armas en defensa de su país.*
3. *Exceso de indulgencia en el lujo.*
4. *Inmoralidad sexual generalizada y divorcio fácil, lo que destruyó la integridad de la vida familiar.*
5. *Desprecio por la religión.*

Eso fue Roma, hace mil cuatrocientos años. ¿La imagen parece aplicarse a nosotros hoy? Recientemente, en una de las

principales revistas de noticias apareció esta carta al editor: "No existe tal cosa como ser inmoral vs. ser moral. Si una persona no acepta la moral establecida, simplemente está viviendo según sus propios estándares: no está siendo inmoral."

Esto nos da una visión de lo que un segmento bastante sustancial de la población realmente cree que es verdad, aunque esté muy equivocado.

Oh, que cada joven bajo nuestro cargo viniera de un hogar presidido por el sacerdocio de Dios, un hogar en el que hubiera oración familiar y noche de hogar familiar. Desafortunadamente, este no es el caso. Algunos tienen poca o ninguna ayuda de sus padres.

Una joven adolescente, miembro de la Iglesia, escribió una carta conmovedora. Ella dijo:

"Querido hermano Monson: Necesito consejería y consejo ahora, y lo necesito de alguien que tenga y honre el sacerdocio y esté en posición de tener discernimiento y dar el consejo adecuado.

"Cuando me uní a la Iglesia, estaba comprometida con un joven maravilloso que se había ido a Vietnam tres meses antes de mi bautismo. Desde entonces ha regresado, y pasé las vacaciones de Navidad con él. Hermano Monson, rompí la Palabra de Sabiduría, fui culpable de dudar de las enseñanzas de la Iglesia, y dormí con el chico que amo varias veces. No me arrepiento en lo más mínimo ni me siento avergonzada de haber compartido mi amor con él, pero realmente me avergüenza haber probado un poco de ron con Coca-Cola..."

Esta joven realmente necesitaba ayuda. Su sentido de los valores había sido distorsionado de todas proporciones. ¿Podría ella representar a muchos otros?

Al escuchar las súplicas de estos jóvenes, al evaluar los problemas que enfrentan, necesitamos más que un diagnóstico preciso de la dolencia. Requerimos y buscamos una prescripción adecuada para una cura duradera.

El camino que nos llevará a tal solución requerirá ciertas promesas de nuestra parte como líderes. ¿Te comprometerás conmigo a la obra del Señor y considerarás las promesas que mejorarían tu influencia en la vida de los jóvenes? Consideremos tales promesas.

Primero, prometo estar dispuesto. El Señor ha declarado: "El Señor requiere el corazón y una mente dispuesta; y los dispuestos y obedientes comerán del bien de la tierra de Sión en estos últimos días." (D. y C. 64:34.)

Mediante tal servicio dispuesto, no estaremos en la posición del Cardenal Wolsey de Shakespeare, quien, después de una vida de servicio a su rey, despojado de su poder, lamentó tristemente, "Si tan solo hubiera servido a mi Dios con la mitad del celo con que serví a mi rey, no me habría dejado en mi vejez desnudo ante mis enemigos."

Segundo, prometo estar informado. Recuerda el consejo del Señor: "Por tanto, ahora que cada hombre aprenda su deber, y actúe en el oficio en el que está designado, con toda diligencia." (D. y C. 107:99.)

Tercero, prometo ser diligente. Magnificaré mi llamamiento. ¿Qué significa magnificar un llamamiento? Significa elevarlo en dignidad e importancia, hacerlo honorable y

encomiable a los ojos de toda la humanidad, engrandecerlo y fortalecerlo, dejar que la luz del cielo brille a través de él para la vista de otros hombres. ¿Y cómo se magnifica un llamamiento? Simplemente realizando el servicio que le corresponde. En resumen, magnificamos nuestros llamamientos al aprender cuáles son nuestros deberes y luego cumplirlos.

Me detengo al pensar en las palabras del presidente John Taylor: "Si no magnificas tu llamamiento, Dios te hará responsable de aquellos a quienes podrías haber salvado si hubieras hecho tu deber." Edgar A. Guest dio sabio consejo en su poema "Verdadera nobleza":

El que hace su tarea día a día Y enfrenta lo que venga, Creyendo que Dios lo ha querido así, Ha encontrado verdadera grandeza aquí abajo. El que guarda su puesto, no importa dónde, Creyendo que Dios lo necesita allí, Aunque sea una labor humilde, Ha alcanzado la nobleza. Para grande y pequeño, solo hay una prueba: Que cada hombre haga lo mejor que pueda. El que trabaja con todas sus fuerzas, Nunca morirá endeudado con el hombre.

Cuarto, prometo ser orante. "Recuerda," dijo el Señor, "que el valor de las almas es grande a la vista de Dios." (D. y C. 18:10.) A medida que desarrollamos una apreciación de esta gran verdad, llegamos a comprender que afectamos la eternidad; determinamos el destino. No podemos tener éxito solos.

Nuestro desafío es eliminar la debilidad de un joven que se encuentra solo y sustituirla por la fuerza de jóvenes y líderes que sirven juntos.

Quinto, prometo ser comprensivo. Entre nuestros jóvenes hay algunos que han transgredido las leyes de Dios, que han sido

engañados por ese malvado, y que buscan de nosotros un corazón comprensivo y una guía hacia el camino del arrepentimiento y la exaltación en el reino de nuestro Padre Celestial. En efecto, nos encontramos en la encrucijada de sus vidas.

Los jóvenes vienen en todas las variedades y tamaños: bajos, altos, delgados y robustos, faltos de confianza o llenos de fe. Mi oración es que realmente prometamos estar dispuestos, informados, diligentes, orantes y comprensivos; que ayudemos a cada uno de ellos, para que juntos podamos permanecer en ese camino que lleva a la exaltación en el reino de nuestro Padre, para que como líderes o como maestros, cuando algún día tengamos el privilegio de ver la gloria de nuestros jóvenes, podamos decir, "Me alegro de haber ayudado en el camino."

Más Bendecido Dar que Recibir

De niño asistía a la Escuela Dominical en la Sexta-Séptima Ala de Pioneer y más tarde de Temple View Stake. La población del barrio era bastante transitoria, lo que resultaba en una alta tasa de rotación de los maestros en la Escuela Dominical. Como niños y niñas, nos familiarizábamos con un maestro en particular y llegábamos a apreciarlo cuando el superintendente de la Escuela Dominical visitaba la clase y presentaba a un nuevo maestro. La decepción llenaba cada corazón y se producía una ruptura de la disciplina.

Los maestros prospectivos, al escuchar la reputación poco favorable de nuestra clase en particular, amablemente declinaban servir o sugerían la posibilidad de enseñar una clase diferente donde los estudiantes fueran más manejables. Nos deleitábamos con nuestro nuevo estatus y decidimos vivir a la altura de los temores de los maestros.

Una mañana de domingo, una encantadora joven acompañó al superintendente al aula y se nos presentó como una maestra que solicitó la oportunidad de enseñarnos. Supimos que había sido misionera y que amaba a los jóvenes. Su nombre era Lucy Gertsch. Era hermosa, de voz suave y estaba interesada en nosotros. Nos pidió a cada uno que nos presentáramos y luego hizo preguntas que le dieron una comprensión y percepción del trasfondo de cada uno. Nos habló de su niñez en Midway, Utah,

y mientras describía ese hermoso valle, hizo que su belleza viviera dentro de nosotros y deseáramos visitar los campos verdes que tanto amaba.

Las primeras semanas no fueron fáciles. Los niños no se convierten en caballeros de la noche a la mañana. Sin embargo, ella nunca levantó la voz. De alguna manera, la rudeza y el bullicio eran incompatibles con la belleza de sus lecciones. Hizo que las escrituras cobraran vida. Nos familiarizamos personalmente con Samuel, David, Jacob, Nefi y el Señor Jesucristo. Nuestra erudición del evangelio creció. Nuestro comportamiento mejoró. Nuestro amor por Lucy Gertsch no tenía límites.

Emprendimos un proyecto para ahorrar monedas de cinco y diez centavos para lo que sería una gigantesca fiesta de Navidad. La hermana Gertsch llevaba un registro cuidadoso de nuestro progreso. Como niños con apetitos típicos, convertíamos en nuestras mentes los totales monetarios en pasteles, galletas, tartas y helado. Esto iba a ser un evento glorioso. Nunca antes ninguno de nuestros maestros había sugerido un evento social como este.

Los meses de verano se desvanecieron en otoño. El otoño se convirtió en invierno. Nuestro objetivo para la fiesta se había logrado. La clase había crecido. Prevalecía un buen espíritu.

Ninguno de nosotros olvidará esa gris mañana cuando nuestra querida maestra nos anunció que la madre de uno de nuestros compañeros de clase había fallecido. Pensamos en nuestras propias madres y en lo mucho que significaban para nosotros. Sentimos un sincero pesar por Billy Devenport en su gran pérdida.

La lección de ese domingo fue del libro de Hechos, capítulo 20, versículo 35: "Recordad las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir." Al concluir la presentación de una lección bien preparada, Lucy Gertsch comentó sobre la situación económica de la familia de Billy. Eran tiempos de depresión y el dinero era escaso. Con un brillo en sus ojos, preguntó: "¿Cómo les gustaría seguir esta enseñanza de nuestro Señor? ¿Cómo se sentirían si tomáramos nuestro fondo para la fiesta y, como clase, se lo diéramos a los Devenport como una expresión de nuestro amor?" La decisión fue unánime. Contamos muy cuidadosamente cada centavo y colocamos la suma total en un gran sobre. Se compró una hermosa tarjeta y se inscribieron nuestros nombres.

Este simple acto de bondad nos unió como uno solo. Aprendimos a través de nuestra propia experiencia que es, de hecho, más bendecido dar que recibir.

Los años han pasado volando. La vieja capilla ha desaparecido, víctima de la industrialización. Los niños y niñas que aprendieron, rieron y crecieron bajo la dirección de esa inspirada maestra de la verdad, nunca han olvidado su amor ni sus lecciones.

Incluso hoy, cuando cantamos ese viejo favorito:

Gracias por la Escuela Dominical.
Salve al día cuando el mal y el error se desvanecen.
Gracias por nuestros maestros que laboran con esmero para que compartamos la luz del evangelio.

Pensamos en Lucy Gertsch, nuestra maestra de la Escuela Dominical. Porque amábamos a Lucy y Lucy nos amaba.

Tu Camino a Jericó

La palabra "camino" es muy intrigante. Hace una generación, los magnates del cine presentaron a Bob Hope, Bing Crosby y Dorothy Lamour en películas tituladas *The Road to Rio*, *The Road to Morocco* y *The Road to Zanzibar*. Aún antes, Rudyard Kipling inmortalizó otro camino cuando escribió las líneas, "En el Camino a Mandalay".

Mis pensamientos han vuelto a un camino hecho famoso por la parábola que contó Jesús. Hablo del camino a Jericó. La Santa Biblia nos permite revivir el evento memorable que hizo famoso para siempre el Camino de Jericó.

Un cierto abogado se levantó y tentó al Maestro, diciendo: "¿Qué haré para heredar la vida eterna?" Él le dijo: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?" Y él, respondiendo, dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo." Y él le dijo: "Bien has respondido; haz esto, y vivirás."

"Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?" Y respondiendo Jesús, dijo: "Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales lo despojaron de su ropa, y lo hirieron, y se fueron, dejándolo medio muerto.

"Y por casualidad descendió un sacerdote por aquel camino; y al verlo, pasó de largo. De igual manera un levita, llegando cerca de aquel lugar, al verlo, pasó de largo.

"Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y al verlo, tuvo compasión de él, y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su propia cabalgadura, lo llevó a un mesón, y cuidó de él. Y al día siguiente, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: 'Cuida de él; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese.'

"¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?" Él dijo: "El que usó de misericordia con él." Entonces Jesús le dijo: "Ve, y haz tú lo mismo." (Lucas 10:25-37.)

Cada uno de nosotros, en el viaje a través de la mortalidad, recorrerá su propio Camino a Jericó. ¿Cuál será tu experiencia? ¿Cuál será la mía? ¿Dejaré de notar a aquel que ha caído en manos de ladrones y requiere mi ayuda? ¿Lo harás tú? ¿Seré uno de los que ve al herido y escucha su súplica, pero cruza al otro lado? ¿Lo harás tú? ¿O seré uno que ve, que escucha, que se detiene y que ayuda? ¿Lo harás tú?

Jesús nos dio nuestra consigna, "Ve, y haz tú lo mismo." Cuando obedecemos esa declaración, se nos abre una vista de gozo rara vez igualada y nunca superada.

Ahora, el Camino a Jericó puede no estar claramente marcado. Tampoco puede que el herido grite, para que podamos escucharlo. Pero cuando caminamos siguiendo los pasos de ese buen samaritano, caminamos por el sendero que conduce a la perfección.

Observa los muchos ejemplos proporcionados por el Maestro: el hombre lisiado en el estanque de Betesda; la mujer sorprendida en adulterio; la mujer en el pozo de Jacob; la hija de

Jairo; Lázaro, hermano de María y Marta, cada uno representaba una víctima en el Camino a Jericó. Cada uno necesitaba ayuda.

Al lisiado en Betesda, Jesús le dijo: "Levántate, toma tu camilla y anda." (Juan 5:8.) A la mujer pecadora le dio el consejo, "Vete, y no peques más." (Juan 8:11.) A la que vino a sacar agua, le proporcionó un manantial de agua que brota para vida eterna. (Juan 4:14.) A la hija muerta de Jairo le dio la orden, "Muchacha, a ti te digo, levántate." (Marcos 5:41.) A Lázaro, enterrado, las memorables palabras, "Lázaro, sal fuera." (Juan 11:43.)

Uno puede hacer la penetrante pregunta: Estos relatos pertenecían al Redentor del mundo. ¿Puede haber en mi propia vida, en mi Camino a Jericó, una experiencia tan preciada?

Mi respuesta es un rotundo sí. Permítanme compartir con ustedes dos ejemplos: primero, el relato de uno que fue herido y fue ayudado; y segundo, la experiencia de aprendizaje de uno que recorrió el Camino a Jericó.

Hace algunos años, fue a su recompensa eterna uno de los hombres más amables y queridos que ha adornado la tierra. Hablo de Louis C. Jacobsen. Ministró a los necesitados, ayudó al inmigrante a encontrar empleo y pronunció más sermones en más servicios funerarios que cualquier otra persona que haya conocido.

Un día, mientras estaba reflexionando, Louis Jacobsen me contó sobre su niñez. Era el hijo de una pobre viuda danesa. Era pequeño de estatura, no agraciado en apariencia, fácil objeto de las bromas sin sentido de sus compañeros. En la Escuela Dominical una mañana de domingo, los niños se burlaron de sus pantalones remendados y su camisa gastada. Demasiado orgulloso para llorar, el pequeño Louis huyó de la capilla,

deteniéndose finalmente, sin aliento, para sentarse y descansar en el bordillo que corría a lo largo de la Tercera Calle Oeste en Salt Lake City. Agua clara fluía a lo largo de la cuneta junto al bordillo donde Louis se sentaba. Sacó de su bolsillo un trozo de papel que contenía el esquema de la lección de la Escuela Dominical y hábilmente formó un barco de papel, que lanzó al agua que fluía. Desde su herido corazón de niño vinieron las decididas palabras, "Nunca volveré."

De repente, a través de sus lágrimas, Louis vio reflejada en el agua la imagen de un hombre grande y bien vestido. Louis levantó su rostro y reconoció a George Burbidge, el superintendente de la Escuela Dominical. "¿Puedo sentarme contigo?" preguntó el amable líder. Louis asintió afirmativamente. Allí, en el bordillo de la cuneta, se sentó un buen samaritano ministrando a uno que seguramente estaba en necesidad. Se formaron y lanzaron varios barcos mientras continuaba la conversación. Finalmente, el líder se levantó y, con la mano del niño apretando fuertemente la suya, regresaron a la Escuela Dominical. Más tarde, Louis mismo presidió esa misma Escuela Dominical. A lo largo de su larga vida de servicio, nunca dejó de reconocer al viajero que lo rescató a lo largo de un Camino a Jericó.

Cuando me enteré por primera vez de esa experiencia trascendental, reflexioné sobre las palabras:

Él se paró en la encrucijada solo,
La luz del sol en su rostro.
No tenía pensamiento para el mundo desconocido—
Estaba listo para una carrera varonil.
Pero los caminos se extendían al este y los caminos se extendían al oeste,

Y el muchacho no sabía cuál camino era el mejor.
Así que eligió el camino que lo llevó hacia abajo,
Y perdió la carrera y la corona del vencedor.
Quedó atrapado finalmente en una trampa enojada Porque nadie estaba en la encrucijada allí
Para mostrarle el mejor camino.
Otro día en el mismo lugar
Un muchacho con altas esperanzas se paró.
Él también estaba listo para una carrera varonil;
Él también buscaba las cosas que eran buenas.
Pero uno estaba allí que conocía los caminos,
Y ese le mostró cuál camino tomar.
Así que se apartó del camino que lo llevaría hacia abajo,
Y ganó la carrera y la corona del vencedor.
Camina hoy por la carretera justa
Porque uno estaba en la encrucijada allí
Para mostrarle el mejor camino.

Permítanme relatarles mi primer viaje por un Camino a Jericó personal. Aproximadamente en mi décimo año, cuando se acercaba la Navidad, anhelaba como solo un niño puede anhelar un tren eléctrico. Mi deseo no era recibir el modelo de tren económico y que se encuentra en todas partes; más bien, quería uno que operara a través del milagro de la electricidad. Eran tiempos de depresión económica, pero mamá y papá, con algún sacrificio, estoy seguro, me presentaron la mañana de Navidad un hermoso tren eléctrico.

Durante horas operé el transformador, observando cómo la locomotora primero tiraba de sus vagones hacia adelante y luego los empujaba hacia atrás alrededor de la vía. Mamá entró a la sala y me dijo que había comprado un tren de cuerda para el hijo

de la señora Hansen, Mark, que vivía al final del callejón. Le pregunté si podía ver el tren. La locomotora era corta y robusta, no larga y elegante como el modelo costoso que yo había recibido. Sin embargo, sí noté un vagón cisterna de petróleo que formaba parte de su conjunto económico. Mi tren no tenía tal vagón, y comencé a sentir punzadas de envidia. Hice tal alboroto que mamá sucumbió a mis súplicas y me entregó el vagón cisterna de petróleo. Ella dijo: "Si lo necesitas más que Mark, llévatelo." Lo puse con mi conjunto de tren y me sentí complacido con el resultado.

Mamá y yo llevamos los vagones restantes y la locomotora a la casa de los Hansen. El joven era uno o dos años mayor que yo. Nunca había anticipado tal regalo y estaba emocionado más allá de las palabras. Dio cuerda a su locomotora, no siendo eléctrica como la mía, y se alegró enormemente cuando la locomotora y dos vagones, más un vagón de cola, recorrieron la vía. Mamá sabiamente preguntó: "¿Qué piensas del tren de Mark, Tommy?" Sentí un agudo sentido de culpa y me volví muy consciente de mi egoísmo. Le dije a mamá: "Espera un momento, volveré enseguida."

Tan rápido como mis piernas podían llevarme, corrí a nuestra casa, tomé el vagón cisterna de petróleo, más un vagón adicional mío, corrí de vuelta al callejón a la casa de los Hansen, y le dije alegremente a Mark: "Olvidamos traer dos vagones que pertenecen a tu tren." Mark acopló los dos vagones adicionales a su conjunto. Observé cómo la locomotora hacía su camino laborioso alrededor de la vía y sentí una alegría suprema difícil de describir e imposible de olvidar.

Mamá y yo dejamos la casa de los Hansen y caminamos lentamente por la calle. Ella, quien, con su mano en la de Dios,

había entrado en el valle de la sombra de la muerte para llevarme, su hijo, a través del puente de la vida, ahora me tomó de la mano; y juntos regresamos a casa por nuestro camino privado a Jericó.

Algunos recuerdan a mamá por sus rimas recitadas, otros por su música tocada, canciones cantadas, favores otorgados o historias contadas; pero yo recuerdo mejor ese día en que juntos recorremos nuestro camino a Jericó y, como el buen samaritano, encontramos una oportunidad preciada para ayudar.

Hermanos y hermanas, hoy hay corazones que alegrar, hay hechos que realizar, incluso almas preciosas que salvar. Los enfermos, los cansados, los hambrientos, los fríos, los heridos, los solitarios, los ancianos, los errantes, todos claman por nuestra ayuda.

Las señales de la vida invitan tentadoramente a cada viajero: este camino a la fama; este camino a la riqueza; este camino a la popularidad; este camino al lujo. Que podamos detenernos en la encrucijada antes de continuar nuestro viaje. Que escuchemos esa voz suave y apacible que tan suavemente nos llama, "Ven, sígueme. Este camino a Jericó." Entonces, que cada uno de nosotros lo siga por ese camino a Jericó que conduce a la vida eterna.

Nacido de Buenos Padres

Al abrir el Libro de Mormón, leemos el saludo, "Yo, Nefi, habiendo nacido de buenos padres..." ¡Qué hermoso mensaje! ¡Qué ejemplo para ti y para mí si decimos lo mismo: "Yo, Tom; yo, Jane; yo, Scott, habiendo nacido de buenos padres!" ¿Cómo terminaremos esa frase? Nefi fue y hizo lo que el Señor le mandó hacer. ¿Qué haremos nosotros? ¿Cuál será nuestro plan? ¿Cuál será nuestro propósito al responder a esa introducción: "Yo, habiendo nacido de buenos padres..."?

Permítanme ofrecer tres sugerencias para nuestra consideración:

1. Encontrar fe;
2. Aprender amor;
3. Elegir a Cristo.

¿Cómo se encuentra la fe? No la encontramos leyendo sobre ella en un libro; debemos descubrir la fe por nosotros mismos. El presidente David O. McKay enseñó: "La mayor batalla de la vida se lucha en las cámaras silenciosas de tu propia alma." Es bueno para nosotros sentarnos y comulgar con nosotros mismos, llegar a un entendimiento de nosotros mismos y decidir en ese momento silencioso cuál es nuestro deber hacia la familia, la iglesia, el país y nuestros semejantes.

Los niños pequeños a veces proporcionan ejemplos interesantes de fe y devoción. Recuerdo que cuando nuestra familia era muy pequeña, la hermana Monson y yo estábamos orando por una hermana en nuestro barrio que estaba afligida de cáncer. Su nombre era Margaret Lister. Cada noche nos arrodillábamos al lado de nuestra cama y orábamos por la hermana Lister. En una ocasión invitamos a nuestro pequeño hijo de seis años a ofrecer la oración. Se confundió un poco en su mente infantil y en la oración dijo: "Padre Celestial, bendice a mamá, papá y a la hermana Lister, Henny Penny, Turkey Lurkey y Chicken Licken y todos los demás animales." La hermana Monson y yo apenas podíamos mantenernos serios. Algo extraño sucedió. La hermana Lister tuvo una recuperación notable. Soy lo suficientemente simple como para pensar que su recuperación bien pudo haber sido asistida por la súplica de un estudiante de primer grado que se aventuraba a llamar a su Padre Celestial en oración.

Hace algún tiempo, anoté de una de nuestras revistas nacionales comentarios interesantes para mí que los niños habían preparado. Se titulaban "Lo que los niños piensan de Dios."

Uno escribió: "Querido Dios, pedí un deseo a una estrella dos veces pero no pasó nada. ¿Ahora qué? Ann." Supongo que algunos de nosotros hacemos eso.

Otro dijo: "Querido Dios, si hiciste la regla para que los niños saquen la basura, por favor cámbiala."

Otra voz: "Querido Santo Dios, ¿Podrías hacer que no haya más guerras y que todos puedan votar? También que todos se diviertan mucho. Nancy."

Otro: "Querido Dios, mi gato Charles fue atropellado y si tú lo hiciste suceder, tienes que decirme por qué. Harvey."

Disfruté este: "Querido Dios, leí tu libro y me gusta." Luego dice, "Me gustaría escribir un libro algún día con el mismo tipo de historias. Dios, ¿de dónde sacas tus ideas? Mejores deseos, Mark."

¿De dónde sacó Dios sus ideas? ¿De dónde vinieron sus historias? No las leyó; las experimentó, y así es como encontramos la fe. Para descubrir la fe, debemos experimentarla.

Permítanme compartir con ustedes un tema muy cercano a mi corazón. Un amigo a quien había conocido durante mucho tiempo, un robusto atleta, un jugador de fútbol estrella, fue afectado por una enfermedad que lo dejó paralizado. Su nombre era Stan Cockrell. Los médicos dijeron que nunca volvería a caminar. Estaba tan abatido como él. Un día estaba nadando en el gimnasio Deseret. Mientras nadaba a lo largo de la piscina, de repente mi mente se detuvo en mi amigo Stan, entonces paciente en el Hospital de la Universidad en Salt Lake City, incapaz de nadar, incapaz de caminar. Cuanto más nadaba, más tenía la impresión y la dirección de que él me necesitaba. Rápidamente salí de la piscina, me vestí y fui inmediatamente al Hospital de la Universidad. Allí encontré a mi amigo en las profundidades de la desesperación, listo para abandonar todo lo que tenía de precioso. Le dije cómo había llegado allí. Le dije: "No solo vine, Stan. El Señor sabía que necesitabas una bendición, y sabía que la necesitabas de alguien que te conociera. Aprovechó la ocasión para impresionarme esto mientras nadaba con el pleno uso de mi cuerpo, sabiendo que estabas limitado con el uso de tu cuerpo." Se proporcionó una bendición.

El Espíritu del Señor estaba con nosotros. Día tras día, Stan Cockrell se fortalecía.

Un año después, hubo un golpe en la puerta de mi oficina, y entró mi amigo Stan, ayudado por un bastón. Aquí estaba uno de quien se había dicho que nunca volvería a caminar. Luego entregó el bastón a su hijo, quien iba a ser apartado para una misión, y caminó hacia mi escritorio. ¡Qué alegría! ¡Qué momento de agradecimiento! Apartamos a su hijo como misionero para ir a la Misión Escocia Glasgow. Luego, hace unos meses en el santo templo, presenciando el matrimonio de su hija, estaba mi amigo Stan Cockrell, parado allí sin muletas, sin andador, sin bastón. En una frase describió los sentimientos de su corazón. "Tom," dijo, "nunca dudé." Piénselo: "Nunca dudé."

El presidente Stephen L Richards enseñó: "La fe y la duda no pueden existir en la misma mente al mismo tiempo, porque una disipará a la otra." Mi súplica es que encontremos la fe al experimentar la fe en acción. La oportunidad es nuestra. Aprovechémosla y retengámosla.

Ahora al segundo punto: aprender a amar. ¿Cómo vamos a aprender a amar? Espero que la mayoría de nosotros ya haya aprendido a amar como viene de nuestras madres y padres. Mi abuelo era un escocés callado. Aprendí muchas lecciones de él. De niño solía buscar un níquel de él para un helado. Solíamos llamarlo un "Milk Nickel", y eso es todo lo que costaba. El abuelo me aconsejaba sobre la virtud de la frugalidad. En una ocasión compré un perro, un puntero alemán de pelo corto. Estaba tan orgulloso de ese perro. Pagué veinticinco dólares por él, y eso era una fortuna para mí. Intentaba entrenar al joven perro con una correa, enseñándole a "talonear" mientras caminaba por la calle. Cometí el error de caminar frente a la casa de mi abuelo, y él vio

lo que estaba haciendo. Me llamó, miró al perro, luego dijo: "Tom, ¿cuánto diste por ese perro?" No tuve el valor de decirle la verdad. Dije tímidamente, "Cinco dólares." Respondió, "¡Tonto! Te timaron. Pagaste cuatro dólares y setenta y cinco centavos de más." Miré al pobre perro y me di cuenta de que efectivamente había pagado demasiado.

Esa no fue la única lección que aprendí de mi abuelo, ni recibir la generosa oferta de un níquel para un helado fue la lección que mejor recuerdo. La lección por la que mejor recuerdo a mi abuelo fue una lección en la que me enseñó el principio del amor. Un anciano de Inglaterra vivía en nuestra calle. Lo llamábamos "Old Bob", pero su nombre era Robert Dick. Viudo y empobrecido, vivía solo en una pequeña casa vieja de adobe. Le llegó la noticia de que la casa iba a ser demolida. Esto fue devastador para él. No tenía adónde ir; no tenía familia a la que recurrir. Cruzó la calle, se sentó en el viejo columpio del porche con mi abuelo y le contó su lamento. Luego le dijo a mi abuelo: "Sr. Condie, usted tiene una casa vieja al lado de su casa, y esa casa vieja no está ocupada. Me costará casi todo lo que tengo, pero ¿podría, por favor, alquilar una parte de esa casa?" Estaba sentado en el columpio. Creo que no tenía más de ocho o nueve años, pero estaba escuchando como lo hacen los niños. Recuerdo a mi abuelo tomando la mano de "Old Bob" y diciendo: "Sr. Dick, mueva sus cosas a esa casa mía al lado, y no le costará un centavo. Puede quedarse allí el tiempo que desee. Y recuerde, nadie lo va a echar." Estaba tan orgulloso de mi abuelo y su generosidad mientras aprendía de esa conversación una lección de amor.

"Old Bob" vivió en esa casa hasta el día que murió. Todos los domingos por la tarde, cuando mamá servía la cena dominical, antes de que nos sentáramos a la mesa, preparaba un

plato, ponía un papel encerado sobre él, me lo daba y decía: "Lleva esta comida a 'Old Bob' y luego regresa rápido para la cena." Corría por la calle hacia esa vieja casa, entraba a la sala oscura donde estaba la lámpara de queroseno, y le daba a "Old Bob" el plato lleno. Él sonreía e intentaba ofrecerme una moneda, pero mi madre me había dicho: "Si te ofrece dinero, dile 'Gracias, la cena no está en venta.'" Luego me entregaba el plato que había llevado la semana anterior, todo lavado y pulido, y me ponía el brazo alrededor y decía: "Dile a tu madre 'Gracias.'" Mientras corría de vuelta a la calle, hambriento como un niño puede estar, corría a la casa y le decía a mamá, "'Old Bob' dice 'Gracias.'" No sabía entonces por qué los ojos de mamá brillaban y por qué estaba inusualmente callada cuando le traía ese mensaje, pero ahora lo sé—porque mamá había aprendido amor. Y yo, a través de esa experiencia, aprendí amor.

Punto tres: elegir a Cristo. Las batallas no se ganan en un día. A veces se ganan solo en una vida de servicio y actividad.

Recuerdo a un oficial del seminario en Olympus High School en Salt Lake City, un joven llamado Edward Engh. Estaba discapacitado y estaba confinado a una silla de ruedas. Cuando nuestra hija, que era oficial del seminario, trajo a los oficiales a nuestra casa, Ed estaba presente. Pasamos un tiempo encantador con el grupo esa noche. Luego este niño, en una situación tan difícil, se volvió hacia mí y dijo: "Hermano Monson, usted está en el Comité Misionero de la Iglesia, ¿verdad?" Dije que sí. Él dijo: "Hermano Monson, toda mi vida he querido ser misionero. ¿Puedo tener esa oportunidad?" Y mientras lo miraba, no veía manera. Lo consolé en privado y le dije: "Ed, puedes ser misionero aquí en casa, pero creo que sería difícil para ti ser misionero en otro lugar." Luego dije: "¿Has pensado en una misión de estaca? ¿Lo considerarías?"

Fue llamado a una misión de estaca y dio un buen informe de sí mismo. Pero quería ser un misionero de tiempo completo; quería servir como otros jóvenes, tener una despedida, conseguir un nuevo juego de escrituras, ir al Centro de Capacitación Misional y luego llegar a un campo de labor. Finalmente, después de unos cuatro largos años, llegó su día de gloria; y gracias a la amabilidad de un presidente de misión en particular que lo conocía, y gracias a la amabilidad de un personal misionero que lo quería, y gracias a la fe de una madre y un padre que lo amaban, y gracias al valor de un niño que honraba al padre y honraba a la madre y que honraba al Señor, Edward Engh recibió su llamamiento misional a la Misión Canadá Vancouver. Me gustaría compartir con ustedes una carta que su presidente de misión me escribió:

"Querido Elder Monson, me sentí impresionado de escribirle sobre el progreso de este gran élder. El élder Engh ya se ha convertido en una leyenda en la misión. Ha establecido un estándar de fe y dedicación en el poco tiempo que ha estado aquí. Está sirviendo en la oficina de la misión como registrador. Pasó sus discusiones en tiempo récord, y él y su compañero ya han bautizado y lideran su distrito en enseñanza. El trabajo misional parece estar de acuerdo con él. Está en buena salud. Lo estamos vigilando cuidadosamente en cuanto a descanso y dieta, pero no ha requerido atención adicional. Tiene un gran y amoroso compañero. Estos dos élderes verdaderamente tienen un amor cristiano el uno por el otro, lo cual se demostró cuando el élder Engh llegó y expresó cierta preocupación por uno de los temas de la misión, 'Alarga tu paso.' El élder Engh dijo a su compañero, '¿Cómo puedo alargar mi paso? ¡No puedo ni caminar!' Su compañero respondió, 'Está bien, élder Engh, solo tendremos que conseguirte ruedas más grandes.'

"El élder Engh es una gran inspiración para todos nosotros. En una conferencia reciente les dijo a los otros misioneros, 'No me atrevo a quejarme de mi condición, mi entorno, mi compañero, la lluvia o cualquier otra cosa. Verán, oré día y noche para ser llamado a una misión, y el Señor respondió mi oración. Y ahora estoy aquí y no haría nada para decepcionar al Señor.'"

¿Puedo sugerir cómo podemos encontrar fe, aprender amor y elegir a Cristo? Cuando reconozcamos el pecado, evitémoslo. Cuando cometamos un error, admitámoslo. Cuando recibamos un regalo, compartámoslo. Cuando disfrutemos de la libertad, protejámosla. Cuando tengamos la verdad, vivámosla. Cuando tengamos un deber, cumplámoslo. Entonces la gloria eterna será nuestra.

Fue Napoleón quien dijo de sus tropas, "Siempre os he encontrado en el camino hacia la gloria." Rezo para que nuestro Padre Celestial siempre nos encuentre no solo en el camino hacia la gloria, sino en el camino hacia la vida eterna, incluso el más alto grado de gloria en el reino celestial de nuestro Padre.

Fórmula para el Éxito

Durante el meridiano del tiempo, el apóstol Pedro declaró: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable." (1 Pedro 2:9.) Este es el destino de cada Santo de los Últimos Días si él o ella vive para el cumplimiento de ese destino.

Cuando el Salvador estuvo en la tierra, enseñó usando parábolas. Recordemos la parábola de las vírgenes prudentes e insensatas, quienes fueron instruidas para llenar sus preciosas lámparas con aceite, y recordaremos que cinco se prepararon adecuadamente y cinco no. Luego llegó el día en que apareció el novio, y no había aceite adicional para llenar las lámparas de las que no estaban preparadas. ¿Recuerdan la reprimenda del Maestro en esa ocasión? "De cierto os digo, que no os conozco." (Mateo 25:12.) Una gran lección de preparación.

Recordamos también la parábola de los talentos. A uno se le dieron cinco talentos, a otro cuatro, tres, dos, y así sucesivamente. Qué complacido estaba el amo con aquellos individuos que habían multiplicado sus talentos y los habían puesto en buen uso. Qué infeliz estaba con la persona que solo tenía un talento y que, por temor a perderlo, lo enterró en el suelo. Sabemos sus palabras: "Echad al siervo inútil en las tinieblas de afuera." (Mateo 25:30.)

Y recordamos la parábola de la higuera. La higuera tenía hojas, pero no producía fruto; y se le ordenó que nunca más produjera. Recuerden la particular reprimenda: "Nunca jamás nazca de ti fruto." Luego vino la respuesta de los que observaron el cumplimiento de este mandato: "¡Cómo se ha secado enseguida la higuera!" (Mateo 21:19-20.)

De esas parábolas, me gustaría sugerir que si realmente vamos a ser una generación escogida, un sacerdocio real, tenemos la responsabilidad de estar preparados, ser productivos, ser fieles y también ser fructíferos. Lo que necesitamos, mientras viajamos por este período conocido como la mortalidad, es una brújula para trazar nuestro curso, un mapa para guiar nuestros pasos y un patrón para moldear y formar nuestras propias vidas. Permítanme compartir con ustedes una fórmula que, en mi juicio, los ayudará a ustedes y a mí a viajar bien a través de la mortalidad y hacia esa gran recompensa de la exaltación en el reino celestial de nuestro Padre Celestial.

Primero, llena tu mente con la verdad; segundo, llena tu vida con servicio; y tercero, llena tu corazón con amor.

Hablemos de cada una de las partes de la fórmula y veamos si cada una no encuentra alojamiento dentro del corazón humano. Primero, llena tu mente con la verdad. Me gustaría sugerir que cuando buscamos la verdad, buscamos entre esos libros y en esos lugares donde es más probable que se encuentre la verdad. A menudo he citado un simple pareado: "No encuentras la verdad arrastrándote por el error. Encuentras la verdad buscando la santa palabra de Dios." Hay quienes buscan dirección e inspiración en las filosofías del hombre. Allí se puede encontrar un atisbo de verdad, pero no todo el espectro. A veces, la verdad de tales filosofías se basa en una fundación superficial.

Pienso en la historia del mono que estaba en una jaula situada cerca de la ruta de vuelo de un gran aeropuerto. El mono se aterrorizaba inicialmente cuando un avión volaba sobre él, y en su miedo sacudía las barras de su jaula. Pronto se dio cuenta de que al sacudir las barras de su jaula, el avión se alejaba, y estaría seguro. El mono sin duda sintió que el sacudir las barras de la jaula causaba que el avión, por miedo a él, pasara de largo y lo dejara solo. Por supuesto, el sacudir las barras de la jaula no tenía nada que ver con la partida del avión, y así es con algunas de las filosofías del hombre. Necesitamos volvernos hacia la verdad de Dios.

Me gustan las palabras de Louisa May Alcott, autora de ese clásico eterno *Mujercitas*, quien escribió:

No pido ninguna corona
sino la que todos pueden ganar;
ni trato de conquistar ningún mundo
excepto el que está dentro.

Tú y yo tenemos la responsabilidad de aprender la palabra de Dios, entender la palabra de Dios y luego vivir Su palabra. Al hacerlo, descubriremos que hemos aprendido y aceptado la verdad. El profeta José Smith dio un consejo directo. Dijo simplemente, "Cuando descubro lo que Dios quiere que haga, lo hago."

David M. Kennedy, representante especial de la Primera Presidencia, hizo una declaración significativa cuando fue llamado a ser el Secretario del Tesoro de los Estados Unidos. En una entrevista con la prensa, un reportero le preguntó si creía en la oración. Respondió con valentía, "Creo en la oración, y rezo," enseñando al mundo entero que la verdad puede venir cuando uno busca ayuda de su Padre Celestial.

Este es un día en el que el tiempo es precioso. Este es un momento en el que no podemos permitirnos no estar comprometidos en una búsqueda sincera de la verdad. Que llenemos nuestras mentes con la verdad.

La segunda parte de la fórmula es: Llena tu vida con servicio. Del Libro de Mormón aprendemos, "Cuando os halláis al servicio de vuestros semejantes, solo estáis al servicio de vuestro Dios." (Mosíah 2:17.) Los misioneros en particular tienen una maravillosa oportunidad de dar su tiempo completo en compartir con todo el mundo ese valioso bien, un testimonio del evangelio. A los misioneros les declaro que han sido llamados por Dios por profecía y son comisionados divinamente y enviados en su sagrada misión.

Durante varios años tuve la oportunidad de servir como miembro del Comité Ejecutivo Misionero y de beneficiarme del liderazgo del presidente Spencer W. Kimball, quien era presidente del comité. En una ocasión recuerdo haber leído los detalles sobre un candidato misionero en particular, y el presidente Kimball indicó que el joven iría, creo, a Londres, Inglaterra. Luego dijo, "No. Eso no es correcto. Envía al joven a la Misión Copenhague, Dinamarca." Miré en el formulario y noté que había pasado por alto leer una declaración muy importante del presidente de estaca. Dije, "Presidente Kimball, ¿ha visto antes este formulario en particular?" "No," respondió. "Mire lo que ha escrito el presidente de estaca," continué. "'El abuelo de este candidato misionero es un inmigrante de la tierra de Dinamarca. Es nuestro patriarca de estaca. Al candidato misionero se le prometió en su bendición patriarcal que si vivía fiel y verdaderamente, regresaría a la tierra de sus antepasados, para que pudiera predicar el evangelio en esa tierra en

particular.'" El presidente Kimball asintió con aprobación y dijo, "La voluntad del Señor se ha hecho hoy."

Los misioneros deben avanzar sabiendo que están al servicio de Dios, que van a compartir ese bien más preciado, sus testimonios. Recuerden, un testimonio es perecedero. Lo que guardas egoístamente, lo pierdes; lo que compartes voluntariamente, lo mantienes. Todos nos beneficiamos cuando recordamos magnificar nuestros llamamientos.

Muchos de nosotros recordamos a un amado Autoridad General, ahora fallecido, incluso William J. Critchlow. Particularmente, yo era muy aficionado a él. Tuve la oportunidad de acompañarlo a él y a la hermana Critchlow a varias conferencias de estaca cuando servía en varios comités del sacerdocio. El hermano Critchlow relató a una conferencia una simple historia que me enseñó una lección inolvidable sobre cumplir con el deber, sobre prestar servicio a los semejantes. Era un cuento de hadas, pero tenía el anillo de una verdad profunda.

La historia trataba de un joven llamado Rupert, que vivía en las altas montañas. Su vocación era muy humilde: cuidaba de las ovejas y cabras que pertenecían al pequeño rebaño que tenía su abuela. Los padres de Rupert habían fallecido. Cada mañana, Rupert llevaba las ovejas y cabras a los pastos de la montaña, las vigilaba durante todo el día y, quizás a mitad del día, las llevaba al pequeño arroyo donde obtenían suficiente agua; luego, por la tarde, las traía de vuelta a casa. Un día, un mensajero pasó por todas las pequeñas aldeas, incluida la de Rupert, y publicó un boletín en un gran árbol de cada aldea, un boletín que indicaba que la esmeralda preciosa del rey del país se había perdido. El rey había estado cabalgando y la esmeralda se había desprendido de la cadena que la sujetaba alrededor de su cuello y se había

perdido. Se ofrecía una recompensa fabulosa a quien pudiera recuperar la esmeralda del rey.

Rupert le dijo a su abuela, "Voy a buscar la esmeralda del rey, porque sé que si pudiera encontrarla y obtuviera la recompensa, podrías vivir con más comodidad de la que podemos proporcionar a través del pequeño rebaño de ovejas y cabras que cuido." Su abuela le dijo, "No, Rupert. Si te vas en busca de la esmeralda del rey, ¿quién cuidará de las ovejas y quién cuidará de las cabras?" Y luego le aconsejó que siguiera con su trabajo diario.

Rupert siguió el consejo de su abuela. Llevó las ovejas y cabras al pasto de la montaña, como lo había hecho todos los días. Luego, a medida que el día se calentaba, las llevó a un arroyo amigable. Allí, como hacen los niños, se tumbó boca abajo para beber el agua fresca y clara. Mientras lo hacía, notó algo que brillaba en el arroyo. Pensó por un momento, "¿Podría ser?" y sumergió su mano en el arroyo, sacando la esmeralda del rey. Apretándola con fuerza, corrió todo el camino a casa de su abuela y dijo, "Abuela, ¡he encontrado la esmeralda del rey! ¡He encontrado la esmeralda del rey!" Luego le explicó, "Quizás cuando el caballo del rey saltó el arroyo, la esmeralda se cayó de la cadena que la sujetaba alrededor del cuello del rey, pero ahora la tengo en mis manos, y la recompensa será tuya." Su abuela lo tomó a un lado y le dijo, "Recuerda, mi niño, que nunca habrías encontrado la esmeralda del rey si no hubieras estado cumpliendo con tu deber."

Haz tu deber; eso es lo mejor. Deja al Señor el resto.

La tercera parte de la fórmula es: Llena tu corazón con amor. Recuerdo haber visto en la televisión un juego de béisbol muy emocionante entre equipos igualados. Uno de los equipos

tenía uno de los mejores bateadores de jonrones de todos los tiempos. Después del juego, un reportero lo entrevistó. No habló mucho sobre jonrones ni carreras impulsadas. Habló sobre su padre. El jugador de béisbol era Hank Aaron. No tenía muchas posesiones materiales cuando era un niño, pero amaba el béisbol. Consistía en su vida. Dijo que él y su padre solían sentarse en un coche viejo y abandonado que estaba en la parte trasera de su lote y hablar durante horas y horas. Un día, Hank le dijo a su padre, "Voy a dejar la escuela, papá. Voy a trabajar para poder jugar béisbol." Y Herbert Aaron le dijo a su hijo, "Hijo mío, dejé la escuela porque tuve que hacerlo, pero tú no vas a dejar la escuela. Cada mañana de tu joven vida he puesto cincuenta centavos en la mesa, para que puedas comprar tu almuerzo ese día. Y yo llevo veinticinco centavos conmigo, para comprar mi almuerzo. Tu educación significa más para mí que mi almuerzo. Quiero que tengas lo que yo nunca tuve." Hank Aaron dijo que cada vez que pensaba en esa moneda de cincuenta centavos que su padre ponía en la mesa todos los días, pensaba en cuánto significaban esos cincuenta centavos para su padre. Le transmitía cuánto significaba su educación para su padre. Hank Aaron dijo, "Nunca tuve demasiada dificultad para quedarme en la escuela cuando reflexionaba sobre el amor que mi padre tenía por mí. Como resultado de reflexionar sobre el amor de mi padre, obtuve mi educación y jugué mucho béisbol." Eso fue decirlo modestamente por parte del mayor amenazador de jonrones que jamás se haya acercado a un campo de béisbol, Henry Aaron.

Pasemos de Hank Aaron a un comunicado de prensa de United Press International que leí hace un tiempo en Los Ángeles: "Un padre ciego rescató a su pequeña hija de ahogarse en la nueva piscina que se había instalado en el vecindario." Luego, la historia continuó describiendo cómo se había logrado esto. El

padre ciego había escuchado un chapoteo cuando su pequeña hija, que no sabía nadar, cayó en la piscina. Estaba frenético y se preguntaba cómo podría ayudarla. Era de noche, y ella era la única en la piscina. Se puso de rodillas y manos y gateó alrededor del lado de la piscina y escuchó las burbujas de aire que salían de la niña, ya que estaba en el proceso de ahogarse. Luego, con un sentido de oído agudo, siguió cuidadosamente el sonido de esas burbujas de aire y, en un intento desesperado, con amor en su corazón y una oración en su alma, saltó a la piscina, agarró a su preciosa hija y la llevó al borde y a salvo. El amor provoca tales milagros.

Cuando pienso en el amor, pienso en Abraham Lincoln, uno de los grandes presidentes de los Estados Unidos. También fue uno de nuestros mejores escritores y oradores. Creo que nunca he leído palabras que mejor describan el amor que un hombre puede tener por los demás que el amor que describió al escribir una carta a una madre que había perdido a todos sus hijos en la Guerra Civil. Se conoce como la Carta de Lydia Bixby. Note cuidadosamente las palabras de Abraham Lincoln y vea si no siente en su corazón el amor que lo llenaba:

"Querida Señora:

"Me han mostrado, en los archivos del Departamento de Guerra, una declaración del Ayudante General de Massachusetts que usted es la madre de cinco hijos que murieron gloriosamente en el campo de batalla.

"Siento cuán débiles e inútiles deben ser mis palabras que intenten apartarla del dolor de una pérdida tan abrumadora, pero no puedo abstenerme de ofrecerle el consuelo que se puede encontrar en el agradecimiento de la república que ellos murieron para salvar.

"Rezo para que nuestro Padre Celestial mitigue la angustia de su duelo y le deje solo el recuerdo querido de los amados y perdidos y el orgullo solemne que debe ser suyo al haber puesto tan costoso sacrificio en el altar de la libertad.

Sinceramente y respetuosamente suyo,

A. Lincoln"

En nuestras reuniones sacramentales frecuentemente cantamos el himno...

Me asombro de su amor por mí,
Confundido al ver la gracia que ofrece.
Tiemblo al saber que por mí él fue crucificado,
Que por mí, un pecador, él sufrió, sangró y murió.
Pienso en sus manos traspasadas y sangrantes, pagando la deuda.
¿Podré olvidar tal misericordia, tal amor y devoción?
No, no, alabaré y adoraré en el asiento de la misericordia,
Hasta que en el trono glorificado me arrodille a sus pies.

Me asombro del amor que Jesús me ofrece y del amor que Jesús te ofrece. Pienso en el amor que brindó en Getsemaní. Pienso en el amor que brindó en el desierto. Pienso en el amor que brindó en la tumba de Lázaro; en el amor que demostró en la colina del Gólgota, en la tumba abierta, y, sí, cuando apareció en ese Bosque Sagrado con Su Padre y pronunció esas memorables palabras a José Smith. Agradezco a Dios por Su amor al compartir a Su Unigénito en la carne, incluso Jesucristo, para ti y para mí. Agradezco al Señor por el amor que demostró al dar Su vida, para que podamos tener vida eterna.

Jesús es más que un maestro. Jesús es el Salvador del mundo. Él es el Redentor de toda la humanidad. Él es el Hijo de

Dios. Él mostró el camino. Recordarán que Jesús llenó su mente con verdad, y Jesús llenó su vida con servicio, y Jesús llenó su corazón con amor. Cuando seguimos ese ejemplo, nunca escucharemos esas palabras de reproche que vinieron de las parábolas. Nunca descubriremos que nuestras lámparas están vacías. Nunca determinaremos que hemos sido encontrados improductivos en el reino de Dios. Más bien, cuando tú y yo seguimos cuidadosamente las partes de esta fórmula y literalmente llenamos nuestras mentes con verdad, llenamos nuestras vidas con servicio y llenamos nuestros corazones con amor, podemos calificar para escuchar un día esa declaración de nuestro Salvador, "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor." (Mateo 25:21.)

Mi oración es que podamos conducirnos de manera que merezcamos ese aplauso de nuestro Señor y Salvador. Rezo para que cada uno de nosotros viva de tal manera que pueda calificar para la bendición del Señor cuando declaró: "Yo, el Señor, soy misericordioso y clemente con los que me temen, y me deleito en honrar a los que me sirven en justicia y en verdad hasta el fin. Grande será su recompensa y eterno será su gloria." (D&C 76:5-6.)

El Camino del Señor

Salt Lake City es un lugar de peregrinación para turistas de todas partes del mundo. Miles acuden a las hermosas pistas de esquí de Alta, Brighton, Park City y Snowbird cada invierno. Cada verano, los cañones de los Parques Nacionales de Bryce y Zion reciben a miles más. Una atracción para todas las estaciones es la Plaza del Templo, con su histórico tabernáculo, su elevado y espigado templo y el hermoso centro de visitantes, que ofrece una bienvenida amistosa a todos.

Situada algo fuera de los caminos más concurridos, alejada de la multitud, se encuentra otra plaza famosa. Aquí, de manera tranquila, motivados por un amor cristiano, trabajadores ancianos y discapacitados se sirven unos a otros según el plan divino del Maestro. Hablo de la Plaza de Bienestar, a veces conocida como la Tienda del Obispo. En este lugar central y en numerosos otros sitios en todo el mundo, se enlatan frutas y verduras, y se procesan, etiquetan, almacenan y distribuyen productos a las personas necesitadas. No hay señales de asistencia gubernamental ni intercambio de moneda aquí, ya que solo se honra la orden firmada por un obispo ordenado.

Los periodistas se maravillan de este plan de bienestar único y escriben elogiosamente sobre un pueblo que se enorgullece justificadamente de la independencia de cuidar a los suyos. Con mayor frecuencia, el visitante curioso y gratamente sorprendido hace tres preguntas fundamentales: (1) ¿Cómo

opera este plan? (2) ¿Cómo se financia? (3) ¿Qué motiva tal devoción por parte de cada trabajador?

A lo largo de los años, ha sido mi agradable oportunidad proporcionar respuestas a estas preguntas sinceramente formuladas. A la pregunta "¿Cómo opera este plan?" suelo responder mencionando que tuve el privilegio, durante el período de 1950 a 1955, de presidir como obispo sobre mil miembros de la Iglesia, situados en el centro de Salt Lake City. En la congregación había ochenta y seis viudas y quizás cuarenta familias que en diferentes momentos y en cierta medida necesitaban asistencia de bienestar. Cada año, junto con miles de otros obispos, preparaba un presupuesto de requisitos de productos estimando las necesidades de nuestra gente para el año siguiente. Todos esos presupuestos eran revisados y compilados cuidadosamente y se asignaban tareas específicas a unidades de la Iglesia, para que se satisfacieran las necesidades de los necesitados.

En una unidad eclesiástica, los miembros de la Iglesia producían carne de res, en otra naranjas, en otra verduras o trigo, e incluso una variedad de productos básicos, para que los almacenes estuvieran llenos y los ancianos y necesitados fueran abastecidos. El Señor proporcionó el camino cuando declaró: "Y la tienda será mantenida por las consagraciones de la iglesia; y las viudas y los huérfanos serán provistos, así como los pobres." (D&C 83:6.) Luego el recordatorio, "Pero debe hacerse a mi manera." (D&C 104:16.)

En la vecindad donde vivía y servía, operábamos un proyecto avícola. La mayor parte del tiempo era un proyecto operado eficientemente que suministraba al almacén miles de docenas de huevos frescos y cientos de libras de aves de corral

despresadas. Sin embargo, en algunas ocasiones, la experiencia de ser granjeros urbanos voluntarios no solo proporcionó ampollas en las manos, sino también frustración de corazón y mente. Por ejemplo, siempre recordaré el momento en que reunimos a los jóvenes del Sacerdocio Aarónico para realmente darle un tratamiento de limpieza de primavera al proyecto avícola. Nuestra entusiasta y enérgica multitud se reunió en el proyecto y, de manera rápida, desarraigó, reunió y quemó grandes cantidades de maleza y escombros. A la luz de las hogueras, comimos hot dogs y nos felicitamos por un trabajo bien hecho. El proyecto ahora estaba limpio y ordenado. Sin embargo, había un problema desastroso. El ruido y las hogueras habían perturbado tanto a la frágil y temperamental población de cinco mil gallinas ponedoras que la mayoría de ellas entraron en una muda repentina y dejaron de poner huevos. Desde entonces, toleramos algunas malezas para producir más huevos.

Ningún miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días que haya enlatado guisantes, desgranado remolachas, acarreado heno o paleado carbón en tal causa, olvida o lamenta la experiencia de ayudar a proveer para los necesitados. Hombres y mujeres dedicados ayudan a operar este vasto y inspirado programa. En realidad, el plan nunca tendría éxito solo con esfuerzo, ya que este programa opera por medio de la fe, según el camino del Señor.

En respuesta a la segunda pregunta, "¿Cómo se financia su plan de bienestar?", solo es necesario describir el principio de la ofrenda de ayuno. El profeta Isaías describió el verdadero ayuno al preguntar: "¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu carne?

"Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia.

"Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí. . . .

"Y Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, . . . y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan." (Isaías 58:7-9, 11.)

Guiados por este principio, en un plan delineado y enseñado por profetas de Dios inspirados, los Santos de los Últimos Días ayunan un día cada mes y contribuyen generosamente a un fondo de ofrendas de ayuno al menos el equivalente a las comidas sacrificadas y, a menudo, muchas veces más. Tales ofrendas sagradas financian la operación de los almacenes, suministran las necesidades de efectivo de los pobres y proporcionan atención médica a los enfermos que no tienen fondos.

En muchas áreas, las ofrendas son recolectadas cada mes por los niños que son diáconos, mientras visitan cada hogar de los miembros, generalmente muy temprano en el día de reposo. Recuerdo que los niños de la congregación que presidía se habían reunido una mañana, con los ojos somnolientos, un poco desaliñados y quejándose levemente por levantarse tan temprano para cumplir con su asignación. No se pronunció una palabra de reproche, pero durante la semana siguiente, acompañamos a los niños a la Plaza de Bienestar para una visita guiada. Vieron de primera mano a una persona coja operando la centralita telefónica, a un hombre mayor abasteciendo estantes, a mujeres arreglando ropa para ser distribuida, e incluso a una persona ciega colocando etiquetas en latas. Aquí estaban

individuos ganándose el sustento mediante su trabajo contribuido. Un silencio penetrante invadió a los niños al presenciar cómo sus esfuerzos cada mes ayudaban a recolectar los fondos sagrados de ofrendas de ayuno que ayudaban a los necesitados y proporcionaban empleo a aquellos que de otro modo estarían ociosos.

Desde ese día sagrado en adelante, no fue necesario instar a nuestros diáconos. En las mañanas de domingo de ayuno estaban presentes a las siete en punto, vestidos con sus mejores ropas de domingo, ansiosos por cumplir con su deber como poseedores del Sacerdocio Aarónico. Ya no solo distribuían y recolectaban sobres. Estaban ayudando a proporcionar comida para los hambrientos y refugio para los desamparados, todo según el camino del Señor. Sus sonrisas eran más frecuentes, su paso más ágil, sus mismas almas más apaciguadas. Quizás ahora marchaban al ritmo de un tambor diferente; quizás ahora comprendían mejor el pasaje clásico: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis." (Mateo 25:40.)

A la tercera y última pregunta, "¿Qué motiva tal devoción por parte de cada trabajador?", la respuesta puede expresarse simplemente: un testimonio individual del evangelio del Señor Jesucristo, incluso un sincero deseo de amar al Señor con todo el corazón, mente y alma, y al prójimo como a uno mismo.

Esto es lo que motivó a un amigo personal que estaba en el negocio de productos agrícolas a llamarme durante esos días como obispo y decir: "Estoy enviando al almacén un camión semirremolque lleno de cítricos para aquellos que de otro modo se quedarían sin ellos. Avise a la administración del almacén que el camión está en camino, y no habrá cargo; pero Obispo, nadie

debe saber quién lo envió." Raramente he visto la alegría y el agradecimiento que este generoso acto trajo. Nunca he cuestionado la recompensa eterna a la que ha llegado ahora ese benefactor anónimo, desde entonces fallecido.

Tales actos de bondad y generosidad no son una rareza, sino que se encuentran con frecuencia. Situada bajo la transitada autopista que rodea Salt Lake City, se encuentra la casa de un hombre soltero de sesenta años que, debido a una enfermedad debilitante, nunca ha conocido un día sin dolor ni muchos días sin soledad. Un día de invierno, mientras lo visitaba, fue lento en responder al timbre de la puerta. Entré a su bien cuidado hogar; la temperatura en todas las habitaciones, excepto una, la cocina, era de cuarenta grados. La razón: insuficiente dinero para calentar cualquier otra habitación. Las paredes necesitaban empapelado, el techo debía ser bajado, los armarios debían ser llenados.

Perturbado por la experiencia de visitar a mi amigo, consulté a un obispo y se produjo un milagro de amor, impulsado por el testimonio. Los miembros del barrio fueron organizados y comenzó la labor de amor. Un mes después, mi amigo, Lou, llamó y preguntó si podía ir a ver lo que le había sucedido. Fui, y en verdad contemplé un milagro. Las aceras, que habían sido levantadas por los álamos, habían sido reemplazadas, el porche de la casa reconstruido, una nueva puerta con herrajes relucientes instalada, los techos bajados, las paredes empapeladas, la carpintería pintada, el techo reemplazado y los armarios llenos. Ya no era el hogar frío e inhóspito. Ahora parecía susurrar una cálida bienvenida. Lou guardó hasta el final mostrarme su orgullo y alegría: allí en su cama había una hermosa colcha a cuadros con el escudo de su clan familiar escocés. Había sido hecha con amor por las mujeres de la

Sociedad de Socorro. Antes de irme, descubrí que cada semana los Jóvenes Adultos llevarían una cena caliente y compartirían una noche de hogar. El calor había reemplazado al frío; las reparaciones habían transformado el desgaste de los años; pero más significativamente, la esperanza había disipado la desesperación y ahora reinaba el amor triunfante.

Todos los que participaron en este conmovedor drama de la vida real habían descubierto una nueva y personal apreciación de la enseñanza del Maestro, "Más bienaventurado es dar que recibir." (Hechos 20:35.)

El plan de bienestar de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días está inspirado por el Dios Todopoderoso. De hecho, el Señor Jesucristo es su arquitecto. A todos se les extiende una sincera invitación: Vengan a Salt Lake City y visiten la Plaza de Bienestar. Sus ojos brillarán un poco más, su corazón latirá un poco más rápido y la vida misma adquirirá un nuevo significado.

El Espíritu de la Navidad

La Navidad, por más antigua que sea, siempre es nueva. La temporada navideña puede ser verdaderamente significativa si así lo permitimos. Una Navidad, mi pequeño hijo se paró frente a la chimenea y recitó lo que él pensaba que era un poema nuevo. Dijo: "Papá, he aprendido un nuevo poema y me gustaría enseñártelo. Sé que te gustará." El poema que luego recitó comenzaba: "'Era la noche antes de Navidad, cuando en toda la casa, / No se movía ni una criatura, ni siquiera un ratón'." (Clement C. Moore, "Una visita de San Nicolás.") Y siguió adelante. Dijo: "¿No es un poema maravilloso, papá?" Tuve la oportunidad de decirle que era un poema maravilloso, porque casi todo lo que asocio con la Navidad es importante para mí.

En una ocasión tuve el privilegio de llevar a mi familia al centro de la ciudad cuando Santa Claus hizo su aparición. Fue interesante; se reunieron multitudes. Una niña en particular que noté había estado parada en la acera durante lo que parecían ser muchos minutos, esperando este gran evento. Justo cuando Santa Claus iba a hacer su entrada, grandes multitudes de personas se agolparon frente a ella, y comenzó a llorar.

Un hombre de un metro noventa y tres que estaba a su lado le preguntó: "¿Qué te pasa, querida?" Ella dijo: "He estado esperando para ver a Santa, y ahora no puedo verlo." El hombre la levantó y la puso sobre sus hombros, proporcionándole una vista privilegiada. Cuando Santa Claus pasó, ella agitó su pequeña mano hacia él, y él le sonrió y le devolvió el saludo a ella y a todos

los demás en la multitud. La niña agarró el cabello de ese gran hombre y exclamó: "¡Me vio! ¡Me vio y me sonrió! ¡Estoy tan contenta de que sea Navidad!" Esa niña tenía el espíritu de la Navidad.

Pensé en otro niño que, en diferentes circunstancias, tenía el espíritu de la Navidad. Como un joven élder, fui con un compañero al antiguo Hospital Infantil Primario en North Temple Street para proporcionar bendiciones a los niños enfermos. Al entrar por la puerta, notamos el árbol de Navidad con sus luces brillantes y amigables. Vimos paquetes cuidadosamente envueltos debajo de sus ramas extendidas. Luego recorrimos los pasillos donde pequeños niños y niñas, algunos con un vendaje en un brazo, otros con un yeso en una pierna, otros con dolencias que quizás no se podían curar tan fácilmente, cada uno tenía una sonrisa en su rostro.

Me acerqué a la cama de un niño pequeño, y él dijo: "¿Cuál es tu nombre?" Le dije. Él dijo: "¿Me darás una bendición?" Se proporcionó la bendición; y cuando nos alejábamos de su cama, él dijo: "Gracias."

Caminamos unos pasos y luego escuché su pequeño llamado: "Hermano Monson." Me giré. Él dijo: "Feliz Navidad para ti." Y una gran sonrisa iluminó su rostro. Ese niño tenía el espíritu de la Navidad al igual que la niña en el centro de Salt Lake City.

Este espíritu de la Navidad es algo que espero que cada uno de nosotros tenga en su corazón y en su vida, no solo en esta temporada en particular, sino durante todo el año.

Una vez tuve el privilegio de ir a Atlanta, Georgia, y ver la iglesia donde Peter Marshall presidía. Pensé en su declaración y

su exhortación cuando habló al pueblo y suplicó: "No gastemos la Navidad y no observemos la Navidad, necesariamente, sino que mantengamos la Navidad en nuestros corazones y en nuestras vidas." Esta sería mi súplica hoy, porque cuando mantenemos el espíritu de la Navidad, mantenemos el espíritu de Cristo, porque el espíritu de la Navidad es el espíritu de Cristo.

Alguien que tuvo una visión clara del espíritu de la Navidad escribió:

"Soy el Espíritu de la Navidad. Entro en el hogar de la pobreza y hago que los niños de rostro pálido abran bien los ojos con asombro complacido. Hago que el avaro suelte su mano cerrada, pintando así un punto brillante en su alma.

"Hago que los ancianos recuerden su juventud y rían a la antigua manera alegre. Traigo romance a la infancia y ilumino los sueños tejidos con magia.

"Hago que pies ansiosos suban escaleras oscuras con cestas llenas, dejando atrás corazones asombrados por la bondad del mundo.

"Hago que el pródigo se detenga en su camino salvaje y derrochador y envíe a un amor ansioso algún pequeño regalo que libere lágrimas de alegría, borrando las líneas duras de la tristeza.

"Entro en celdas de prisión oscuras, haciendo que la masculinidad marcada recuerde lo que podría haber sido y señalando días mejores por venir.

"Entro en el hogar silencioso y blanco del dolor, y allí labios demasiado débiles para hablar solo tiemblan en gratitud silenciosa y elocuente.

"De mil maneras hago que este viejo mundo cansado mire hacia el rostro de Dios y por unos minutos olvide todo lo que es pequeño y miserable. Verás, soy el Espíritu de la Navidad." (Autor Desconocido.)

Este es el espíritu que ruego que tengamos, porque cuando tenemos el espíritu de la Navidad, recordamos a Aquel cuyo nacimiento conmemoramos en esta temporada del año. Recordamos ese primer día de Navidad, un día que fue profetizado por los profetas de antaño. Tú, conmigo, recordamos las palabras de Isaías, cuando dijo: "He aquí, una virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel." (Isaías 7:14.) Una vez más Isaías declaró: "Porque un niño nos es nacido, . . . y su nombre será . . . Príncipe de Paz." (Isaías 9:6.)

En el continente americano, los profetas dijeron: "El tiempo viene, y no está muy lejano, que con poder, el Señor Omnipotente . . . habitará en un tabernáculo de barro. . . . Y he aquí, él sufrirá tentaciones, y dolor. . . . Y será llamado Jesucristo, el Hijo de Dios." (Mosíah 3:5, 7-8.)

Luego vino esa noche de noches cuando los pastores estaban en los campos y el ángel del Señor se les apareció, anunciando: "No temáis, porque he aquí os doy nuevas de gran gozo. . . . Porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor." (Lucas 2:10-11.) Los pastores fueron apresuradamente al pesebre para honrar a Cristo el Señor. Los sabios viajaron desde el Este a Jerusalén, diciendo: "¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? porque hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo. . . . Cuando vieron la estrella, se regocijaron con gran gozo. Y al entrar en la casa, vieron al niño con María su madre, y postrándose, lo

adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra." (Mateo 2:2, 10-11.)

Desde ese tiempo, el espíritu de dar regalos ha estado presente en la mente de cada cristiano mientras conmemora la temporada navideña. Me pregunto si podríamos aprovechar hoy para preguntarnos: "¿Qué regalo querría Dios que le diera a Él o a los demás en esta preciada temporada del año?"

Siento que podría responder a esa pregunta y declarar con toda solemnidad que nuestro Padre Celestial querría que cada uno de Sus hijos le ofrezca un regalo de obediencia para que realmente amemos al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, toda nuestra mente y todas nuestras fuerzas. Entonces, estoy seguro, Él esperaría que amáramos a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

No me sorprendería que Él nos instruyera a dar de nosotros mismos y no ser egoístas, ni codiciosos, ni contenciosos, ni pendencieros, repitiendo sus propias palabras en Tercer Nefi, cuando dijo: "Y no habrá entre vosotros disputas. . . . Porque de cierto, de cierto os digo, . . . la contención no es de mí, sino es del diablo, que . . . agita los corazones de los hombres para que contendan con ira, unos contra otros. He aquí, esta no es mi doctrina, agitar los corazones de los hombres con ira, . . . sino que esta es mi doctrina, que tales cosas sean desechadas." (3 Nefi 11:28-30.)

Así que rogaría a todos que eliminemos de nuestras vidas cualquier espíritu de contención, cualquier espíritu en el que podamos competir unos con otros por los despojos de la vida, sino más bien que podamos trabajar cooperativamente con nuestros hermanos y hermanas por los frutos del evangelio de Jesucristo.

Confío en que no olvidaremos en esta temporada navideña la gratitud que debe estar en nuestros corazones y que anhela ser expresada. Espero que nadie dé por sentado su derecho de nacimiento. Espero que los jóvenes, en particular, no olviden a madre o padre, sino más bien que honremos a nuestros padres. ¿Qué mejor regalo de Navidad podrían recibir que saber que un hijo o una hija los está honrando al honrar a Dios y vivir los mandamientos del evangelio de Jesucristo?

Recientemente estuve en Corpus Christi, Texas. Un padre orgulloso se acercó a mí y me deslizó en la mano una carta de su hijo que servía una misión en Australia. Me gustaría compartir esta carta con ustedes. Puede proporcionar el formato por el cual podrían escribir una carta similar a sus padres como un regalo extra de Navidad este año. La carta dice:

Queridos mamá y papá,

Quiero agradecerles desde el fondo de mi corazón por las muchas cosas maravillosas que han hecho por mí. Quiero agradecerles por escuchar el mensaje que los élderes les presentaron cuando tocaron a su puerta, y agradecerles por la forma en que abrazaron el evangelio y lo hicieron el molde alrededor del cual formaron sus vidas y las vidas de sus hijos. Los amo mucho.

Gracias por la forma en que me enseñaron, por el amor que expresaron de muchas maneras. Gracias por dirigir me en los caminos correctos, por mostrarme en lugar de forzarme. Estoy agradecido por sus hermosos testimonios y por el amor guía en el que me ayudaron a obtener el mío. Sé que el evangelio es verdadero. Mis pocas experiencias aquí han fortalecido mi testimonio. Rezo para que pueda vivir a la altura de sus expectativas, y con la ayuda de Dios, lo haré.

Gracias de nuevo, mamá y papá.

Su amoroso hijo,

David

¿Qué mejor expresión podría dar un niño a sus padres que el regalo de la gratitud? Espero que, además del regalo de la gratitud que demos a nuestros padres, recordemos que nuestros seres queridos—nuestros hermanos, nuestras hermanas, nuestros parientes, nuestros amigos, aquellos con quienes nos relacionamos—pueden beneficiarse y ser favorecidos si damos de nosotros mismos para ayudarlos a ver la verdad y ayudarlos a evitar las arenas movedizas de la vida que los reclamarían si pudieran. Espero que podamos encender una chispa en las vidas de los demás y permitirles ver sus posibilidades, en lugar de los problemas que los acosan día a día.

Espero que nos volvamos expertos en el campo de las relaciones humanas. El Sr. Robert Woodruff, un gran industrial estadounidense, recorrió este país de un extremo a otro diciéndonos cómo podríamos llevarnos mejor entre nosotros. Desarrolló lo que llamó un "Curso en Cápsula de Relaciones Humanas." Enseñó:

"Las cinco palabras más importantes en el idioma inglés son estas: Estoy orgulloso de ti.

"Las cuatro palabras más importantes en el idioma inglés son estas: ¿Cuál es tu opinión?

"Las tres palabras más importantes son: Por favor.

"Las dos palabras más importantes son: Gracias.

"La palabra menos importante de todas es: Yo."

¿No es ese el espíritu de la Navidad, realmente—olvidar el yo y pensar en los demás? Recorté un artículo del diario de la Sra. Rebecca Riter, fechado el 26 de diciembre de 1847. Describe esa primera Navidad en el Valle del Gran Lago Salado: "El invierno fue frío. Llegó la Navidad, y los niños tenían hambre. Había traído un celemín de trigo a través de las llanuras y lo había escondido bajo una pila de leña. Pensé en cocinar un puñado de trigo para el bebé. Luego pensé en cómo necesitaríamos trigo para sembrar en la primavera, así que lo dejé."

En nuestras vidas abundantes, bien podríamos reflexionar sobre las Navidades más escasas de nuestros antepasados pioneros. Podríamos decirnos a nosotros mismos: "Pero eso fue ayer. ¿Qué pasa hoy? ¿Ha cambiado el tiempo? ¿Está todo el mundo tan bien que no necesita el verdadero espíritu de la Navidad?"

A esto respondería: Los tiempos no han cambiado. Los mandamientos de Dios son los mismos. Los principios de la gratitud y de dar de uno mismo son los mismos, porque hoy, como ayer, hay corazones que alegrar y vidas que animar y bendiciones que otorgar a nuestros semejantes.

Algunos podrían decir: "Estoy mal equipado; mis talentos son tan pocos." Entonces les pediría que hicieran un breve viaje conmigo—un viaje a un hospital en Salt Lake City, el Hospital Universitario, donde tuve el privilegio de ser llamado al lado de un hombre que estaba en peligro de morir. Al caminar hacia la sala del hospital, noté el cartel en la puerta: "Cuidados Intensivos—Entrar solo con permiso de la jefa de enfermeras." Busqué el permiso requerido y luego fui a la cabecera de este buen hombre.

Las grandes máquinas de la ciencia médica estaban a su lado, tomando el control mecánicamente cuando su corazón fallaba. Una máscara de oxígeno cubría su rostro. Volvió su rostro hacia mí, pero no había un brillo de reconocimiento en sus ojos, porque el hombre en cuya presencia me encontraba era totalmente ciego. Sin embargo, al escuchar mi voz y pensar en tiempos más agradables, lágrimas comenzaron a fluir de esos ojos sin vista y pidió una bendición de alguien que tenía el sacerdocio de Dios.

Al concluir esa bendición, recordé cómo este hombre había sido bendecido con una hermosa voz. Aunque no asistía regularmente a la iglesia, venía, especialmente en el Día de la Madre, y cantaba ese hermoso número, "Mother McCree," y otras canciones en honor a las madres. Nadie que alguna vez lo escuchó cantar se fue sin una mayor apreciación por su propia madre, resultando en honrarla a ella y a toda la mujer. De manera similar, participaba en programas navideños y cantaba "O Holy Night." Ninguna persona que lo escuchó cantar esta canción se fue sin dedicar su vida a servir mejor al Señor y mantener la Navidad, en lugar de gastar la Navidad.

El pensamiento vino a mi corazón de que aquí había un hombre que, en su propia manera humilde, había utilizado el talento que Dios le había dado para traer alegría y felicidad a las vidas de los demás. Multipliquen su talento (una hermosa voz) con los talentos que poseemos—ojos que ven, oídos que escuchan, y corazones que saben y sienten—y luego piensen dónde podría estar nuestra oportunidad navideña este mismo año. Puede llegar en un momento en que menos lo esperamos.

Este es el espíritu de la Navidad, el espíritu que pido que llevemos en nuestros corazones. Recordemos las palabras de

Charles Dickens recordando al viejo fantasma de Marley apareciendo a Ebenezer Scrooge: "No saber que cualquier espíritu cristiano que trabaje en su pequeña esfera, sea cual sea, encontrará su vida mortal demasiado corta para sus vastos medios de utilidad. ¡No saber que ningún espacio de arrepentimiento puede enmendar las oportunidades de una vida malgastadas! ¡Sin embargo, tal era yo! ¡Oh! ¡Tal era yo!"

Y luego Marley añadió: "En esta época del año rodante sufro más. ¿Por qué caminé entre multitudes de seres humanos con los ojos bajos, y nunca los levanté hacia esa bendita Estrella que guió a los Sabios a una pobre morada! ¿No había hogares pobres a los que su luz podría haberme conducido?" ("Un Cuento de Navidad.")

Que podamos aprender una lección de la pluma de Dickens y de las palabras de Jesucristo. Que levantemos nuestros ojos hacia el cielo y miremos hacia arriba y hacia afuera en las vidas de los demás. Que recordemos cada temporada navideña que es más bendecido dar que recibir.

Al hacerlo, el espíritu de Cristo, que es el espíritu de la Navidad, encontrará un lugar en nuestros corazones y en nuestras vidas, y sentiremos decir: "Esta ha sido la mejor Navidad de todas."

Saber Cómo—Decir Cómo—Mostrar Cómo

Cuando Jesús caminó y enseñó entre los hombres durante el meridiano de los tiempos, los saduceos y los fariseos intentaban constantemente torcer el significado de Sus palabras y el propósito de Sus enseñanzas. Tal fue el deseo del abogado inquisitivo, que se apartó de la multitud y le hizo una pregunta, tentándolo y diciendo: "Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?" Jesús le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y gran mandamiento. Y el segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas." (Mateo 22:36-40.)

Si tú o yo hubiéramos estado allí, podríamos haber preguntado: "Maestro, ¿cómo podemos demostrar mejor nuestro amor?" Quizás habríamos escuchado las palabras: "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama." (Juan 14:21.) O, "Si me amáis, guardad mis mandamientos." (Juan 14:15.)

Otra pregunta: "¿Cómo puedo demostrar mejor mi amor por mis semejantes?" Y bien podrían aplicarse las palabras del rey Benjamín: "Cuando os halláis al servicio de vuestros semejantes, solo estáis al servicio de vuestro Dios." (Mosíah 2:17.) El servicio es la mejor medida del amor.

Cada uno de nosotros tiene muchas oportunidades de servir. Tenemos el privilegio de demostrar cuánto amamos al Señor nuestro Dios y a nuestros semejantes. Temo que a veces vemos nuestras llamadas al servicio como algo rutinario, trivial, y tal vez algunos incluso cuestionan la inspiración que impulsó una llamada en particular. Sé que los presidentes de estaca y los obispos que hacen tales llamadas viven cerca de Dios y oran sinceramente por dirección, sabiendo que los jóvenes de la Iglesia se verán afectados por ello.

Recuerdo bien la inspiración que acompañó la llamada a un presidente de los Hombres Jóvenes de barrio. Como obispado, mis consejeros y yo nos arrodillamos y oramos por inspiración en la selección de un nuevo presidente. Revisamos los nombres de los poseedores del sacerdocio, pero ningún nombre parecía ser el adecuado. El asunto se aplazó. Al día siguiente, estaba viajando en un autobús hacia el sur por Main Street en Salt Lake City; mi mente estaba en nuestros problemas juveniles. Sentí el impulso de girar y mirar por una de las ventanas de ese autobús, y allí vi a un exmiembro de nuestro barrio caminando frente al antiguo edificio de correos. Su nombre era Jack, y pensé: "¡Si Jack todavía viviera en nuestro barrio, qué excelente presidente sería!" En nuestra próxima reunión del obispado, mencioné esta experiencia a mis consejeros, y uno de ellos respondió: "Obispo, ¿sabía que Jack ha regresado al barrio?" Fuimos inmediatamente a su casa y le explicamos las circunstancias pertinentes a su llamada. Por supuesto, aceptó y sirvió muy eficazmente. Como resultado de su servicio, se otorgó una bendición especial. Conoció y se enamoró de una consejera en las Mujeres Jóvenes de estaca, y resultó en un matrimonio en el templo. Si hoy le preguntaran a Jack o a Evelyn la mayor decisión de sus vidas,

responderían: "El día en que Jack aceptó una llamada inspirada para servir al Señor."

Tal es la inspiración que acompaña nuestras llamadas al servicio. Cuando se comprende este hecho, deseamos con todo nuestro corazón servir bien, para que la alegría acompañe nuestros esfuerzos y el éxito corone nuestras labores.

Para ayudarnos a lograr este objetivo, he elegido describir a tres expertos que pueden asistirme. Son hombres de buen juicio, hombres de experiencia, hombres que han demostrado ser exitosos en el liderazgo juvenil. Permítanme presentar a los hermanos How: Saber Cómo, Decir Cómo y Mostrar Cómo. Estos hermanos son algo así como trillizos siameses, ya que son inseparables entre sí, pero más importante aún, son indispensables para nosotros.

Primero, permítanme presentar a Saber Cómo, ya que nos ayudará a obtener una base y un conocimiento adecuados para nuestras asignaciones. La expresión "El conocimiento es poder" se atribuye a Francis Bacon, pero tuvo su origen mucho antes de su tiempo, en el dicho de Salomón de que "El hombre sabio es fuerte; sí, el hombre de conocimiento aumenta la fuerza." (Proverbios 24:5.)

¿Tenemos conocimiento de nuestras asignaciones particulares? ¿Sabemos qué se espera de nosotros? ¿Realmente conocemos a los que sirven bajo nuestra dirección, para que podamos proporcionarles orientación y consejo? Pero por encima y más allá de este conocimiento, ¿conocemos el evangelio? "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado." (Juan 17:3.)

Tal conocimiento disipará ese enemigo oculto e insidioso que acecha dentro de nosotros y limita nuestra capacidad, destruye nuestra iniciativa y estrangula nuestra efectividad. Este enemigo del que hablo es el miedo: miedo a aceptar una llamada de todo corazón; miedo a proporcionar dirección a otros; miedo a liderar, a motivar, a inspirar. En Su sabiduría, el Señor proporcionó una fórmula para superar al archienemigo del miedo. Instruyó: "Si estáis preparados, no temeréis." (D&C 38:30.)

Permítanme ahora presentar formalmente a otro de los hermanos How, Decir Cómo. Él siempre sigue a su hermano Saber Cómo. De esta manera, su mensaje encuentra mayor aceptación. Tener conocimiento y saber y entender un objetivo es una cosa, pero es otra cosa completamente diferente inspirar a otros con este mismo conocimiento y comprensión. Para comunicar adecuadamente nuestras ideas, nuestras esperanzas y nuestros objetivos a otros se requiere habilidad y trabajo en equipo. Nadie sirve al Señor solo. Ninguna asignación es una isla por sí misma. La organización del Señor proporciona la ayuda del Señor.

Nuestras instrucciones se entienden y se siguen mejor cuando nosotros mismos sabemos a dónde vamos. En una escuela del Este donde el liderazgo estaba confundido y tambaleante, un joven reflexivo lamentó: "Nos piden que sigamos a nuestros líderes, pero no saben a dónde van ni cómo llegar allí." Cuando conocemos nuestros objetivos y decimos con entusiasmo a nuestros compañeros de trabajo a dónde se espera que vayamos, qué se espera que hagamos, y cuándo y cómo se espera que lo hagamos, la respuesta es espontánea. El apóstol Pedro enfatizó la comunicación efectiva cuando instó: "Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre

preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo aquel que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros." (1 Pedro 3:15.)

Hace algunos años, cuando una figura nacional muy prominente fue derrotada para un alto cargo público, dijo: "No comuniqué eficazmente." Esta ha sido la experiencia de un gran número de padres, maestros y jóvenes infructuosos. Los programas pueden ser frustrados, las organizaciones debilitadas, incluso vidas eternas perdidas cuando los líderes en la Iglesia no transmiten sus mensajes a aquellos de quienes tienen responsabilidad. Así como necesitamos a Saber Cómo, no podemos prescindir de Decir Cómo.

Permítanme ahora presentar a nuestro último hermano How, Mostrar Cómo. Demuestra su efectividad dondequiera que se encuentre. "Ven, sígueme" continúa siendo la frase de liderazgo más persuasiva jamás dada. Cuando el Señor dio esta invitación a Pedro, a Felipe y al levita en la aduana, cada uno lo siguió. Sabían y estaban aún por aprender más convincentemente que Jesús, su líder, no pedía ningún sacrificio, no exigía ningún servicio, no requería ningún esfuerzo más allá de lo que Él mismo daba tan voluntariamente. Nos advirtió a todos nosotros en posiciones de liderazgo que somos siervos presidenciales y no amos presidenciales. Recuerden, cuando nosotros como líderes servimos, otros servirán. Cuando diezmamos, otros diezman. Cuando cumplimos con las leyes de Dios, otros hacen lo mismo.

¿Llevarás a los hermanos How contigo en tu asignación? Saber Cómo disipará el miedo. Decir Cómo infundirá confianza. Mostrar Cómo inspirará a otros a seguir. Sus enseñanzas se demostraron cuando Gedeón de antaño enfrentó su prueba más

crucial. Recordarán que Gedeón y sus seguidores se encontraron con una fuerza abrumadoramente superior de madianitas y amalecitas. El enemigo yacía en el valle como langostas por multitud, y sus camellos sin número como la arena junto al mar por multitud. Gedeón necesitaba conocimiento para liberarse de esta situación espantosa.

Para su asombro, el Señor le dijo: "El pueblo que está contigo es demasiado para que yo entregue a los madianitas en sus manos, no sea que Israel se gloríe contra mí, diciendo: Mi propia mano me ha salvado. Ahora, pues, haz pregonar en oídos del pueblo, diciendo: Quien tenga miedo y temor, que se vuelva y se retire del monte de Galaad. Y se volvieron del pueblo veintidós mil; y quedaron diez mil."

Nuevamente el Señor dictaminó que Gedeón tenía demasiados seguidores y le instruyó que los llevara al agua para observar la manera en que debían beber del agua. Los que lamieron el agua fueron colocados en un grupo, y los que se arrodillaron para beber fueron colocados en otro. El Señor dijo a Gedeón: "Con los trescientos hombres que lamieron el agua os salvaré, y entregaré a los madianitas en tus manos; y que todos los demás hombres se vayan cada uno a su lugar."

Se proporcionó un plan de batalla. La fuerza se dividiría en tres compañías. Se llevarían trompetas en la mano derecha y una jarra con una lámpara dentro en la otra mano. Se había proporcionado Saber Cómo. Ahora Gedeón proporcionó Decir Cómo. Dijo: "Cuando yo toque la trompeta, yo y todos los que están conmigo, entonces tocaréis vosotros también las trompetas alrededor de todo el campamento, y diréis: Por la espada de Jehová y de Gedeón." Luego dijo, en efecto: "Síganme." Sus palabras exactas fueron: "Como yo haga, así

haréis vosotros." Mostrar Cómo ahora era una parte integral de su liderazgo. A la señal del líder, el ejército de Gedeón tocó las trompetas y rompió las jarras y gritó: "La espada de Jehová y de Gedeón." Las Escrituras registran el resultado de esta batalla decisiva: "Y cada uno se mantuvo en su lugar," y la batalla fue ganada. (Jueces 7:2-21.)

Al pararnos y servir en nuestros lugares designados, la victoria eterna puede ser nuestra y de aquellos a quienes hemos tenido el privilegio de liderar.

Amanecer sin esperanza—Mañana de gozo

En una fría tarde de invierno en Londres, visité la Galería Tate y me conmovió una pintura de Frank Bramley titulada "UN AMANECER SIN ESPERANZA". Esta obra mostraba a una mujer mayor y a una joven viuda lamentando la pérdida de un marinero. Sentí su desesperación y la inscripción vívida contaba una historia trágica. Me hizo reflexionar sobre la muerte y el consuelo que se encuentra en la fe y la esperanza de la resurrección y la inmortalidad.

El Camino a Casa

En el Monte de las Bienaventuranzas, Jesús enseñó a sus discípulos sobre el camino angosto que lleva a la vida. A lo largo de la historia, hombres sabios han buscado vivir según sus enseñanzas. La apostasía llevó a una larga noche espiritual, pero la restauración del evangelio trajo de nuevo la luz. José Smith, el profeta de nuestra dispensación, recibió una visión del Padre y del Hijo, marcando el inicio de la plenitud de los tiempos. Hoy, la verdad está disponible para nosotros, guiándonos hacia nuestro hogar celestial.

El Espíritu de la Juventud

Para retener el espíritu de la juventud, uno debe servir a la juventud. Líderes juveniles, tomen el tiempo para pensar, den espacio a la fe, manténganse firmes en la verdad, extiendan la mano para ayudar y proporcionen lugar para la oración. Estos principios guiarán y fortalecerán a la juventud en tiempos turbulentos.

La Oración de Fe

La oración es poderosa y puede traer consuelo y guía divina. Historias de personas que han sido bendecidas a través de la oración nos enseñan que Dios escucha y responde. Desde el principio de los tiempos, hombres y mujeres de fe han encontrado fuerza en la oración. Hoy, debemos continuar buscando la guía divina a través de la oración en todas nuestras necesidades.

La Fe de un Niño

La fe simple y sincera de los niños es un ejemplo para todos. La historia de Christal Methvin, una niña que anhelaba una bendición antes de fallecer, muestra cómo la fe puede traer consuelo y esperanza. El amor de Cristo por los niños es evidente, y su ejemplo nos enseña a tener una fe pura y sincera.

Mi Salón de la Fama Personal

En nuestra vida, cada uno tiene un "Salón de la Fama" privado con personas que han influido profundamente en nosotros. Estas personas, que incluyen figuras bíblicas y modernas, nos inspiran con su fe, valentía y devoción. Debemos seguir su ejemplo y vivir de manera que también podamos ser recordados como héroes de la fe.

¿Qué Camino Seguirás?

Cada persona tiene la responsabilidad de elegir su propio camino en la vida. Debemos visualizar nuestro objetivo, esforzarnos continuamente, no desviarnos de nuestro curso y estar dispuestos a pagar el precio del esfuerzo y la fe. Siguiendo el ejemplo de Cristo y otros líderes de la fe, podemos alcanzar nuestras metas y llegar a nuestro destino celestial.

Ama el Templo, Toca el Templo, Asiste al Templo

El amor y la devoción al templo son esenciales. Historias de personas que han sacrificado mucho para asistir al templo nos enseñan la importancia de estas sagradas casas de Dios. Al asistir al templo, nuestras vidas se llenan de propósito y fortaleza espiritual.

El Ejército del Señor

El sacerdocio es un poderoso ejército de rectitud, guiado por Jesucristo. Aquellos que poseen y honran el sacerdocio tienen la oportunidad de servir y bendecir a los demás. Debemos cultivar un deseo de servir, la paciencia para prepararnos y la disposición para trabajar. Con estas virtudes, podemos ser efectivos en nuestra labor misional y en todas nuestras responsabilidades.

Perfiles de Fe

La juventud de la Iglesia enfrenta desafíos pero también demuestra una fe y devoción notables. Ejemplos de misioneros y jóvenes fieles nos inspiran a seguir firmes en la fe y a cumplir nuestras responsabilidades con dedicación y amor.

Te Amo

La comunicación efectiva entre padres e hijos es crucial. En un mundo cambiante, debemos esforzarnos por mantener hogares donde prevalezcan el amor, el respeto y la fe. Enseñar y vivir principios del evangelio en el hogar es fundamental para construir familias fuertes y unidas.

Grande es el Valor de las Almas

Uno de los desafíos más grandes para los jóvenes hoy en día es el sentimiento de soledad y falta de valor. Se enfatiza que Dios

ama a cada uno de ellos y les ha otorgado el don del albedrío, permitiéndoles elegir su camino en la vida.

El albedrío viene con una gran responsabilidad, ya que los jóvenes deben tomar decisiones que definirán su futuro. Es crucial que reciban una buena educación y se preparen adecuadamente, tanto académica como espiritualmente.

El hogar es el lugar fundamental para enseñar y guiar a los hijos. Los padres deben ser un ejemplo adecuado y estar presentes para sus hijos, creando un ambiente amoroso y de apoyo.

Los líderes de la iglesia también tienen una gran responsabilidad en guiar a la juventud, ayudándoles a desarrollar el conocimiento y la fuerza necesarios para tomar decisiones correctas.

El discurso concluye reafirmando la gran importancia de cada alma para Dios y la necesidad de que todos, tanto jóvenes como adultos, reflejen este conocimiento en sus pensamientos, acciones y vidas.

Enfrentando el Desafío de Hoy

Como líderes de la Iglesia, se nos encomienda la tarea de ayudar a los jóvenes a entender este principio fundamental y a construir sus vidas sobre esta base sólida.

La juventud enfrenta numerosos desafíos, incluyendo la soledad, las tentaciones y la presión social. Los padres y líderes deben guiar a los jóvenes con amor y un ejemplo adecuado, protegiéndolos de las trampas y tentaciones que el mundo presenta.

Se mencionan ejemplos de comportamientos destructivos entre los jóvenes, como el consumo de alcohol y la inmoralidad, y se destaca la preocupación de los padres por estos problemas. Se hace una crítica a la decadencia moral de la sociedad moderna, comparándola con la época de Belsasar en la Biblia, donde el profeta Daniel reprendió la falta de humildad y el exceso de orgullo.

El discurso subraya la importancia de los buenos hábitos y la responsabilidad personal. Los líderes deben enseñar a los jóvenes la importancia de adquirir buenos hábitos y ser diligentes en sus deberes. Además, se destaca la necesidad de ayudar a los jóvenes a obtener un verdadero testimonio de Jesucristo, ya que este conocimiento es esencial para su crecimiento espiritual y moral.

Finalmente, se hace un llamado a los líderes y padres para que inculquen en los jóvenes el valor de la vida eterna y la importancia de seguir a Jesucristo, quien ofrece descanso y guía a todos los que buscan Su compañía y enseñanza.